

BOLÍVAR

EL EJÉRCITO Y LA DEMOCRACIA

Juvenal Herrera Torres

AL PÚBLICO.

Los Editores de esta Gaceta, animados del vivísimo deseo de contribuir, en quanto alcanzen sus medios, á la regeneracion y á la prosperidad del Nuevo Mundo, y asimismo estimulados por un amor natural, inherente á los hijos de su patria Eria, tomar parte en los peligros y conatos de un gran y generoso pueblo, se aprovechan de la primera oportunidad para obsequiar el convite espontáneo del Poder Ejecutivo Supremo de Cumana. Con estos miros y fines han introducido en este Capital

UNA PRENSA,

con todo lo necesario para proseguir el arte liberal del Impreso—Arte que, mas que ninguno, ha procurado elevar las facultades humanas; suprimir el vicio, y destruir aquellos monstruos la *Esclavitud*, la *Corrupcion*, y la *Tyrania*.

Con arreglo á estos sentimientos y principios, empezarán y terminarán su carrera

EL PATRIOTA VENEZOLANO,

sin dexarse influir por qualquier poder, por mas lasivos y despotico que sea, á faltar á su deber á la voz del Pueblo, que considera como la de Dios.

De este Tribunal, unicamente (del qual hacemos parte) esperamos amparo y apoyo, mientras que continuaremos mereciendoles por nuestros trabajos y esfuerzos en la causa publica.

En quanto toca á las noticias de Europa y de las Islas de Barlovento, nos aprocheremos de las Gacetas de Londres y de las Colonias mas acreditadas, que nos remitirá nuestro corresponsal de la Trinidad, adonde llegan mensualmente dos Correas de Londres; y cuya intermediacion nos asegura ocasiones de las mas favorables de cejar las noticias extranjeras que dignamente logran nuestros contemporáneos.

Cumana, y Agosto 29 de 1811, año primero de nuestra Independencia absoluta.

Por fin la rebelion de Valencia esta enteramente terminada. Esta ciudad culpable habia repellido el 20 del ultimo nuestro exercito de Caracas, y el general Miranda, despues de haber perdido unos de sus valientes soldados, y varios oficiales, habia ordenado la retirada, y hecho sus disposiciones para atacar otra vez, sin perder gente. Quando todo fue dispuesto, hizo empezar el ataque con el cañon sobre ocho puntos al amanecer del 12 de este mes; cesó el fuego á la noche, y reempezó de nueva el dia siguiente al amanecer; los insurgentes á las diez de la mañana pidieron á capitular, pero Miranda lo negó, diciendo era menester que se rendiesen á discrecion, y así se hizo á las doce del mismo dia. Por el numero de las balas de cañon tirado contra la ciudad puede asegurarse la perdida de los rebeldes—dos caudillos fueron entregados á Miranda y entre otros el Frayle de San Francisco (Hernandez así es su apellido), quien era el principal caudillo que el dia 20 del pasado habia salido, con una cruz en la mano y un puñal en la otra, para animar á los rebeldes. Espero que se haga un exemplo con el, y que tendrá la misma suerte que los 14 que se han executado en Caracas. Miranda se apoderando de todas las armas de los insurgentes, como de su Botilla de siete baques, que tenían sobre la laguna, y se dice que mar ha inmediatamente contra Coro y Maracaybo con su exercito, para aprovecharse del entusiasmo que naturalmente debe haber producido la victoria á las tropas.

Noticias comunicadas de la isla Martinica, en fecha 17 de Agosto de 1811, al ciudadano comandante de Curupao.

Se ha disuelto la Botilla que infestaba nuestra costa, y ha marchado á Puerto Cabello la fragata Corcelin con designio de bloquearlo; ha arribado á Puerto Rico Don Feliciano Montenegro, el que inmediatamente pasó á cumplimentarse con Cortabarris.

BOLÍVAR

EL EJÉRCITO Y LA DEMOCRACIA



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 262

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve Conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgeni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawn - Rozitchner - Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberger

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA - Realidad y Enajenación

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? - Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO - EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja - Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLOGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. Crítica del Liberalismo Económico

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. El Método Poético

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter - Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guerin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO - LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkola- Kosik - Adorno - Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR – GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917-1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld - Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840-1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS – CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPIÁ

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843-1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay

- Libro 204 TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO HISTÓRICO**
Perry Anderson
- Libro 205 CONTRA EL POSTMODERNISMO – UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA**
Alex Callinicos
- Libro 206 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO SEGÚN HENRI LEFEBVRE**
Eugenio Werden
- Libro 207 LOS COMUNISTAS Y LA PAZ**
Jean-Paul Sartre
- Libro 208 CÓMO NOS VENDEN LA MOTO**
Noan Chomsky - Ignacio Ramonet
- Libro 209 EL COMITÉ REGIONAL CLANDESTINO EN ACCIÓN**
Alexei Fiodorov
- Libro 210 LA MUJER Y EL SOCIALISMO**
August Bebel
- Libro 211 DEJAR DE PENSAR**
Carlos Fernández Liria y Santiago Alba Rico
- Libro 212 LA EXPRESIÓN TEÓRICA DEL MOVIMIENTO PRÁCTICO**
Walter Benjamin – Rudi Dutschke – Jean-Paul Sartre – Bolívar Echeverría
- Libro 213 ANTE EL DOLOR DE LOS DEMÁS**
Susan Sontag
- Libro 214 LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA TRABAJADORES – 1^{er} Grado**
Comisión Editora Popular
- Libro 215 EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX**
Bolívar Echeverría
- Libro 216 APUNTES SOBRE MARXISMO**
Iñaki Gil de San Vicente
- Libro 217 PARA UN MARXISMO LIBERTARIO**
Daniel Guerin
- Libro 218 LA IDEOLOGÍA ALEMANA**
Karl Marx y Friedrich Engels
- Libro 219 BABEUF**
Ilya Ehrenburg
- Libro 220 MIGUEL MÁRMOL – LOS SUCESOS DE 1932 EN EL SALVADOR**
Roque Dalton
- Libro 221 SIMÓN BOLÍVAR CONDUCTOR POLÍTICO Y MILITAR DE LA GUERRA ANTI COLONIAL**
Alberto Pinzón Sánchez
- Libro 222 MARXISMO Y LITERATURA**
Raymond Williams
- Libro 223 SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES**
Gregorio Selsler
- Libro 224 CRÍTICA DIALÉCTICA. Ensayos, Notas y Conferencias (1958-1968)**
Karel Kosik
- Libro 225 LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA. Ensayos, Notas y Conferencias**
Ruy Mauro Marini
- Libro 226 LOS QUE LUCHAN Y LOS QUE LLORAN. El Fidel Castro que yo ví**
Jorge Ricardo Masetti
- Libro 227 DE CADENAS Y DE HOMBRES**
Robert Linhart
- Libro 228 ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ**
César Vallejo

- Libro 229 LECCIONES DE HISTORIA. Documentos del MIR - 1965-1974**
Miguel y Edgardo Enríquez - Bautista Van Schowen - Ruy Mauro Marini y Otros
- Libro 230 DIALÉCTICA Y CONOCIMIENTO**
Jindřich Zelený
- Libro 231 LA IZQUIERDA BOLCHEVIQUE - (1922-1924)**
Izquierda Bolchevique
- Libro 232 LA RELIGIÓN DEL CAPITAL**
Paul Lafargue
- Libro 233 LA NUEVA ECONOMÍA**
Evgeni Preobrazhenski
- Libro 234 EL OTRO SADE. DEMOCRACIA DIRECTA Y CRÍTICA INTEGRAL DE LA MODERNIDAD (Los escritos políticos de D. A. F. de Sade. Un comentario)**
Jorge Veraza Urtuzuástegui
- Libro 235 EL IMPERIALISMO ES UNA JAULA**
Ulrike Meinhof
- Libro 236 EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE LA DERECHA**
Simone de Beauvoir
- Libro 237 EUROPA ANTE EL ESPEJO**
Josep Fontana
- Libro 238 LA GUERRA DE LOS CIENTO AÑOS**
Edouard Perroy
- Libro 239 TRESCIENTOS MILLONES DE ESCLAVOS Y SIERVOS TRABAJAN BAJO EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO FASCISTA**
Jürgen Kuczynski
- Libro 240 HISTORIA Y COMUNICACIÓN SOCIAL**
Manuel Vázquez Montalbán
- Libro 241 TEORÍA GENERAL DEL DERECHO y Otros Escritos**
Pëteris Ivánovich Stučka
- Libro 242 TEORÍA GENERAL DEL DERECHO Y MARXISMO**
Evgeni Bronislavovic Pashukanis
- Libro 243 EL NACIMIENTO DEL FASCISMO**
Angelo Tasca
- Libro 244 LA INSURRECCIÓN DE ASTURIAS**
Manuel Grossi Mier
- Libro 245 EL MARXISMO SOVIÉTICO**
Herbert Marcuse
- Libro 246 INTELLECTUALES Y TARTUFOS**
Jorge Veraza Urtuzuástegui
- Libro 247 TECNOLOGÍA Y VALOR. Selección de Textos**
Karl Marx
- Libro 248 MINIMA MORALIA. Reflexiones desde la vida dañada**
Theodor W. Adorno
- Libro 249 DOCE AÑOS DE POLÍTICA ARGENTINA**
Silvio Frondizi
- Libro 250 CAPITALISMO Y DESPOJO**
Renán Vega Cantor
- Libro 251 LA FORMACIÓN DE LA MENTALIDAD SUMISA**
Vicente Romano
- Libro 252 ESBOZO PARA UNA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA**
Friedrich Engels

Libro 253 LA CIENCIA DE LA SOCIEDAD

Leo Kofler

Libro 254 MARXISMO CRÍTICO. CRÍTICA COMUNISTA

Karl Korsch - Maximilien Rubel

Libro 255 UN LIBRO ROJO PARA LENIN

Roque Dalton

Libro 256 LA REVOLUCIÓN HAITIANA

Oscar de Pablo

Libro 257 SOBRE LA CONSTITUYENTE Y EL GOBIERNO PROVISIONAL

Rosa Luxemburgo

Libro 258 ESCRITOS DE JUVENTUD – SOBRE EL DERECHO

Karl Marx

Libro 259 PAN NEGRO Y DURO

Elizaveta Drabkina

Libro 260 PARA LA CRÍTICA A LAS TEORÍAS DEL IMPERIALISMO

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 261 LOS ESCRITOS DE MARX Y ENGELS SOBRE MÉXICO

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 262 BOLÍVAR, EL EJÉRCITO Y LA DEMOCRACIA

Juvenal Herrera Torres



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

BOLÍVAR, EL EJÉRCITO Y LA DEMOCRACIA

Juvenal Herrera Torres

1. FACTORES QUE ORIGINARON EL EJÉRCITO BOLIVARIANO

- 1.1 Europa se lanza al asalto de América
- 1.2 El principio bolivariano sobre el honor militar
- 1.3 De las guerrillas al ejército
- 1.4 Estrategia y política del ejército bolivariano
- 1.5 El ejército como crisol de educación política
- 1.7 El ejército bolivariano: creador de la República
- 1.8 Elementos del ejército republicano
- 1.9 La guerra de propaganda y la confrontación de ideas
- 1.10 El ejército bolivariano y el pueblo

2. EL EJÉRCITO BOLIVARIANO FUNDADOR DE LA REPÚBLICA

- 2.1 El ejército como bastión de la república democrática
- 2.2 Sobre los ejércitos libertadores de nuestra América
- 2.3 Solo la fuerza pública es legítima
- 2.4 La fuerza pública del derecho
- 2.5 Pueblo y ejército compartiendo ideales y proyectos
- 2.6 Enemigos del ejército bolivariano ayer y hoy

- 2.7 La contrarrevolución asalta el poder
- 2.8 La estrepitosa euforia de los traidores
- 2.9 Especialista en delinquir sin dejar huellas
- 2.10 El santanderismo apoya la invasión a Colombia

3. LA ESENCIA ANTIDEMOCRÁTICA DEL LIBERALISMO

- 3.1 “Colombia es una mina cargada”
- 3.2 La muerte del Abel de América
- 3.1 Artimañas de un arribista
- 3.2 Santander: artífice de la destrucción de Colombia
- 3.3 La subversión de los valores humanos
- 3.4 La voluntad nacional desvirtuada por el utilitarismo
- 3.5 “No tardarán en buscarse un nuevo amo”

1. FACTORES QUE ORIGINARON EL EJÉRCITO BOLIVARIANO

1.1 Europa se lanza al asalto de América

La empobrecida y endeudada Europa, anclada por pestes y por guerras, encontró en América no solo la fuente de su prosperidad sino el factor decisivo para la consolidación y expansión del sistema de producción capitalista. En su libro *Contra Europa*, del historiador Raúl Flórez Duque, cuya lectura recomiendo, hay una clara exposición de lo que afirmo que, por supuesto, está respaldada en una riquísima documentación bibliográfica. Para abreviar, leamos su página 17:

“Si América fue para Colón un accidente en el camino, sus viajes y los que lo siguieron tuvieron como actor principal la apertura de nuevas rutas, la expansión comercial, el crecimiento de las ciudades y la necesidad cada vez más creciente de minerales preciosos –oro, plata, esmeraldas– para comprar y vender, usándolas como un medio de cambio para poder acumular riquezas sin término. Nacía así y se afianzaba el capitalismo. De ahí que en el proceso de descubrimiento, conquista y colonización de América se dé con tanta vehemencia la usurpación de tierras comunales, el saqueo inmisericorde de las riquezas y el expolio y exterminio masivo de los nativos. O como dice Marx, refiriéndose a la acumulación originaria:

“Sabido es que en la historia real desempeñan un gran papel la conquista, la esclavización, el robo y el asesinato, la violencia en una palabra”.

Y agrega el mismo Marx:

“El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, la esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria”.

Todos los actos de piratería cometidos en América y en África repercutían en Europa para convertirse allá en capital. Y pasemos a las páginas 31-32:

“Colón –dice Leo Huberman en *Los Bienes Terrenales del Hombre*– con su llegada a América y los posteriores descubrimientos de la plata de México y el Perú, salvó de la debacle económica a Europa. El oro, la plata, las esmeraldas y las perlas de América significaron el auge comercial de España, Portugal, Francia, Holanda e Inglaterra, su expansión económica, el encuentro de nuevos mercados, la acumulación de capital, el fundamento de la revolución y desarrollo industrial, el dominio económico de los grandes banqueros, los Fugger, Walmer, Hochstetter, Haugeimhef, Frescobaldi, Gualteretti, Shetz, Strozzi y Grimaldi.

Hacia 1515 el procedimiento español para extender sus dominios en América se basaba en el “*Requerimiento*”, un ritual solemne ordenado por la Corona. La escena la componían el jefe militar de los conquistadores, sus soldados forrados en armaduras, caballos, mastines entrenados, un cura con una biblia en una mano y una cruz en la otra, un traductor de lenguas nativas, un escribano, tambores, trompetas, banderas, espadas y lanzas de acero, y disparos al aire hechos para impresionar a los representantes indígenas invitados a dialogar. En algún momento era leído el “*Requerimiento a los nativos*”. Este documento es una curiosa pieza que mezclaba religión, ley, lógica, ética, genealogía del poder. En resumen, su contenido decía:

“1) Nuestra religión cristiana es la verdadera. Hay un solo Dios para todos, amo y señor de la tierra. Ustedes deben reconocerlo como el único verdadero. “2) Dios, en un despliegue de sabiduría y amor, ha nombrado al Papa como su representante en la tierra. Ustedes deben aceptarlo. “3) Más tarde el Papa, en otro despliegue de sabiduría y amor, ha declarado al Rey de Castilla como el nuevo amo y señor de este territorio y sus gentes. Deben aceptarlo. “4) Nosotros, los Conquistadores, hemos sido comisionados por el Rey para informarles y hacer efectiva la nueva situación en la que a partir de ahora, sus tierras pasan a ser nuestras y ustedes nos obedecerán y servirán. “5) Si aceptan, los trataremos como a nuestros amados

hijos, les enseñaremos la verdadera religión, la verdadera cultura, el verdadero idioma, y el mejor camino para su futuro. “6) Si no aceptan o si se resisten, será inútil, porque entonces ustedes deben estar guiados por el demonio, de modo que les haremos la guerra, los mataremos, esclavizaremos a sus mujeres e hijos, borraremos su descendencia y rociaremos con sal estas tierras para que no produzcan nuevos frutos jamás... Porque Dios, la Religión, el Papa y el Rey deben ser obedecidos”.

“Todo está gravado: el capital y la renta, la industria y el suelo, la vida y la muerte, el pan y el hambre, la alegría y el duelo. Monstruo multiforme, verdadero Proteo, el Fisco lo invade todo, en todas partes se encuentra y ora toma la forma enruanada del guarda de aguardiente, el rostro colérico del asentista, el tono grosero del cobrador de peaje, la sucia sotana del cura avaro, los anteojos del escribano, la figura impasible del alcalde armado de vara, la insolencia brutal del rematador del diezmo, o la cara aritmética del administrador de aduana”.

Sin embargo, hay que aceptar que esas fueron formas idílicas de la explotación, si se comparan con las que rigen hoy bajo los dictados del gran capital, ejecutadas ya no por virreyes sino por gobiernos dóciles y arrodillados al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, como lo veremos a lo largo de este trabajo.

Contra la fuerza de la barbarie y el despojo se levantó la insurgencia americana, proclamando en alta voz su derecho a la resistencia, como lo difundió Bolívar en las ediciones 92 y 93 del *“Correo del Orinoco”*:

“El hombre social puede conspirar contra toda ley positiva que tenga encorvada su cerviz, escudándose con la ley natural, que le devuelve la actitud del mando” [y] “A fin de no embrollar la gramática de la razón, debe darse el nombre de insurrección a toda conjuración que tenga por objeto mejorar el hombre, la patria y el universo...” “La insurrección se anuncia con el espíritu de paz, se resiste contra el despotismo porque éste destruye la paz, y no toma las armas sino para obligar a sus enemigos a la paz... Ha sido tal en esta parte el despotismo de muchos legisladores que a pesar de los insensatos que eran sus códigos, han exigido, sin embargo, una obediencia ciega”.

Auto conceptuados arbitrariamente para especular sobre lo justo y lo injusto y acostumbrados “a poner la ley en contradicción con la naturaleza” pretenden obligar a los pueblos “a divorciarse de su inteligencia para no verse forzados al sublime atentado de derribar el poder tiránico”.

Como no puede haber ninguna ley que prohíba pensar, y de existir, sería inaceptable por estar opuesta a la naturaleza y porque ultraja la razón, y como tampoco se podría aceptar la prohibición de que el pensamiento humano pueda transmitirse, digamos con el *“Correo del Orinoco”* qué:

“cuando un código político no puede sostener la mirada de la razón, el poder que lo protege es un insulto hecho a la naturaleza humana, y si se corre el riesgo en derribarlo, a lo menos no es crimen hacerlo”.

Pero eso no es todo, porque todo republicano debe asumir la insurrección contra el despotismo como un principio inalienable de su razón y, todavía más, como un mandato ético.

“Sin duda es algo severa esta teoría, pero aun cuando sean alarmantes las consecuencias de la resistencia al poder, no es menos cierto que existe en la naturaleza del hombre social un derecho inalienable que legitima la insurrección. Este derecho lo tiene de que su razón le indicaba la necesidad de las leyes antes que hubiese leyes y porque había sido dotado de inteligencia antes de que existiese ningún poder”.

El pensamiento revolucionario de Bolívar y nuestros libertadores se construyó con principios de pura esencia humanista que son irrefutables. Así, al discernir el tema de la insurrección armada, concluyen que “hay otra consideración no menos filosófica para autorizar al hombre a resistir a un poder opresor”. ¿Y cuál es esa consideración? Veámoslo a continuación:

“Cuando desarrollándose la inteligencia, se abrieron al hombre las puertas de la sociedad, él se comprometió con la patria a protegerla con su fuerza individual bajo la condición de que ella lo protegería con toda la fuerza pública de que es depositaria: o no se formó este contrato, y entonces nada hay que mandarle, o

después de haberlo formado, lo había violado el poder, y el ciudadano ha tenido derecho para desobedecerle”. “En aquel entonces estaba estipulado, a lo menos tácitamente, que todo cuanto el hombre posee, o por haberlo recibido de la naturaleza, o porque lo adquirió con su trabajo, o en virtud de convenciones sociales, sería respetado. Siendo esto así, hay acaso propiedad más que la de la razón, la cual se la quieren robar unos tiranos y unos fanáticos”.

Y como la inteligencia no puede ser burlada por embustes y leguleyadas, se manifiesta:

“Es verdad que algunos esclavos podrán decirme que la ley real impide que la Dinamarca pertenezca a sí misma, y que Fernando VII solo tiene del cielo su corona; pero ¿cómo prohibirán que mi pensamiento se burle de semejantes sofismas?

Por consiguiente:

“el hombre debe resistir al poder cuando éste le manda que sea absurdo y perverso; y debe hacerlo, porque anteriormente a todas las convenciones sociales la lógica le ha prescrito que ratiocine bien, y la conciencia que no debe ceder sino a la virtud. Debe cumplir las condiciones del pacto que hizo con el poder, pero si éste viola las suyas, es preciso y justo castigarle con la insurrección”.

Ninguna autoridad, ninguna ley puede aceptarse contra la vida y el decoro humano.

“Es, pues, la insurrección por su naturaleza un acto legítimo: ella anuncia que si hay en un Estado un poder esencialmente perverso, el hombre-ciudadano sabrá buscar los medios de derribarlo”.

Las “razones” del despotismo y los intereses del imperio opresor siempre antagonizan de manera inevitable e irreversible con las más justas razones de los Pueblos, por tal motivo hace constar:

“Bien sé que esta doctrina contraría todas las preocupaciones con que un centenar de ladrones coronados gobiernan la tierra; mas si fuese necesario citar autoridades en una materia en que la razón no necesita más aprobación que la suya propia, sería muy

fácil encontrar que algunos hombres insignes de la antigüedad han presentado el dogma filosófico de la insurrección”. “Cuando se preguntó a Solón cuál era el mejor gobierno, y este hombre grande contestó: “aquel en donde cada ciudadano mira la injuria hecha a sus ciudadanos como suya propia, y la vengas”.

¿Cómo es posible equivocarse sobre el sentido verdadero de este mote sublime? ¿No es evidente que el legislador de Atenas cotejaba a la naturaleza de la ley? ¿Legitimando del modo más sublime la venganza pública, no decía en otras palabras que “cuando el poder es opresor, la virtud tiene el derecho para anonadarlo”? Y a renglón seguido se afirma:

“Las antiguas instituciones de Creta manifiestan con más claridad la exactitud de esta doctrina. Sabemos por el precepto de Alejandro, que autorizaba al pueblo a arrojar con ignominia a los magistrados de la plaza pública, cuando propendían a la tiranía: aquí la resistencia es consagrada por la ley, en tanto que en la anécdota anterior no lo fue sino por la opinión de un hombre grande”.

Y al citar el ejemplo de los grandes líderes que fundieron sus vidas con sus pueblos para enfrentar la opresión y alcanzar su libertad, la disertación filosófica sobre la insurrección concluye declarando:

“En una palabra, de todo lo que contraría a la magna carta de los derechos del hombre, que la naturaleza ha escrito en nuestros corazones con sus propias manos; alumbrar con la antorcha de la filosofía las opresiones de toda especie; convocar la fuerza pública para acabar con los tiranos bajo las ruinas de su propia grandeza: tal ha sido desde la infancia de las monarquías el destino de todos cuantos han nacido con su alma elevada y tal el verdadero título que tienen a ser llamados bienhechores de los hombres, todos los que así lo hacen”.

1.2 El principio bolivariano sobre el honor militar

Ningún Pueblo puede conquistar su libertad si no posee una fuerza propia. Esto es, si no se constituye él mismo en la fuerza que logre y defienda su libertad y sus derechos. El honor del militar que es la expresión de la fuerza del pueblo, consiste justamente en el desempeño cabal de su misión, lo que supone, además, poseer un conjunto de virtudes dentro de las que cabe destacar su honestidad, la abnegación, el heroísmo y la lealtad en la defensa de la Patria.

Partiendo de estas premisas, Jorge Eliécer Gaitán asumió la defensa del teniente del Ejército, Jesús Cortés Poveda, por el homicidio del periodista

Eduardo Galana Ossa, director del “*Diario de Caldas*”, y construyó su defensa proponiendo una nueva tesis para el derecho penal: “la legítima defensa del honor militar”. Decía entonces el ilustre penalista que “el hombre es un valor moral de la sociedad, una conciencia del nivel evolutivo de la especie, un estado social”, y manifestó que una calumnia:

“bien propalada contra un hombre inocente, le puede quitar el honor, que es el aprecio y la conciencia del aprecio que los ciudadanos tienen sobre determinado individuo”.

Argumentó igualmente que:

“el honor es uno de los valores morales de la especie, trascendental y más importante que el valor de la vida, porque representa una conciencia colectiva. Es el respeto que por nuestra conducta hemos logrado conquistar al frente de la sociedad que nos rodea”.

Comienza así definiendo el concepto del *honor militar*, en un juicio criminal, destacando cómo está ligado a una valoración moral, de la que se desprenden el aprecio y el respeto conquistados ante la sociedad por los méritos de una conducta virtuosa y, además, por la valentía que es una de las premisas establecidas para un militar. Y estima que “no es la misma exigencia que la sociedad le hace a un civil, que la exigencia que sobre la dignidad personal se le hace a un militar”.

En efecto, agrega él:

“de ahí que sintamos desprecio por el militar de quien nos digan o nos demuestren que no es un valiente. Es decir, que queda inmediatamente deshonrado. ¿Por qué? Por la índole de su institución. Sin embargo, ninguno de nosotros quedaría deshonrado porque se diga que en este o en el otro episodio dejamos de ser valientes”.

Y al redondear su pensamiento, anota:

“Habría un lugar a equiparar un hecho material como es la vida, con un hecho moral como es el honor (...) Los bienes materiales tienen una supervivencia por ser morales que no están sometidos a la contingencia física del ser o no ser de la vida”.

Por lo tanto, reivindicar el honor es, según concluye Gaitán, “defender el patrimonio moral, que es el concepto social y la conciencia interna”.

Me pareció pertinente introducir el tema del honor militar con las interesantes definiciones por el destacado penalista, para salir de los estrados judiciales al terreno en que lo definió Simón Bolívar, o sea en el propiamente militar, y más aún, en el terreno filosófico e histórico. Para el Libertador la calidad de la honorabilidad militar está fundamentalmente vinculada a dos principios que se fusionan en un todo: la libertad de la Patria y la gratitud del pueblo cuando se sabe representado y defendido por el Ejército. Así lo expresó desde Mompós a don Pedro Gual:

“Yo sigo la carrera gloriosa de las armas solo para obtener el honor que ellas dan: por libertar a mi patria, y por merecer las bendiciones de los pueblos”.

Uno de los personajes más eminentes de Venezuela, el general Jacinto Pérez Arca, gran pedagogo y autor de numerosos libros, insiste en que

“...la conducta de quienes están vestidos con los símbolos patrios debe estar ajustada al más legítimo honor, pues, para defender el país, y sus instituciones, hasta perder la vida, se necesitan coraje y virtudes espirituales que respondan a las expectativas de un pueblo soberano hecho nación, que espera que sus soldados sean irreductibles en el manejo de su honor”.

Interpretando cabalmente al Libertador, el honor militar no es un principio abstracto sino un compromiso irrenunciable con la Patria y con el Pueblo, que es precisamente lo que diferencia al militar bolivariano con respecto a cualquier matón armado. El mercenario es un ser despreciable: portar armas para matar por cualquier bandera o por la paga es la prostitución de lo militar. ¿Cómo puede ser adiestrado un ejército como el de Colombia, pregunto yo, por contratistas paramilitares o mercenarios sin deshonorarse? El militar bolivariano es por excelencia patriota, republicano y popular. “La patria —escribe Bolívar— exige cada día nuevos sacrificios y es necesario darle hasta el último aliento de la vida”. La más alta ambición del militar y la cristalización de su honor deben ser, como lo enseña el Libertador, la libertad de la Patria y la defensa de su soberanía y de su Pueblo. Así lo destacó desde Bucaramanga:

“Mi único amor siempre ha sido el de la Patria; mi única ambición su libertad. Los que me atribuyen otra cosa no me conocen ni me han conocido nunca”.

Así le enfatizó al general Mariano Montilla, recalcándole que la causa más noble y elevada para el militar consiste en su consagración al servicio de la República:

“La ley y la justicia están por nosotros; quiero decir, por el bien y por la patria, porque nosotros no tenemos causa sino la República. Perezca yo mil veces antes de tener miras personales ni causa propia”.

1.3 De las guerrillas al ejército

La historiografía de la independencia de Nuestra América ha estado atiborrada de genealogías y anécdotas, de recuentos de próceres que más parecen escritos con vocación hagiográfica, de espesos ensayos sobre protagonismos regionales y locales, y de gruesos volúmenes que hacen calculadas gambetas a los temas cruciales de los Pueblos. Se trata en la gran mayoría de obras escritas con intención compilatoria y acrítica, de historias y documentales disociados, sin vinculación orgánica con la vida, anclados en un pasado definitivamente muerto, que nada puede decirle a este Pueblo y a este tiempo. Como si la

Historia no hubiese tenido origen y se ha perdido su proceso hasta llegar a su fin. Se trata, en fin, de una historia muerta, para la cual nunca ha tenido importancia ni considera conveniente recoger y analizar la historia de los ejércitos revolucionarios bolivarianos, sobre todo ahora cuando el '*Plan Colombia*' que es sinónimo de recolonización, se disfraza como '*Plan Patriota*', que puede conducir a una nueva desmembración territorial y política de Colombia.

Hace cien años fue Panamá y los mismos autores de esa desmembración preparan el zarpazo sobre la gran región amazónica-andina. Como las facultades de Historia de las universidades colombianas no han puesto toda su capacidad en el estudio científico de nuestro proceso socio-económico y político, ya es hora de que los estudiosos asuman la investigación objetiva y sistemática de las instituciones militares y sus nexos y rupturas con los ejércitos bolivarianos y patriotas que dieron existencia política a nuestras naciones, y construir con su ejército la Patria digna y altiva, es la antípoda absoluta de la que hoy se realiza bajo el rótulo mendaz del '*Plan Patriota*' al servicio de la estrategia hegemónica de Washington. Aquella la orienta Simón Bolívar y ésta la dirige Bush.

Al introducirnos en la historia fundadora de países como Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia nos encontramos, necesariamente, con el ejército bolivariano, y hallamos que esa historia creadora, extensiva a toda Hispanoamérica, nos conduce de nuevo a Simón Bolívar junto a San Martín, Artigas, O'Higgins, Nariño, Sucre, Guerrero, Morazán, Maceo y Martí que le dan cima a los combates y sacrificios de muchos miles de hombres y mujeres, y nos descubre sus nexos con líderes como Caupolicán, Colocolo, Tupac Amaru, José Antonio Galán, Hidalgo y Morelos alumbrando con nuestro Pueblo la senda de la libertad. No hay que perder de vista que la *Guerra de la Independencia* es un movimiento emancipador que entraña una revolución política.

En tanto que la guerra del llamado '*Plan Patriota*' es una acción de sometimiento y de naturaleza contrarrevolucionaria, dirigida desde la metrópoli y artillada por el Pentágono, la CIA y la Casa Blanca que, como en el pasado, hace uso de nativos armados y catequizados para defender las instituciones de un nuevo colonialismo y los intereses del imperio, agenciados por una fronda oligárquica que se comporta como las autoridades del viejo virreinato de Santa Fe de Bogotá. Colombia

no nació de las deliberaciones de ningún congreso. Su origen constituyente primario comenzó con el génesis de su ejército. Y éste se integró a lo largo de una guerra popular de liberación. El surgimiento espontáneo de las guerrillas en muy diversos lugares de la dilatada geografía colombo-venezolana, fue la nota predominante en el período de 1810 a 1819. No existe ninguna cohesión entre ellas y sus acciones se restringían al marco territorial lugareño: sus caudillos las dirigían como instrumentos de fuerza y poder, para garantizar sus intereses económicos y políticos, emanando de ese poder su autoridad. Eran fuerzas muy dispersas que carecían de panorama político de carácter nacional e internacional.

Fue Bolívar el que las elevó a un protagonismo político que transformó la Historia. Fue él quien empezó a darles coordinación, estructura y, sobre todo, su razón de ser mediante una fusión orgánica de la que surge el Ejército Libertador. Así se logró que el patriota que combatía en esas guerrillas embrionarias del ejército, se erigiera como lo ordena el Libertador, en “defensor de la libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la república; y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país”.

Además hizo coordinar o de todos modos conseguir la coincidencia del accionar de las guerrillas con unidades y grupos de milicianos, que formaban cuerpos defensivos no regulares dispuestos a combatir contra todo lo que amenazara su entorno regional. Por supuesto, la integración bolivariana de guerrilleros y milicianos con las comunidades de negros cimarrones que se habían levantado reiteradamente contra el régimen de la esclavitud, conduciría necesariamente a una relación intercomunitaria y social entre iguales. La discriminación por cuestiones de raza o de riquezas que era esencial en el orden establecido por el colonialismo español, era sustituida dentro del ejército en formación por una relación de carácter democrático. Se obraba de esa forma la concepción y génesis de la república.

Solo faltaba agregar a esa tarea integradora las fuerzas militares que desertaban del viejo aparato represivo del virreinato. La inclusión de esos soldadotes, como despectivamente eran catalogados por la élite social, fusionándolos con los combatientes de la causa emancipadora, fue originando la organización del nuevo ejército creador de la Patria común.

Al formarse las Juntas de Gobierno que proclamaron la independencia, las tropas de soldados, con sus suboficiales, tenientes y capitanes se pusieron al servicio de las nuevas autoridades civiles, mientras que los brigadieres, coroneles y tenientes coroneles prefirieron huir junto con las autoridades derrocadas. Los de mayor rango seguían siendo servidores de la monarquía. Esta característica se transfirió a esta época, según lo demuestra la realidad colombiana: los militares del más alto rango se identifican como servidores del nuevo imperio.

La actitud de las tropas, como anotan Gary Miller y Climent Thibaud, es inequívoca: “los cuerpos –escuadrones, compañías, etc.–, siempre se adhieron a la opinión de sus jefes directos, los oficiales subalternos y los suboficiales”. Como vemos, la República nace del Ejército y éste es el Pueblo en Armas. Nuestras naciones son, pues, el producto de la unión de dos elementos poderosos y decisivos a la hora de conquistar la independencia: Pueblo y Ejército. En Cartagena, el 22 de mayo de 1810, en el suburbio de Getsemaní se gestó un movimiento popular acaudillado por Pedro Romero y Joaquín Solano, secundado por las armas del regimiento regular que arrestó y puso en prisión al gobernador Montes. Y en Bogotá, el 20 de julio de 1810, cuando el coronel Sámano se disponía a lanzar su batallón para aplastar la manifestación popular que era agitada por José María Carbonell, el capitán Antonio Baraya desconoció a su superior, se hizo al mando de las tropas y decidió la jornada. La integración de todas estas fuerzas dio origen a la formación de un gran laboratorio humano, en el que todas ellas se formarían recíprocamente para las grandes tareas. Era preciso, de una parte, darle una racionalidad lógica al ímpetu tumultuario y montonero de extracción guerrillera y miliciana, y de la otra, educar a los elementos que venían del viejo ejército regular, para que comprendieran que las táctica no dependía ya de un ejército concebido a la europea, en el que “la batalla es un estricto ballet ordenado según una estricta partitura”. Seguramente este enfoque crítico inspiró al nuevo gobierno de Caracas surgido el 19 de abril de 1810, cuando sedujo a las fuerzas armadas aumentando el sueldo a los soldados y promocionando ascensos en el escalafón militar que incluyeran a oficiales de color, con el criterio de “colocar hombres seguros en los puestos dejados vacantes por la huida de los oficiales superiores y generales de la Corona”.

“De esta manera, –escribe Thibaud–, ante la promulgación hecha en Caracas sobre “la igualdad jurídica entre mestizos y blancos en la tropa de los pardos, en Santa Fe, Baraya se vio obligado a hacer las mismas promesas a los soldados (...). El tema de la igualdad de los derechos aparece desde el principio de la revolución... Desde los primeros días de la revolución, la índole política del conflicto determina una obediencia condicional de los soldados, que se nutre de las promesas igualitarias. Y los cambios de legitimidad abren un espacio de discusión sobre las órdenes recibidas y dadas.”

Desaparecía toda autoridad indiscutible (como la del rey), se entra entonces en la del debate... Se explica así la referencia de Caldas a las ‘opiniones del batallón’. Simón Bolívar estimuló y radicalizó la abolición de la jerarquía de las castas, que había sido impuesta durante la dominación colonialista, facilitando a los militares del viejo ejército regular atravesar “la frontera entre la obediencia y la desobediencia, puesto que en esas circunstancias obedecer al capitán es desobedecer al coronel” y comprometerse con la causa revolucionaria. José María Espinosa, quien fuera abanderado del ejército comandado por Antonio Nariño, sirviendo luego en las filas del Libertador, además de haber sido un destacado pintor y retratista, nos actualiza estos episodios en sus memorias:

“Restablecido al fin la calma y organizado el gobierno, comenzaron a formarse los cuerpos militares, y yo, engolosinado ya con la feliz e incruenta campaña del 20 de julio, tomé servicios en el batallón de Guardias Nacionales, del cual me hicieron alférez abanderado. Pero no fui yo en lo sucesivo tan bisoño como cuando tomé servicio, pues había venido a esta ciudad un cuerpo veterano llamado El Fijo de Cartagena, cuyo uniforme me parece que estoy viendo, y consistía en morrión de cuero, casaca blanca con vueltas de paño azul, pantalón blanco y chinelas; este cuerpo estaba acuartelado en el convento de Las Aguas, y sus oficiales se prestaron voluntariamente a enseñar el manejo de las armas. Concurrían a esta especie de academia varios señores del comercio y muchos jóvenes, a quienes los de Cartagena llamaban los paisanos, así como éstos llamaban los chungos, sin duda por ser casi todos gente de color.

“Se vio aquí la inclinación general a la carrera militar, y dentro de esos jóvenes salieron varios ingenieros de gran provecho, como D’Elúyar, Macedonio Castro, los Girardot (Pedro y Atanasio), Hermógenes Maza y otros. Yo tuve ocasión de aprovecharme de algunas de esas lecciones prácticas, que después me fueron útiles.”

Este pasaje –como afirma Thibaud–, muestra los mecanismos flotantes del alistamiento de las élites jóvenes con grados de oficiales y sin ningún conocimiento previo...

“Cuando José Hilario López, hijo de una de las familias más antiguas de Popayán, desea alistarse como simple soldado en septiembre de 1812 (...) se presenta ante el capitán Rafael Mosquera, miembro de una de las dos casas más importantes de la región con los Arboleda. López tiene solo 14 años; no era raro que se reclutaran adolescentes más jóvenes, incluso niños. La reacción del capitán Mosquera pone de relieve los criterios del mérito militar durante la Patria Boba granadina”.

“Yo pedí servicio como soldado –escribe en sus *Memorias* el general José Hilario López–; pero se me dijo que no teniendo la edad ni la capacidad para manejar un fusil, y poseyendo por otra parte las cualidades exigidas para cadete, se me admitiría con tal carácter, inmediatamente que practicase las informaciones requeridas por el libro de ordenanza...”

“En otras palabras –como lo observa Thibaud– López no sabe manejar un arma, lo que lo descalifica como soldado raso, pero pertenece a las viejas élites urbanas, lo cual lo califica como cadete y, en consecuencia como futuro oficial”.

He allí el origen de la segregación social por grados y de la elitización del oficialato militar granadino: rancio legado del viejo colonialismo que todavía impera en Colombia. No es una mera casualidad que contra la teoría y la práctica de Bolívar que iguala a todos los militares en la posibilidad de acceder a los más altos rangos de la oficialidad, el santanderismo dominante en Bogotá se hubiese impuesto para perpetuar la discriminación social que solo permite el encumbramiento a los grados más eminentes de las fuerzas militares, a una élite de la sociedad.

El historiador francés Clément Thibaud pone de relieve el espíritu republicano y democrático que Simón Bolívar confiere al ejército, y muestra que desde el 21 de octubre de 1811, al denunciar la preponderancia de la familia de los Ayala, en la Memoria sobre el poder militar de Caracas dirigida por la Sociedad Patriótica al Supremo Gobierno, manifestó:

“Vana es la división de los poderes, si el militar, que más fácil puede tiranizar la República, no es refrenado con la prudencia y con toda la preocupación que exige la libertad, incompatibles con la preponderancia de una familia”.

Y ello es así, porque se daría lugar a un factor de distorsión que desvirtúa completamente el carácter republicano y democrático que debe distinguir al Ejército. Porque, en efecto, ¿Cómo se le podría considerar como la fuerza pública si el cerebro y el mando son de una élite? ¿Cómo puede el Pueblo considerar al Ejército como una fuerza propia, si le es negado el acceso a su organización y dirección?

1.4 Estrategia y política del ejército bolivariano

Los llamados “*Gritos de Independencia*” fueron eso: “Gritos”... Y ningún grito, por potente que sea puede crear una República sin la fuerza del Pueblo. Y la fuerza de ese Pueblo no se siente si no asume su expresión organizada en Ejército. Sin esta premisa todo es ilusorio. Pueblo que no aspire a constituir su propia fuerza merecerá ser oprimido y sin duda lo será siempre. Por eso aconsejaba Carlos Marx al proletariado europeo pasar de las armas de la crítica a la crítica de las armas. Simón Bolívar comprendió a cabalidad dos hechos: el primero:

“Solo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña. El soldado bisoño lo cree todo perdido desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna”.

Y el segundo: la constancia no debe perder nunca la perspectiva de una lucha que inevitablemente ha de ser muy dura y prolongada:

“Nosotros no tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos y nuestras lanzas. El débil necesita una larga lucha para vencer; el fuerte, como en Waterloo, libra una batalla y desaparece un imperio”.

También tenía muy claro que era necesario reducir el campo enemigo, aislando lo más posible al sistema monárquico, incluso llamando al mismo pueblo español a levantarse contra el poder del rey. Por eso, cuando decretó la guerra a muerte, se propuso suscitar la identidad política con la identidad de intereses, al hacer separación entre los americanos, de un lado, y los españoles europeos, del otro bando, lo que significaba así mismo convocar a los españoles nacidos en América, invitándolos a participar activamente en la defensa de la causa independentista y republicana.

Poco después, en el mismo año de 1813, hizo extensiva su convocatoria para que:

“se invite de nuevo a los extranjeros de nación y profesión que sean, para que vengan a establecerse en estas provincias, bajo la inmediata protección del gobierno, que ofrece dispensársela abierta y francamente”.

La proclama precisa:

“que a cualquier extranjero que milite bajo nuestras banderas, defendiendo la causa de la libertad e independencia, se le declare el derecho de ciudadano de Venezuela, y se recompensasen sus servicios de un modo competente”.

En síntesis, el planteamiento estratégico de Bolívar como el más alto líder del ejército libertador, señala como enemigos a vencer a los españoles monárquicos. Con base en ese enfoque propone al pueblo de España formar con el de nuestra América la unión hispano-americana contra el enemigo común de ambos: la monarquía encabezada por el rey Fernando VII. Así lo proclamó en una famosa proclama que hizo difundir en España y Europa:

“¡Españoles de la Península! Vuestro gobierno es nuestro verdadero enemigo. Nosotros por el contrario somos vuestros amigos naturales (...) No es a vosotros que hacemos la guerra; sino a los asesinos mercenarios que vuestro gobierno arroja sobre nuestras costas con el necio proyecto de consolidar a un tiempo vuestra esclavitud y la nuestra. Amenazados de los mismos males, víctimas de la misma opresión y de la misma tiranía, ¿Por qué no unirnos de una vez? ¿Por qué no nos abrazamos y somos todos libres y nos volvemos a llamar hermanos? Paz a la España y guerra a su gobierno es nuestra divisa, y el grito que actualmente resuena en toda América”.

Tal es el proyecto revolucionario, comprendiendo, por lo tanto, que las luchas aisladas son absurdas, que no solo es vital la unidad de los pueblos granadinos y venezolanos con los que deben crearse la República de Colombia, sino que se precisa estrechar los vínculos entre todos los Pueblos que eran colonias de España a escala continental o insular, siendo indudable que una misma es su causa, tal como la planteó a sus soldados: *“Para nosotros la patria es América”*. Al ejército creado por el Libertador no solo le cupo la gloriosa misión de libertar colonias para formar repúblicas, poniendo término a más de tres siglos de dominación colonialista, sino que se constituyó en faro y guía para los Pueblos de todo el continente, ejemplo para los republicanos que luchaban en Europa contra el absolutismo de las monarquías y garantía de la soberanía popular y la integración territorial de las nacientes repúblicas. Es una ignominia, por decir lo menos, que una élite del generalato actual de Colombia ignore o reniegue de tan ilustres ancestros.

Ahora bien, la creación del ejército, dada la muy diversa y contradictoria extracción social y militar de sus integrantes, era una tarea en extremo compleja y delicada. A sus filas también habían llegado muchos de esos “grupos primarios” que habían servido como ejércitos privados del sanguinario Tomás Boves, acostumbrados al saqueo y armados desde el exterior. Boves supo aprovechar temporalmente a estos grupos primarios, estimulando su natural resentimiento social contra la élite criolla de Venezuela “que poseía las riquezas del país”.

Al ingresar a las filas del naciente ejército republicano, donde la organización era todavía muy precaria en materia económica y logística, los ex combatientes de Boves volvían a sus andanzas de pillaje y arbitrariedades, provocando que en algunas regiones el ejército fuera mal visto por el Pueblo, como se denuncia en lo que el general de división granadino, Ricaurte, escribió a Bolívar, poniendo de presente que esos actos de bandolerismo y de saqueo hacían “odioso al Ejército”, advirtiendo así mismo que “Si el ejército no tenía una administración militar ni intendencia, ¿cómo podía sobrevivir sin asolar al país?” Esta situación propició que muchos de los afectados por tales despojos, patrocinaran la formación de “ejércitos paralelos” al lado de los que defendían la causa del rey, reproduciendo las retaliaciones de saqueos y masacres de aldeas enteras. Además de la ineludible tarea de disciplinar esas unidades semi bárbaras, la construcción del ejército significaba para Bolívar la superación de otra limitación considerable: muchos de esos cuerpos y guerrillas de amplias regiones obedecían por costumbre a muy diversos caudillos cuyas únicas miras eran las de afirmarse económica, política y militarmente en el territorio de sus propios fundos.

Y, desde luego, esos caudillos eran, por lo general, la autoridad indiscutible de sus propias regiones. Esta situación formaba un contraste muy notorio frente a las orientaciones que Bolívar impartía a las tropas que estaban más directamente vinculadas a su mando. Thibaud refiere en la sustentación de dicho contraste, que cuando el Libertador instala en el poder a los diputados del Congreso, que él mismo convocara para tal efecto el 2 de enero de 1814 en Caracas, les recuerda que “el ejército no tiene vocación para gobernar sino para garantizar el imperio de la ley y proteger la libertad de la nación”. Echando una ojeada rápida puede deducirse que entre los componentes venezolanos del ejército, que en 1815 apenas estaba en su fase embrionaria, predominaba la heterogeneidad y el primitivismo propio de caudillos aislados en las inmensas extensiones de su territorio. En cambio, Thibaud llama la atención sobre el hecho de que los tres batallones granadinos de dicho ejército en proceso de gestación tenían un “mayor respeto por la filosofía republicana a la francesa, según la cual cada cuerpo defiende la nación entera y no un territorio particular”. Pero de ¿cuál nación se trataba si ésta todavía no se había formado?

La noción misma de *República* era apenas una abstracción teórica del discurso político. ¿Cuál era su jurisdicción? ¿Qué comunidades integraba? ¿Cuál su extensión territorial y política? La Patria era, igualmente, otra abstracción: todo estaba por crearse y el Libertador sabía que todo paso tenía que ser creación. ¿Cómo construir patria común ligando regiones aisladas o autárquicas, y en ocasiones mutuamente hostiles? ¿Cómo unir esas comunidades dispersas y analfabetas y darles entidad y representación ante las naciones del mundo? ¿Cómo insuflarles una identidad fraternal de alcance continental? ¿Cómo conducir las hacia la asimilación de una vocación internacionalista y darle a sus luchas una dimensión revolucionaria de solidaridad, para evitar que vuelvan a ser dominadas por potencias todavía más poderosas y crueles que la decrepita monarquía española?

Estos, entre muchos más, son los interrogantes que Bolívar formula y enfrenta para construir un ejército de nuevo tipo en la Historia de la Humanidad, con una misión que no se había propuesto nunca antes a ningún ejército del mundo: conducir el proceso emancipador hispanoamericano convirtiendo colonias en proyectos de repúblicas democráticas, abriendo una nueva era en la historia del mundo. Ninguna otra forma de organización podía cumplir tan colosal tarea. ¿Por qué tenía que ser el Ejército? La respuesta la da el mismo Libertador porque el Ejército es la expresión más contundente de la fuerza del Pueblo. Porque él es la expresión germinante de la Patria común. Porque él puede hacer valer la fuerza del ideal revolucionario. Y, en síntesis, porque él es “¡el pueblo que puede! Y ¡el pueblo que combate, al fin triunfa!” La enseñanza concreta de nuestra Historia es que la República nació del Ejército y no a la inversa. Es en la medida en que ese Ejército de origen revolucionario y popular se fue dando vida a sí mismo, como se fue formando la República y se le fue dando textura a la Nación.

Así lo subraya Bolívar en una de sus fuertes críticas a los “presuntuosos legisladores”:

“Esos señores piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque realmente está, y porque ha conquistado este pueblo de mano de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra, y el pueblo que puede; todo lo demás es gente

que vegeta con más o menos malignidad, o con más o menos patriotismo(...) Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos del Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los guajibos de Casanare y sobre todas las hordas salvajes de África y de América que, como gamos, recorren las soledades de Colombia...”

Thibaud indica certeramente que con la coalición de los ejércitos granadinos con los de Oriente y Occidente de Venezuela:

“se marca por primera vez la constitución de un ejército desterritorializado en relación con las ciudades. Aunque todavía falta el imaginario nacional, estas tropas de 1814 defienden por primera vez a Venezuela en su conjunto. Se pasa así del ejército miliciano de los pueblos al ejército patriota de las regiones y luego al ejército libertador”.

Cuando la contrarrevolución acaudillada por Monteverde, Boves y Yáñez en 1814, y por Morillo y Sámano en 1815 se impuso por medio del terror, y los gobiernos republicanos de Nueva Granada y Venezuela fueron destruidos, la República de Colombia nacía en el Ejército.

Existía potencialmente como ente constante y combatiente del ideal estratégico bolivariano. Los combatientes de ese Ejército:

“representan por primera vez, después de la toma de Caracas y de la desaparición de la autoridad civil soberana, a una patria arrebatada a la fragmentación política de las ciudades”.

Y como las grandes crisis suelen ser parteras de grandes decisiones, Bolívar tiene que idear, en medio del momento más fragoroso de la guerra, cómo financiar a ese Ejército que constituía la naciente República. ¿Cómo lograrlo?

“A) secuestro y confiscaciones de propiedades; B) préstamos y donaciones forzosos, contribuciones especiales; C) embargos de bienes, o pagos diferidos para obtener provisiones o material militar”.

A sí mismo, toda clase de bienes y toda clase de propiedades de los enemigos de la independencia fueron confiscados y el Estado se hacía cargo de su producción; se dispusieron contribuciones extraordinarias a los elementos más pudientes de las diversas regiones. Además de las contribuciones en espacio y en efectivo que debían entregar, incluso, las instituciones religiosas.

1.5 El ejército como crisol de educación política

Otra enseñanza altamente significativa de nuestra Historia, es que el Ejército Bolivariano, por su misma naturaleza revolucionaria, tendría que constituirse en un crisol de educación política, no solo para educar a sus militantes, sino también a la población, formando lazos de unión entre sus tropas y las comunidades. En lo que se refiere a sus propios miembros el Ejército tenía que formar militares, esto es, adiestrarlos en el conocimiento y manejo de las armas, en los rudimentos de la táctica y formas operativas. O sea un adiestramiento puramente técnico que estaba determinado por las características e improvisaciones en su propia conformación.

Se estimaba con base en datos verídicos que en 1815, el promedio de edad de los soldados era de 17 años, los cabos 23,8, los sargentos 22,5, los subtenientes 24 y los capitanes 30,3 años... Se nota así mismo que la característica de los Ejércitos en la Campaña del Sur de la Nueva Granada “es el ascenso relámpago de algunos oficiales, a veces salidos de sus filas”; mientras que por otra parte la promoción de ascensos obedecía en varios casos a factores políticos, puesto que “con los galones se obtiene la lealtad de militares expuestos a la tentación de cambiarse de bando”. Sin contar con que las élites patriarcales constituidas por las más poderosas familias imprimían un sello característico a la carrera militar... Esto fue lo más notorio en un principio. Sin embargo, en el proceso mismo de la guerra se fue acentuando la democratización del Ejército, atendiendo a otras exigencias más eficaces y prácticas:

“las cualidades personales y las técnicas le sacan ventajas a las consideraciones familiares. Con la multiplicación de los combates, los oficiales salidos de las filas son cada vez más numerosas tanto en los ejércitos de la Unión como en los de Bogotá”.

Entre los combatientes llaneros, por ejemplo, los méritos para los ascensos estaban fundamentalmente vinculados al buen manejo del caballo y de la lanza, el arrojo en las batallas o escaramuzas bélicas y en el dominio del terreno. De esta manera, escalar grados en el Ejército era una compensación por el prestigio ganado en los combates. El mismo Bolívar solía elevar en el escalafón militar a quienes habían realizado acciones heroicas en el mismo campo de batalla. Pero los miembros del Ejército necesitaban mucho más que instrucción militar. Había que educarlos políticamente para formarles conciencia republicana y democrática. En muchos casos requerían, incluso, una rehabilitación plena, pues se consideraba que “la mala fama del ejército entre la población” se debía a que “el servicio militar sigue siendo infamante, como durante la Colonia, reservada a los vagos y criminales”. Es claro que el Ejército Republicano tenía que ser cualitativamente superior al viejo Ejército del virreinato. Por tal razón, al reglamentar que los batallones veteranos deben reclutar a “los vagos y mal entretenidos”, se advierte:

“Pero sí se cuidará de que no sea un criminal infame el destinado al servicio de las armas, pues éste jamás tendrá entrada en unos cuerpos que no han de estar compuestos, sino de ciudadanos honrados o capaces de serlo, y que van a ser la escuela de la virtud armada en defensa de la patria...”

La misma reglamentación establece que el Ejército tiene obligación de constituirse en un educador político de todos sus miembros. En las milicias, el artículo 14 ordena que los capitanes deben arengar a las tropas después del entrenamiento dominical, para inculcarles “el amor sagrado a la patria”. Y puntualiza así mismo:

“Se prohíbe a todos los ciudadanos empleados en el servicio de la Patria manifestar el menor desagrado; antes bien todos, particularmente los comandantes, oficiales, sargentos y cabos, especialmente los veteranos, dedicarán sus conversaciones a dar a sus compañeros todo el aprecio debido a la carrera militar y defensa de la patria, con frecuentes relaciones de las batallas y acciones heroicas de nuestros compatriotas, de la injusticia de nuestros enemigos que quieren esclavizarnos: y en fin, les harán firmar una justa idea de las acciones que se deben graduar de distinguidas; y de cual preferentes con el honor y la patria, a la vida”.

Bolívar dictaba esa cátedra en medio de los combates, cuando recriminaba a alguno de sus combatientes que mostraba indecisión, llamándolo por su nombre y recordándole acciones heroicas y memorables que le habían distinguido en otros combates... o haciendo la exaltación ejemplar hacia los que se habían destacado por su valor en el combate.

En fin, la creación del Ejército Libertador abrió cauce a una pedagogía militar que se apoyaba en el tejido de la memoria popular sobre las grandes victorias y los nombres y lugares de sus soldados y batallas, como punto de encuentro, o más bien de hallazgo de la incipiente identidad nacional. Obviamente, el proceso de independencia tenía lugar en toda Hispanoamérica. Una generación de talentosos jóvenes militares surgía para jugar un papel decisivo en la construcción de los Ejércitos Libertadores, haciendo el relevo de otros revolucionarios de ideas y armas. Ya el ilustre escritor y patriota ecuatoriano Eugenio Espejo, y el precursor de la independencia americana Francisco de Miranda, habían denunciado con gran suficiencia los anacrónicos medios de opresión colonial. El primero había traducido los Derechos del Hombre y publicado el primer periódico de su país haciendo eco del gran levantamiento indígena en el Perú: solo tenía 34 años de edad cuando Tupac Amaru fue suplicado por las autoridades españolas. Miranda, nacido en Venezuela y hombre de admirable talento, ya había combatido al lado de Washington por la independencia de los Estados Unidos siendo un joven de 26 años, y luego se destacó en la Revolución Francesa: su nombre está en el Arco del Triunfo como homenaje a su memoria.

El uruguayo José Artigas, militar y patriota, se esforzaba para orientar la guerra emancipadora en el marco de una revolución social que exige, entre otras reivindicaciones, la redistribución de la tierra entre los campesinos que la trabajan; cuando don Antonio Nariño, el intelectual y revolucionario granadino había traducido y editado en su propia imprenta los *Derechos del Hombre*, y hacía de "*La Bagatela*" el primer periódico político de agitación insurreccional. Nariño había recibido la fuerte influencia del movimiento comunero capitaneado por José Antonio Galán y el horrendo sacrificio de éste y sus compañeros: tenía entonces 17 años. De la misma época son el cura José María Morelos, quien lideró el masivo levantamiento indígena y campesino de México, y el payanés Camilo Torres, quien jugaría un

papel muy significativo en la Nueva Granada y en la integración con Venezuela en la *'Campaña Admirable'* de 1813. Ambos sucumbieron en el patíbulo dando con sus ejemplos un mayor realce a la lucha crudentísima que seguiría la senda republicana. Y en Chile había surgido el general Bernardo O'Higgins, quien había fraternizado con el Precursor Miranda y colaborado en la campaña del general José de San Martín. Cuando Argentina y Chile declararon su independencia en 1810, O'Higgins era un joven de 34 años y San Martín cumplía 32.

Y como si fueran frutos de un mismo racimo de héroes, surgen en el mismo año el tribuno Mariano Moreno en la Argentina, Vicente Guerrero en México y Simón Bolívar en Venezuela: apenas tienen 27 años cuando sus países han declarado su resolución de ser libres. Y Rafael Urdaneta, natural de Maracaibo y graduado en filosofía en Santa Fe de Bogotá, ya era coronel a los 23 años de edad, y Atanasio Girardot a los 21, y Francisco Morazán a los 22, y Antonio José de Sucre a los 21. Eran, como dijera José Martí, ejércitos de jóvenes de pensamiento abierto y espíritu macizo y revolucionario. Pero, como puede constatarse leyendo a los cronistas de la época, eran así mismo ejércitos muy heterogéneos. Sobra advertir que los ejércitos no podían constituirse con seres ideales sino con hombres de carne y hueso, con los hombres existentes en una sociedad concreta. Y los ejércitos no los constituyen los oficiales de talento sino la tropa.

Si bien aquellos dirigen, ésta es la que forma su naturaleza socio-cultural y humana. Para traducir lo cuantitativo de la tropa a lo cualitativo de sus directrices e ideas, se requiere un trabajo arduo, tenaz y fecundo que debe ser renovado generacionalmente y en ambas direcciones: de arriba abajo y de abajo arriba. Esto exige, por otra parte, mantener un pulso firme y delicado en su relación con las comunidades. Por eso resultan insuficientes las prédicas de patriotismo y las tertulias sobre las "virtudes republicanas", si las "contribuciones voluntarias" exigidas para la manutención de las tropas resultan ser exageradas y agravadas por los hábitos depredatorios de éstas, determinando que, como anota Thibaud, "tanto en la Nueva Granada como en Venezuela, las colectividades territoriales se niegan a entregar hombres al ejército permanente".

Siempre será importante analizar las experiencias y situaciones semejantes.

“Después de todo, a pesar de los matices de lugar y de época –y sin querer erigirla en causa transhistórica–, las insurrecciones o las resistencias contrarrevolucionarias de las zonas rurales siempre han encontrado sólidas razones en las contribuciones y conscripciones forzosas, desde *la Vendée* de 1793, hasta los levantamientos antibolcheviques de la década de 1920 en Rusia. El hilo conductor que une a estas configuraciones tan diversas es la reacción del mundo campesino contra un gobierno central que juzga depredador.”

Con mayor razón si las tropas son de un poder que todavía no ha conseguido ser reconocido y aceptado como gobierno. Al fin y al cabo la aceptación y acatamiento del poder por la mayoría de la población, es lo que le da legitimidad y, por supuesto autoridad.

La animadversión de ciertas regiones hacia el Ejército Republicano obedecía, en no pocas ocasiones, al resentimiento de sus comunidades contra los atropellos y abusos de las nuevas autoridades. Un ejemplo de lo anterior es el coronel Manuel Castillo, quien fuera superior jerárquico de Santander y acérrimo enemigo del Libertador. En agosto de 1815 el coronel Castillo, “en campaña en la costa Caribe” ordena incautar el ganado y ejecuta un reclutamiento forzoso y manda fusilar a los desertores. Como el pueblo de Sabanalarga se resiste, es incendiado:

“Esta energía republicana para destruir a estos pretendidos enemigos depende de una lógica de terror, cuya intensidad aumenta con la de los combates. Se marca cualquier adversidad con el sello de la traición y la infamia”.

Se comprende que el pueblo de Cartagena lo hubiese dejado solo frente a Morillo, quien lo apresó y ejecutó. Por todo ello, concluye Bolívar que la formación del militar debe ser integral. Un militar que solo viva en el mundo de lo específicamente militar no podrá ser nunca un buen militar. Comprendió cabalmente que:

“en la guerra no se comete falta impunemente, y la inexactitud en la ejecución de los planes o comunicaciones trae, frecuentemente, graves e irremediables males”.

Con frecuencia se le vio reprendiendo con energía a sus oficiales más ásperos y altaneros, ordenándoles un trato correcto y respetuoso hacia los subordinados y hacia el Pueblo:

“Recomiendo a usted mucho la mayor moderación en el modo de tratar a los naturales y a todos sus subalternos en general. Todos están convencidos de que usted llena su deber; pero que exaspera los ánimos con la acritud con que suele tratar a algunos individuos que no cumplen con la exactitud que usted desea.

En los gobiernos populares y sobre todo en revolución, se necesita de mucha política para poder mandar”.

Y mandar con “mucho política” es, según el mismo Libertador, mandar con moderación y respeto. Por eso mismo, se dolía de que “los militares instruidos y buenos son muy pocos”, como le advirtiera a Santander en carta del 30 de mayo de 1823, recalcándole que: “un necio no puede ser autoridad”, y que “es una manía miserable querer mandar a todo trance”. Había que precisar las esferas y competencias entre lo militar y lo civil en el funcionamiento del gobierno, toda vez que “es insoportable el espíritu militar en el mando civil”.

En consecuencia, el Ejército no solo tenía que capacitarse para la confrontación bélica sino, muy especialmente, para la gran controversia ideológica, enfrentando los anatemas y excomuniones del clero godo, y el pesado fardo heredado de tres siglos de dominación oscurantista. De esto dependía, en gran parte, el apoyo de la población y la fortaleza anímica y espiritual de sus propios militantes. Con la fuerza del criollaje de las ciudades, el mestizaje granadino, el mulataje venezolano, las indiadas de las selvas y montañas, las negritudes del Caribe y del Pacífico y los europeos irlandeses, británicos, franceses, españoles, italianos, etc., y los hispanoamericanos de nuestro continente, los Ejércitos Libertadores se convierten en los auténticos genitores del Nuevo Mundo.

1.6 El ejército bolivariano: creador de la República

Como la guerrilla entrañaba la república igualitaria en armas, Bolívar decidió, partiendo de esa fuerza elemental y emergente, sentar los fundamentos constitutivos del Ejército como la estructura del “pueblo que puede”, vale decir de la “fuerza pública”, como requisito primordial para fundar un gobierno unificado y legítimo que fuera expresión sustantiva de su estrategia política para “crear el cuerpo entero de la República”. De esta manera el Ejército se legitimaba a sí mismo, y simultáneamente se erigía como el constructor político, jurídico y militar de la República de Colombia, dos años antes de la batalla de Boyacá, cuatro años antes del triunfo en Carabobo y cinco años antes de la victoria en Pichincha.

Aunque no era posible organizar elecciones para formar el Gobierno y las Instituciones republicanas fundamentales, el Libertador convocó al sufragio de los militares en unión con los ciudadanos de las regiones liberadas por su Ejército, para insuflarle vida institucional a una república cuyos gobiernos anteriores habían perecido bajo el terror, el patíbulo y el exilio. La República de Colombia nació propiamente en los cuarteles del Ejército Bolivariano. Si entre 1810 y 1813 tras el “grito de la independencia” los hechos políticos habían sido precursores de los hechos militares, y como consecuencia de la creación del Ejército Bolivariano los hechos militares fueron precursores de los hechos políticos entre 1813 y 1817, ahora, con la proclamación de la República de Colombia los hechos políticos se afirmaban como precursores y guías de los hechos militares.

Para definir las bases fundamentales de la República, el Libertador puntualiza los siguientes pasos:

1. El reconocimiento del Gobierno presidido por un Jefe, como cabeza del Poder Ejecutivo.
2. La creación de la Alta Corte de Justicia, como iniciadora del Poder Judicial.
3. El Consejo de Estado, que suple la ausencia temporal de un Poder Legislativo.

4. El Consejo de Gobierno que se encarga de las relaciones exteriores y diplomáticas, de los tratados comerciales, dotación de material de guerra y abastecimiento del Ejército.

Y 5. Además del Consejo de Gobierno que está comprendido dentro del Consejo de Estado, hacen parte de éste las divisiones de Estado y Hacienda, Guerra y Marina, e Interior y Justicia.

Estos pasos son los que el historiador Clément Thibaud califica de “resurrección institucional”, pero que yo, con el respeto debido al ilustre francés, prefiero denominar como “creación institucional”. Thibaud toma como nacimiento de la República su proclamación en el limbo de la teoría y su declamación en actas constitucionales calcadas de las cartas constitucionales de Estados Unidos o Francia... Pero esa era, como la definió el Libertador en su Manifiesto de Cartagena, simplemente una “república aérea”.

Yo prefiero partir del nacimiento de la República de Colombia en el terreno concreto de su fundación, de su edificación física militar, política y jurídica, como es la que empieza a levantar sus estructuras en 1817, que no es pregonada por improvisados legisladores, sino por el General en Jefe del Ejército Libertador, como protector y defensor de la ciudadanía y como alto mando, del “pueblo que puede”, o sea, de la “fuerza pública”. O sea por el nuevo poder. Porque sin poder no puede haber república.

En su discurso de instalación del Consejo de Estado de Angostura, el 1° de noviembre de 1817, Simón Bolívar destacó:

“La Alta Corte de Justicia es la primera necesidad de la República. Con ella quedarán a cubierto los derechos de todos, y las propiedades, la inocencia y los méritos de los ciudadanos no serán hollados por la arbitrariedad de ningún jefe militar o civil, ni aun del jefe supremo”.

Para que ello sea posible, agrega el Libertador: “el poder judicial de la Alta Corte de Justicia goza de toda la independencia”. En ese auténtico acto inaugural propone a la ciudad de Angostura, a orillas del Orinoco, como la sede capital provisional del Nuevo Estado de la naciente República, y concluye su alocución resaltando el trascendental evento:

“Señores del Consejo de Estado: La instalación de un cuerpo tan respetable y digno de confianza del pueblo es una época fausta para la nación. El Gobierno que, en medio de tantas catástrofes y aislado entre tantos escollos, no contaba antes con ningún apoyo, tendrá ahora por guía una congregación de ilustres militares, magistrados, jueces y administradores, y se hallará en lo futuro protegido, no solo de una fuerza efectiva, sino sostenida de la primera de todas las fuerzas, que es la opinión pública. La consideración popular, que sabrá inspirar al Consejo de Estado, será el más firme escudo del Gobierno”.

Esa es la declaración del primero de todos los soldados republicanos, Simón Bolívar, el Libertador y Padre de la República, que hoy no se estudia en Colombia, y a quien se mira por parte del generalato actual como fuente de subversión. Esto se comprende porque desde hace muchos años la oligarquía ha subvertido la Patria que Nuestros Libertadores forjaron con tanto heroísmo y sacrificio. Para el Estado actual y su Gobierno, la opinión pública es una cifra manipulable por su monopolio mediático y la consideración popular es excluida y perseguida de manera implacable. En el mismo acto fundacional se decreta la *“Ley de Repartición de los Bienes Nacionales”*, que beneficia a todos los miembros del Ejército Libertador como premio a su abnegación y heroísmo y como forjadores de la Patria Libre y Soberana: así lo declara en su proclama:

“¡Soldados! Vosotros lo sabéis. La igualdad, la libertad y la independencia son nuestra divisa. ¿La humanidad no ha recobrado sus derechos por nuestras leyes? ¿La odiosa diferencia de clases y colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no se han mandado a repartir entre vosotros? La fortuna, el saber y la gloria ¿no os esperan? ¿Vuestros méritos no son recomendados con profusión, o por lo menos con justicia?”

Diez meses después, el 16 de julio de 1818, escribe al presidente de la Alta Corte de Justicia, anunciándole la remisión de:

“once copias de los principales decretos expedidos en la tercera época de la República, para que se tengan presentes en las resoluciones de la Alta Corte de Justicia...”

En el mismo escrito le advierte al alto magistrado:

“Las vicisitudes de la guerra han hecho extraviar o perder aquella proclama, que entre otras cosas decía en el artículo 4º: la desgraciada porción de nuestros hermanos que han gemido hasta ahora bajo el yugo de la servidumbre, ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política, exigen la emancipación de los esclavos. **En lo futuro no habrá en Venezuela más que una clase de hombres: todos serán ciudadanos...**”

Y concluye su escrito reiterado categóricamente:

“¡Nadie ignora que la esclavitud está extinguida entre nosotros!”.

La historiografía oficial elude generalmente el hecho de que Simón Bolívar, a todo lo largo de la guerra de independencia, que fue una guerra popular y revolucionaria, estableció la libertad de los esclavos, abolió el yugo de la servidumbre que sufrían los indígenas, repartió tierras, castigó con severidad ejemplar a quienes delinquían contra el patrimonio y el erario público, y dispuso muchas otras medidas genuinamente revolucionarias y democráticas, por medio de sus derechos de guerra. Y sobre todo omiten la consideración de que esos decretos militares, que contenían las reivindicaciones y reformas populares y democráticas, que él insistió elevar al rango constitucional, fueron, años después, abolidos de un tajo por los corifeos del santanderismo, que a nombre de la civilidad liberal-conservadora neogranadina coincidían con el paecismo-monaguismo que degeneró en Venezuela en una nueva oligarquía latifundista y opresora, para despedazar a Colombia y hundir al Pueblo en un infierno de guerras y miserias cada día más trágico.

En cambio, tergiversando toda nuestra Historia, inventaron el estereotipo del Bolívar “militarista y déspota”, en contraste con el Santander “civilista y democrático”, ocultando deliberadamente que mientras el Libertador había consagrado la libertad de pensamiento y de su difusión por todos los medios, puntualizando que la opinión pública debe ser la primera de todas las fuerzas, el segundo, cuando se hizo a todo el Poder después de la muerte de Bolívar, decreta la pena de muerte a sus adversarios políticos, que eran señalados como bolivarianos o “sospechosos de serlo”. ¡Y la decreta y la ejecuta!,

iniciando desde entonces una era de terrorismo de Estado que hoy es actualizada y perfeccionada bajo el rótulo del *'Plan Patriota'*. Si en el génesis republicano de Colombia hemos constatado la vocación progresista de los militares patriotas; si el Ejército Bolivariano dio cauce a las instituciones legislativas y gubernamentales de Caracas en 1813; si convocó a la Unión de las Provincias de la Nueva Granada tras la ocupación militar de Bogotá en enero de 1815; si ese mismo Ejército funda el Consejo de Estado y lo instala en Angostura en 1817; si en la misma Angostura reúne el 15 de febrero de 1819 a los legisladores que debían formar el Congreso de Colombia, como preámbulo a la Campaña Libertadora sobre la Nueva Granada culminada victoriosamente en Boyacá; si la rúbrica de la victoria en Carabobo propicia una base poderosa para la Constitución de Cúcuta en 1821, para luego ir a libertar al Ecuador; si bajo la conducción de Bolívar ese mismo Ejército restaura la institucionalidad en el Perú y sella la causa emancipadora de Nuestra América en los campos de Ayacucho, y luego invita a las representaciones de las nuevas naciones a crear el Congreso Anfictiónico de Panamá, no puede argumentarse de ninguna manera la falacia de Bolívar “militarista y despótico” ni darse por cierta la “natural antinomia” entre el poder legislativo y las fuerzas armadas.

Esa antinomia aparece después, en el Estado actual de Colombia, como resultado de un proceso de subversión de los principios democráticos que nos legó el Libertador desde su comandancia del Ejército. Un proceso que ha conducido a que las fuerzas armadas no sean ya la fuerza pública de una Patria soberana, sino el instrumento de fuerza y de terror de un Estado oligárquico entregado al imperialismo norteamericano. Ha sido, en fin, la desvirtuación del defensor de la libertad y soberanía del Pueblo, convertido en una maquinaria que ejecuta la estrategia de un imperio que ya nos arrancó a Panamá y que ahora no solo quiere someter a Colombia sino que desea recolonizar al continente entero.

Los altos mandos de las Fuerzas Militares de Colombia no conocen hoy a Simón Bolívar, ni lo estudian ni mucho menos lo hacen conocer de las tropas: el Pentágono lo prohíbe en su documento Santa Fe IV; lo declara su enemigo. No es casual que el general Carlos Alberto Ospina, comandante de las Fuerzas Militares de Colombia, en la entrevista que le concedió al semanario *“El Espectador”*, de la semana del 2 al 8 de enero de 2005, declare que no es “un especialista en Bolívar”, pues

“no tengo un conocimiento profundo de él”..., reconociendo, en cambio, que “me gustan las películas de guerra. Por ejemplo, *Los boinas verdes*, con John Wayne. Es una película que muestra la nobleza de la profesión, el riesgo que se corre...” El entrevistador, Libardo Cardona Martínez, le pregunta al general Ospina: “¿Cuál es su ídolo?”, y éste le responde:

“El mariscal Rommel, un hombre noble, un buen soldado, valiente. Es un hombre muy parecido a nosotros: sin recursos, enfrentaba a un adversario que tenía muchos más. Y tenía otra ventaja: mandaba con el ejemplo”.

Recordemos que el mariscal Erwin Rommel, el ídolo del general Ospina fue el cuadro que la Alemania de Hitler envió al frente de las fuerzas acorazadas, con la orden de dominar el norte de África. Conocido como el “Zorro del Desierto”, Rommel fue altamente apreciado por Adolf Hitler, quien hizo un emotivo elogio por sus acciones contra Libia y Túnez:

“Todo el pueblo alemán reconoce conmigo, con asombro y admiración, la lucha heroica de sus soldados en Túnez. Para el éxito total de la guerra esta lucha heroica ha sido de gran valor. Su última intervención y la resistencia de las tropas serán un ejemplo para todas las fuerzas militares del gran Reich alemán y las páginas de la Historia guardarán memoria de este acto heroico que constituye la más honrosa página de toda la historia de guerra alemana. (Adolf Hitler)”.

1.7 Elementos del ejército republicano

La diversidad de las formaciones guerrilleras era tan complicada como los mismos relieves de la topografía y los hábitos productivos y sociales de las regiones, casi siempre aisladas en un inmenso territorio. Sin embargo, sus características más notables tenían una vinculación muy directa con el tipo de caudillos, distinguiendo entre éstos a los que Thibaud llama *caudillos patricios* y *caudillos igualitarios*. Sobre lo anterior cita el ejemplo de la “guerrilla de los Almeida” en la Nueva Granada, formada por varios centenares de hombres que actuaba en la meseta boyacense en torno a las aldeas de Machetá, Chocontá y Tibiritá; tenía ramas que llegaban hasta el norte de la sabana de Santa Fe, y en toda la vertiente andina hasta el llano.

“No fue ésta la única partida, las guerrillas colombianas fueron numerosas y activas. Oswaldo Díaz hace una lista homérica de ellas: las de Charalá, Gaupetá, La Aguada, Zapatoca, Ciba, Chima, Aratoca, La Niebla, Guadalupe, Simacota, Onzaga, Coromoro, Soatá, Fábita, Quicagota, Opón, Chitaraque, Pamplona y Ventaquemada”.

Anotemos que en 1819, cuando Bolívar entra con su Ejército a Boyacá, proliferan las guerrillas en los páramos del Socorro una de éstas, la de Coromoro, tenía al frente a Antonia Santos, y otras “como la del *negro Marcos*, tenían un sesgo plebeyo”. Entre los Almeida, que eran una de las familias más poderosas de la provincia de Pamplona y el valle de Cúcuta, predominaba el tipo de *caudillo patricio*, cuyo carisma, por lo general, estaba supeditado a su poderío económico y señorial. Muy diferente al estilo de guerrillas que predominaban en Venezuela bajo el mando de Páez y otros caudillos llaneros de origen popular y de *estructura igualitaria*. Entre éstos, el carisma estaba más naturalmente asociado al valor, a las habilidades y hazañas excepcionales que formaban los méritos de alguien para ser el jefe. “A Páez mismo, parangón del líder carismático, antiguo peón ascendido a general en jefe, sus hombres lo llamaban ‘el mayordomo’. Ésta era, por lo demás, su función cuando estalló la guerra. Estaba por lo tanto asociado a la figura del “hacendado” y en la codificación social de los llaneros, *el mayordomo* “encarnaba, finalmente, una figura de autoridad más fuerte que el propietario ausentista”.

Muchos de esos llaneros que siguieron a Páez, Zaraza, Cedeño y Monagas, habían sido antes una especie de paramilitares al servicio de los más famosos caudillos españoles (Boves, Morales, Antoñanzas), que actuaban paralelamente con el ejército español en la más encarnizada guerra contra los patriotas. Y toda esa guerrillerada, precisamente en 1817, había cambiado de bandera haciendo parte de las fuerzas republicanas, como lo reconoció el Libertador:

“mucho parte de ella es la que nos hizo tan sangrienta guerra bajo las órdenes de Boves; pero animada por el resentimiento del engaño y de la perfidia de los españoles, pelea contra ellos con todo el odio de que es capaz el corazón humano”.

Bolívar se percató de que esas guerrillas que seguían a Páez, Monagas, Zaraza y Cedeño, aunque eran mutuamente rivales por la filiación con sus jefes, podían ser subordinadas en la lucha por un objetivo común. De esta manera se formó entre ellas un lazo de unión con el Estado Mayor del Libertador, que “a falta de mandar, por lo menos coordina y distribuye la información”. La unión de todas esas fuerzas, sin duda alguna, una extraordinaria victoria de la inteligencia, de la política y fue obra de mucha diplomacia:

“Los antiguos jefes de las guerrillas aceptan entonces participar en la campaña, bajo la forma de un encuadramiento que solo combina la concentración de las fuerzas y la libertad de cada unidad”.

Para hacer el empalme, de ese archipiélago guerrillero hacia la constitución de un Ejército Republicano, y luego de tomar nota de la organización divisionaria que había sido la “base del éxito de las tropas francesas” instituye por decreto del 24 de septiembre de 1817, un Estado Mayor General “para la organización y dirección de los ejércitos”.

Como todavía en 1817, sobre todo en Venezuela “los militares recurren al saqueo de las haciendas” aunque “respetan las sementeras” y “no desorganizan por completo la producción”, y estableciendo que tales desmanes no pueden continuar, se ordena que “las misiones guayanesas del Caroní sean declaradas hatos nacionales”, quedando bajo la dirección del general canónigo José Félix Blanco, “que las divide en seis distritos. La preocupación principal de su director es la subsistencia del ejército”. Para el efecto se motiva la producción de carne, aguardiente y tabaco. Incluso los diezmos de Upata se aplican al mismo objetivo. Entre 1817-1818 se ve forzado a licenciar soldados para que se dediquen sobre todo a “la ganadería que le proporciona caballos para los jinetes y el ganado necesario para provisión de carne”, sin desatender “la contribución de la agricultura de guerra practicada por los soldados labradores llaneros”.

En toda la extensión territorial controlada por el Ejército Bolivariano:

“el gobierno militar trata entonces de organizar, mal que bien, una economía de guerra para enfrentarse a la penuria alimentaria y material”.

Thibaud acierta al afirmar que el año de 1817 fue, desde todos los ángulos, decisivo para la lucha de la independencia. La conquista de la Guayana le dio por fin una base a la república errante. Allí, Bolívar iba a poder atrincherarse, para construir primero un centro de mando militar, y luego un gobierno. Y fue igualmente el momento ideal para una adecuación completa del Ejército frente a las nuevas tareas. Tanto en el terreno de la práctica como en el de la ideología era preciso arraigar una profunda vocación democratizadora entre todos sus miembros:

“en cuanto al origen social, las posiciones de clase y otras ideas de civiles, los soldados y oficiales las habían olvidado al entrar al ejército”.

Además de corregir los hábitos aventureros y primitivos de los guerrilleros, era necesario regularizar en gran parte el funcionamiento cotidiano de los cuerpos irregulares. Para ello el general Pedro Zaraza entrega a sus soldados un texto titulado Instrucciones del guerrillero, en el que elabora una reglamentación general que define sus tareas a tono con la organización.

Simultáneamente el general Manuel Cedeño alternaba en la Guayana las acciones de adiestramiento y de combate de sus guerrillas, con la “difusión de la idea republicana”. Se facilitaba al mismo tiempo la alfabetización de sus miembros, constatándose que muchos de los oficiales y casi todos los suboficiales y soldados no sabían leer ni escribir.

Todas estas actividades tenían que renovarse progresivamente, pues las unidades del Ejército seguían creciendo con nuevos reclutas. En 1818 el promedio de edad del Ejército era de 25 años, incluyendo a los oficiales. El 35 % de los soldados oscilaba entre los 13 y 19 años. También fue a partir de 1817 cuando se inicia a fondo la tarea de regularizar el escalafón militar, que era algo verdaderamente complicado, dada la diversidad de origen de los grados militares de oficiales y suboficiales. Mientras unos habían tenido en filas sus ascensos regulares, desde su rango de cadetes en el caso de los oficiales, anotándose que muchos de éstos habían sido antes suboficiales (cabos y sargentos); otros, en cambio, se habían formado en las guerrillas y eran “capitanes autoproclamados” o nombrados por

“autoridades autoproclamadas”... Esto sin olvidar a los españoles y demás extranjeros que eran militares de carrera y ostentaban su propia graduación al unirse al Ejército Libertador.

El Ejército Bolivariano se fue construyendo en un proceso muy intenso y complejo, como producto de una dinámica de profundos mestizajes en lo étnico-social-cultural-militar y político. Solo faltaba agregarle, en lo relacionado con la táctica, códigos y disciplinas de Europa, como aporte de los militares reclutados en el viejo continente, muchos de los cuales habían servido en el ejército de Napoleón y poseían una experiencia apreciable.

Dentro de ese contingente con elementos de varios países europeos, la legión irlandesa tuvo una especial significación por su abnegación y lealtad. Una motivación ideológica los identificó con nuestra guerra de independencia: su “desdichada Irlanda” combatía ya contra la dominación del imperio británico.

Pero era evidente que muchos de esos europeos habían llegado movidos por el interés del dinero: eran aventureros de vocación mercenaria que pensaban escapar a la crisis de Europa y, por lo tanto, significaban una carga negativa para el Ejército Libertador. Esto, además de las dificultades protuberantes derivadas de su diversidad idiomática, hizo que Bolívar ordenara la suspensión de esos reclutamientos y, en cambio, ponderara la conveniencia política y práctica de atraer para el Ejército a militares de origen español. Sobre tal resolución instruye a su representante en Londres:

“Después de las armas, municiones y vestuarios, nos serían muy útiles algunos buenos oficiales, cabos y sargentos españoles de los muchos adictos a nuestra causa que residen en Inglaterra y Francia, prefiriendo la proscripción a la esclavitud. Estos son infinitamente más útiles que los extranjeros que ignoran el idioma, y necesitan de mucho tiempo para aprenderlo, en cuyo intervalo no pueden servir.

No sucedería esto viniendo cuerpos completos y organizados que entonces obrarían desde el mismo día de su llegada. De resto, oficiales sueltos de distinto idioma, o pequeños cuadros como los que han llegado hasta hoy, son más gravosos que útiles”.

Y le subraya a López Méndez que:

“la venida del general Renovales y de algunos oficiales españoles produciría un grande efecto en la opinión pública de España... Mucho contribuiría para hacernos de oficiales españoles, y sacar recursos de la misma España, proclamar altamente el principio que debe ser la base de nuestra política: paz a la nación española y guerra de exterminio a su gobierno actual. A este importante negocio deberían dedicarse algunos papeles, procurando por todos medios introducirlos en la Península. Nada debe omitirse para separar los intereses de la nación española de los de su gobierno y hacerla ver que sus verdaderas ventajas consisten en una íntima alianza con la América independiente”.

Por otra parte, como había que sacarle algún provecho a los europeos que llegaron a Angostura con el rótulo de “legión británica”, Bolívar optó por enviar parte de ellos al servicio de Páez.

“La Legión británica –escribe Thibaud– era un cuerpo constituido por tropas extranjeras acostumbradas a obedecer a una jerarquía, colocada a su turno bajo el control de una soberanía incontestable”.

El Libertador pensaba que al enviarlos al mando del “León del Apure”, los europeos podrían aportar a los rústicos llaneros el refinamiento de la táctica y la disciplina militar del viejo continente y, a su vez, aquellos aprenderían de éstos cómo se hace una guerra a partir de los elementos humanos y operativos propios de los guerrilleros y soldados de Venezuela. Y no se equivocó. La convivencia con los combatientes llaneros y la adaptación a su medio fue positiva en buena parte. Al fin y al cabo, “la experiencia común de las dificultades no tarda en acercar a americanos y europeos” y “nacen y se fortalecen influencias recíprocas”. Remitiéndose al *Archivo Restrepo*, Thibaud refiere la llegada a Venezuela de 300 alemanes, según la *“Breve Relación de la Campaña del año 1819, en el Oriente de Venezuela, por un testigo presencial”*, precisando que “los alemanes enseñan durante muchos años las bien calculadas maniobras vigentes en su país”, que “al nivel de los suboficiales y los oficiales subalternos, constituyen un vivero irremplazable de instructores”.

La conjetura del historiador es que “sus enseñanzas y su ejemplo le permitieron a los americanos librarse lentamente del molde militar español”. Pero si nos atenemos al Libertador, hay que convenir que las enseñanzas y el ejemplo de los irlandeses fue el aporte más destacado de los europeos a su Ejército, tal como lo expresara en una proclama que manifiesta su más sincera gratitud:

“A los bravos soldados de la legión de Irlanda:

“¡Irlandeses!

Desprendidos de vuestra Patria, por seguir los sentimientos generosos que siempre os han distinguido entre los más ilustres europeos, yo tengo la gloria de contaros como Hijos adoptivos de Venezuela, y como Defensores de la Libertad de Colombia.

“¡Irlandeses!

Vuestros sacrificios exceden a todo galardón, y Venezuela no tiene medios suficientes para remunerar lo que vosotros merecéis; pero Venezuela cuanto posee, de cuanto puede disponer lo consagra gustoso a los esclarecidos extranjeros, que traen su vida y sus servicios a tributarlos a su naciente República. Las promesas que el virtuoso y bravo general D’Evereux os ha hecho en recompensa de vuestra incorporación al ejército libertador, serán religiosamente cumplidas por parte del Gobierno y pueblo de Venezuela. Contad conque preferimos primero la privación de todos nuestros bienes, a privaros de vuestros derechos sagrados.

“¡Irlandeses!

Vuestra más justa y sublime recompensa, os la prepara la historia y las bendiciones del mundo moderno”.

Al general irlandés John D’Evereux, a quien expresó particularmente sus sentimientos de aprecio, lo acogió reconociéndole el grado que ostentaba en su país. Al teniente coronel James Rooke, que tuvo tan ejemplar actitud en la campaña libertadora sobre la Nueva Granada, hasta morir heroicamente tras la batalla del Pantano de Vargas, lo destacó como un alto ejemplo ante todo su Ejército. Irlandés también fue el coronel Fergusson, edecán del Libertador, asesinado a quemarropa por Pedro Carujo, uno de los conspiradores que intentó

darle muerte a Bolívar el 25 de septiembre de 1828. Y el más destacado de todos los irlandeses, el general Daniel O’Leary cuyas *Memorias*, recopiladas en 34 voluminosos tomos han sido editados por el Ministerio de Defensa de Venezuela (nunca en Colombia), que representan un documental de inmenso valor para el cabal conocimiento del más significativo tramo de nuestra Historia.

Me permito citar al general Tomás Abreu Rescanieue, para que sea él quien nos haga la presentación del ilustre irlandés y su obra:

“Digna de la memoria inmortal del Libertador... es la publicación de esta obra, en edición de diez mil colecciones y un total de trescientos cuarenta mil volúmenes (340.000) que el Ministerio de la Defensa entrega a los estudiosos e historiadores de las Universidades, Bibliotecas y Academias, y, especialmente, de la Institución Armada.

“En la incontrovertible verdad de los documentos de esta grandiosa obra aparece vivo y actuante en su extraordinaria vida histórica, en su fabuloso quehacer vital, Bolívar, nuestro Libertador y Padre de la Patria. Las Fuerzas Armadas Nacionales tienen el imperioso deber de estudiar y conocer su vida y su obra; de imitar sus relevantes virtudes militares y ciudadanas, formativas del soldado integral, para hacerse dignas de su heredad como aquellos que al conjuro mágico del Genio de América, regaron con su sangre y sembraron con sus huesos la vasta extensión del Continente para libertar pueblos hermanos. (Subrayé).

“El Ministerio de Defensa, al reeditar las *Memorias* del General O’Leary, rinde justo homenaje castrense a Bolívar. Esta reimpresión implica también una intención pedagógica, dirigida señaladamente a los miembros de las Fuerzas Armadas, como un reconocimiento a los méritos eximios de su autor, el general Daniel Florencio O’Leary, Jefe de imponderable estatura moral, quien, en la parábola de su vida militar, sumó a los más sólidos conocimientos del arte y atributos castrenses, las virtudes ejemplares del más leal y disciplinado subalterno.

“El General Daniel Florencio O’Leary, Primer Edecán del Libertador, con valor, inteligencia y fidelidad singular acompañó a Bolívar en la extraordinaria empresa de libertar naciones y fundar repúblicas. En su trayectoria vital, O’Leary cubrió buena parte del Continente de Colón. Galardonó su vida con la sangre de sus heridas en el Pantano de Vargas; se iluminó con el sol de Boyacá y Carabobo y triunfó con Sucre en Pichincha; y siempre con Bolívar venció en Pasto y en la campaña peruana. Fue de los vencedores de Tarqui...”

1.8 La guerra de propaganda y la confrontación de ideas

Un Ejército puede sacar ventajas en la guerra de propaganda y lograr con la ayuda de ésta una victoria militar contra su adversario. Pero la historia también ha enseñado contundentemente que si tal Ejército es vencido en la confrontación de las ideas, el triunfo que pudo lograr en su primera instancia será luego, inexorablemente, conducido a su derrota militar. Por lo tanto, estratégicamente hablando, la verdadera victoria no es la que se logra con las armas sino la que se obtiene en la lucha ideológica y política, en el gran debate de las ideas.

Lo que distingue esencialmente a los auténticos revolucionarios es que su lucha armada está sustentada en ese gran debate, y que si hace uso de las armas es solamente porque el orden imperante no les ha dejado otra opción. La situación es que ese mismo orden opresivo y cruel, que impide a sangre y fuego la confrontación de las ideas, acusa a sus adversarios de “bandoleros”, “asesinos”, “terroristas”, “enemigos de Dios” y “fieras alimañas” que cometen actos terroristas contra los “hombres de bien”.

Y en esa propaganda negra artillada desde el Poder, participan todos los aparatos de coerción, tanto los que asumen la represión militar, como los que a nombre de la “justicia” criminalizan y condenan toda expresión de inconformidad popular, y los que “en el nombre de Dios” y del “cristianismo” lanzan toda clase de anatemas y rayos contra quienes han puesto en entredicho el sistema dominante.

Bolívar y su Ejército, excomulgado en Caracas, Santa Fe de Bogotá, Popayán y Pasto, conocieron y enfrentaron directamente los efectos de esa represión supersticiosa, que encuentra eco entre pueblos humildes e ignorantes que fueron fácil presa del fanatismo religioso traducido en la sumisión al orden impuesto por el rey.

El “clero godo”, como llamaba el Libertador a los jerarcas católicos que defendían al rey, se ocupaba en estigmatizar a los patriotas por contradecir lo dispuesto por San Pedro en su primera carta, en el capítulo segundo, donde dice:

“Estad sujetos y obedientes a todo hombre que tiene poder sobre vosotros, ya sea el Rey como soberano, ya sea a los Gobernadores, como enviados de su parte, porque esta es la voluntad de Dios”.

Antonio de León, uno de los exponentes de ese *clero godo*, en sus encendidas prédicas contra los independentistas, exhortaba a las comunidades a recordar la “*Carta de San Pablo a los Romanos*” en su capítulo 13, donde dice:

“Toda alma está sujeta a las potestades más sublimes porque ninguna Potestad hay que no dimane de Dios; por lo cual todo el que resiste a las Potestades, resiste a las órdenes de Dios, y se adquiere su eterna condenación”.

Por consiguiente, concluye Antonio de León:

“Ninguna potestad hay, ni puede haber sobre la tierra más sublime, que la de los Reyes establecidos por Dios, y que mandan a nombre de Dios”.

Veamos un ejemplo, entre los muchos que se podrían citar, de cómo eran las excomuniones contra los patriotas que luchaban por la independencia en toda Nuestra América, y tomemos solamente lo más esencial de la “*Pastoral*” de Fray Buenaventura Bestard, que debía leerse en “tres meses consecutivos en conventos, doctrinas y misiones, una vez cada mes”.

“Cualquiera de nosotros, o de los pueblos de toda España que por conjuración... violare el juramento de fidelidad hecho a favor de su Patria y Gente Goda, y por la salud del Rey; o matase al Rey o le despojase de su Real potestad, o presuntuosa y tiránicamente usurpase el Trono Real, sea maldito en la presencia de Dios Padre y de sus ángeles. Sea maldito en presencia de Cristo y de sus apóstoles. sea maldito en presencia del Espíritu Santo y de los Mártires de Cristo; extráñesele de la Iglesia Católica que profanó perjuro, sepárese de toda comunión entre los Cristianos, nada participe de éstos, antes bien sea eternamente condenado por el diablo y sus ángeles, y los cómplices de su conjuración participen igual castigo, para que una misma pena de perdición aflija a los que han unido para lo malo una sociedad delincuente...”

En todas las parroquias de Santa Fe de Bogotá se ordenó leer una Pastoral, donde se afirmaba que el Libertador era “un cruel Nerón”, una “fiera que aborta Venezuela”, a la que había que darle muerte, y que sus soldados no eran libertadores sino una “legión de demonios”. Para el obispo de la capital granadina, lo mismo que para el de Popayán y Pasto, Bolívar era el mismo “Satanás en persona”. La feroz andanada contra los republicanos alcanzaba hasta las regiones más aisladas del amplio territorio colombo-venezolano.

“En el diario de las operaciones antiguerrilla que dirige en el Llano en 1817, Aldama describe la proliferación de lo que llama partida de rebeldes o bandidos”.

Simón Bolívar comprendió que no se podía permitir pasivamente la difusión perversa de las calumnias y vituperios en contra suya y del Ejército, ordenando la refutación enérgica de toda esa propaganda negra, no tanto por la defensa de la reputación propia y de sus soldados, sino, principalmente, para evitar que la confusión entre el Pueblo fanatizado por el clero llegara a extremos incontrolables.

Consecuente con ello, al comenzar el año 1818 funda el “*Correo del Orinoco*”, cuya importancia fue decisiva para el desarrollo impetuoso de la Guerra de Liberación. Posesionado de Angostura, Bolívar urgió a su agente en Trinidad, Fernando Peñalver: “Sobre todo mándeme usted de un modo u otro la imprenta que es tan útil como los pertrechos”.

Peñalver atendió con esmero la petición que le hiciera el Libertador, de modo que al mes siguiente “ya estaban en Angostura la imprenta, con todos sus implementos, y el impresor, el capitán inglés Andrés Roderick”.

Bolívar imprimió una gran dinámica al periódico y cuando el impresor estuvo impedido por enfermedad para desempeñar su cargo, escribió de inmediato al general Juan Bautista Arismendi, jefe de la isla Margarita, para que le enviara un sustituto idóneo:

“Ha mucho tiempo que he pedido a VE. que me remita a esta plaza a un joven apellidado Pérez, que embarcó en Guayana la Vieja en el bergantín Apure, que sabe el oficio de impresor, porque el del gobierno está enfermo y no hay quien sirva la imprenta. Recomiendo a VE. muy particularmente que ordene a este joven que se traslade a esta capital a la brevedad posible”.

En las 128 ediciones del “*Correo del Orinoco*”, más cinco ediciones extraordinarias que no fueron numeradas, publicadas entre el 27 de junio de 1818 hasta el 22 de marzo de 1822, cuando ya estaba en plena ejecución su campaña del Sur, está condensada toda la fundamentación que dio vida a Colombia y desató la gesta emancipadora de Nuestra América. En sus páginas se abrió generoso espacio al talento valeroso que hacía eco de los más importantes acontecimientos revolucionarios de América y de Europa. Incluso dio cabida a las publicaciones de los enemigos de la independencia, acompañadas de la fulminante refutación hecha por el mismo Bolívar, o por los destacados intelectuales patriotas que escribían en él.

“El ‘*Correo del Orinoco*’ es el primer periódico del continente que publica ediciones multilingües –en castellano, inglés y francés– dirigidas a informar de la causa patriota a una diversidad de lectores, y a los patriotas acerca de otras causas en otros lugares próximos o remotos”

Como lo anota Santos Molano al hacer presentación de la edición colombiana de la colosal obra. El periódico no solo ilustraba al viejo mundo sobre los acontecimientos importantes que tenían lugar en Colombia, sino que:

“para el consumo interno, se hizo eco de los movimientos independentistas de otros países americanos; dio la debida importancia a las campañas de San Martín en el Pacífico; informó sobre la situación inestable de la monarquía brasileña; notificó de la insurrección emancipadora de México y simpatizó con los pronunciamientos liberales y constitucionalistas que sacudieron el trono de España y luego el reino de las dos Sicilias y el de Piamonte”,

Como lo dice Ratto Ciarlo. Y agrega:

“Nos explicamos así que el *“Correo del Orinoco”* abra sus páginas para reproducir notas e informaciones de *“El Español Constitucional”* editado en Londres por los peninsulares que por su liberalismo tuvieron que emigrar”.

El *“Correo del Orinoco”* fue un triunfo de la inteligencia contra las “pérfidas intenciones de la *Santa Alianza*”, que pretendía intervenir militarmente contra nuestras nacientes repúblicas.

“Circuló por todo el continente y por Europa con una efectividad asombrosa, llevando a donde quiera el convencimiento de que la causa de la Independencia americana era la justicia misma”.

Esa victoria de la inteligencia fue igualmente, en aquella época, “un milagro de la comunicación”, que estrechó los lazos de los patriotas de toda Nuestra América y ganó la solidaridad y simpatía de los españoles demócratas, los franceses republicanos, los carbonarios italianos, los luchadores contra el absolutismo zarista en Rusia y, en general, la admiración de lo más granado de la intelectualidad y cultura europea.

La unión de la Nueva Granada y Venezuela para fundar a Colombia, la fundación misma de su Estado y la preparación del histórico Congreso de Angostura fueron conocidos por el mundo gracias a su eficaz circulación. También está registrada en sus páginas la formidable cátedra bolivariana de Derecho Internacional, plasmada en la firma del trascendental armisticio por Bolívar y Morillo, en el que el imperio español se vio forzado a reconocer la existencia de la República de Colombia, como victoria definitiva de la estrategia política bolivariana.

El armisticio que hizo regresar al general Morillo a su país de origen, fue jubilosamente celebrado por el Libertador, como lo expresara en su vibrante proclama:

“¡Soldados!

El primer paso se ha dado hacia la paz. Una tregua de seis meses, preludio de nuestro futuro reposo, se ha firmado entre los gobiernos de Colombia y de España (...) ¿Pero si nuestros enemigos por una ceguedad, que no es de temer ni aún remotamente, persistieran en ser injustos, no sois vosotros los hijos de la victoria?”

En vísperas de acordar el armisticio, había instruido a sus representantes en las negociaciones (Sucre, P. Briceño, J.G. Pérez), para que,

“conforme al derecho de gentes más lato, entablen y concluyan un tratado con los negociadores del gobierno español, a fin de evitar a la humanidad el sacrificio que hacen de ella los gobiernos beligerantes. Propongan VVSS, que todos los prisioneros sean canjeables incluso los espías, los conspiradores y los desafectos; porque en las guerras civiles es donde el derecho de gentes debe ser más estricto y vigoroso...”

En su informe al vicepresidente Santander le señala que:

“después de esta entrevista no parece regular que hablemos más en nuestros papeles públicos contra estos señores. Yo se los he ofrecido así, y es menester cumplirlo, porque además conviene a nuestra política manifestar que no hemos sido nosotros los encarnizados enemigos de los españoles, sino cuando ellos lo han sido nuestros y que, cuando se entrevisté la paz, los recibimos como amigos”.

La claridad conceptual filosófica y política es definitiva en la controversia con el adversario. En razón de ello Bolívar expresa a Santander su opinión crítica sobre las deficiencias de una *“Gaceta”* que se publicaba en Bogotá, y le recomienda que suprima la consigna que dice *“Libertad o Muerte”*, considerando que *“todo eso huele a Robespierre y a Cristóbal que son dos extremados demonios de oposición a las ideas de moderación culta”*, y concluye manifestándole: *“La fortuna nos ahorra la horrible necesidad de ser terroristas”*.

Digamos entonces que el *“Correo del Orinoco”* es un periódico que circula en medio de la guerra y que va disparando ideas, a su manera tan demoleadoras como las balas de los fusiles y de los cañones. Los soldados ganan las batallas. El *“Correo del Orinoco”* gana la guerra.

Como riguroso dialéctico, Bolívar sabía que los patriotas tenían que enfrentar la guerra de propaganda en el terreno de las ideas, para que el mundo pudiera captar el verdadero contenido de la lucha emancipadora. Es comprensible que en la contienda de la inteligencia con el oscurantismo, los que sostienen aquella deben poner al mando la Política y no solamente la Fuerza como hacen los que defienden la opresión. La inteligencia debe orientar la fuerza y ésta será verdaderamente poderosa cuando esté al servicio de aquella.

La amplia difusión de las ideas, y mientras más amplia y mejor presentadas estén mucho más eficaz será, es el arma invencible de la causa revolucionaria. Por eso cuando Bolívar regresa de Londres a Venezuela en 1810, trae consigo una imprenta. Cuando organiza su expedición con la solidaridad brindada por Haití, junto a las cincuenta cajas de fusiles y el detallado inventario de pertrechos y cañones, incluye una máquina impresora con doce cajones de letras de imprenta. El impresor es el haitiano Juan Baillío.

Ya en 1818 adquiere la nueva imprenta para el *“Correo del Orinoco”*, con el que refuerza al Ejército, acondicionándole la poderosa *“artillería del pensamiento”*, como acertadamente la nombra el historiador Salcedo Bastardo. Al hablar del Libertador como periodista, el ilustre escritor Alfonso Rumazo González subraya que Bolívar *“no hacía sus campañas militares si no llevaba consigo una imprenta. No bastaba la fundación de periódicos en tal o cual ciudad”: jera su más precioso armamento!* La imprenta que adquirió para el *“Correo del Orinoco”*, según anota José Consuegra, la pagó con mulas y, como lo relata Jesús Sajona Hernández, *“en el Alto Perú llevaba en la mula trasera la carga de una imprenta, del tamaño que fuese e iba distribuyendo en hojas volantes las impresiones. Sacó en esta etapa el periódico “El Centinela en Campaña”, y en la ciudad de Trujillo fundó un periódico”*. El periódico fundado en Trujillo por Bolívar en 1824, según Cacus Prada tenía como nombre *“El Centinela del Ejército”*. Luego fundó *“El Peruano”*, cuya primera edición circuló en Lima el 13 de mayo de 1826. A sus manos llegaban los periódicos más importantes de América y Europa y de su pluma salieron importantes artículos y ensayos para publicarlos en la prensa internacional.

Concibió la prensa como un vehículo de comunicación de ideas, como una trinchera del pensamiento, como una institución fiscalizadora de la moral pública, como un medio de comunicación ciudadano y un factor decisivo para formar la opinión pública. En su empeño de hacer de este instrumento un arma eficaz, se preocupó hasta de los minuciosos detalles de su impresión y, sobre todo, insistió en la veracidad y exactitud de sus contenidos y en el espíritu constructivo de sus críticas. Esto tenía que ser rigurosamente observado tratándose de los periódicos o publicaciones de su Gobierno y del Ejército, que debían ser, además, de presentación didáctica y agradable.

Estando en Huamachuco le escribió a su secretario el general José Gabriel Pérez:

“Remito a usted *“El Centinela”*, que está indignamente redactado, para que usted mismo lo corrija, y lo mande de nuevo a reimprimir, a fin de que corra de un modo decente y correcto. Despedace usted esta infame gaceta para que quede mejor. La divisa está indignamente colocada. La contestación etc., en letras mayúsculas. La puntuación corregida, las impropiedades destruidas, todo rehecho...

“P.D: La adjunta traducción del *“Correo de Londres”*, que es muy interesante, hágala usted insertar en la *Gaceta* del Gobierno, pero que antes se corrijan el estilo y la puntuación, que son detestables”.

El mismo día escribió a Santander:

“Para que usted vea que en Huamachuco se saben mejor las cosas que en Bogotá, le mando a usted ese periódico del ejército. Muy mal impreso está, pero las noticias son exactas y nuevas”.

Para disparar las ideas de independencia y de soberanía popular y democrática, el Libertador se hizo no solo periodista de altos quilates, sino que se convirtió en profesor de periodismo en una época en que no había ni universidades ni escuelas que enseñaran las ciencias de la comunicación. En efecto, ubiquémonos atentamente frente a la magistral cátedra de periodismo que le da al general Tomás de Heres:

“La refutación de Brandsen me ha parecido muy bien; está escrita en general y tiene rasgos magníficos, picantes y crueles.

No me parece que tiene otro defecto sino el de falta de dignidad en algunas expresiones, como tapaboca y otras vulgaridades semejantes que no son elegantes ni brillantes. Para la sátira más cruel se necesita nobleza y propiedad, como para el elogio más subido.

Algunas cartas en “*El Observador*” podrían decir lo que se ha omitido, con estilo picante y gracioso; suponiendo que son unos interesados que se quejan.

“*El Observador*”, en un pequeño cuaderno no está bien, mejor aparecería en un pliego entero. El n.º 2 no tiene variedad ni noticias, que son las que interesan. Los negocios legislativos deben ser Comunicados y las columnas deben ir divididas en este orden: ‘Noticias Extranjeras’, ‘Noticias del País’, ‘Asuntos Políticos’ o ‘Legislativos’, ‘Variedades’, etc., etc., y lo que sea literario o negocios de algún interés mayor, que no pertenezca a dichos artículos. Después se pueden poner estos otros artículos: *Curioso, Estupendo, Notable, Gracioso, Escandaloso* y otros títulos como estos que llaman la atención del público y correspondan a esos títulos. Todo el papel debe estar dividido en sus diferentes departamentos, digámoslo así. Si trata de hacienda, *Hacienda*, si trata de rentas, *Hacienda*. Si trata de Fernando VII, *Tiranía* o *Fanatismo*, según sea el negocio.

“Se trata de un hecho raro o desconocido se pone: *Anécdota Estupenda, Curiosa* o *Escandalosa*, según sea. Los artículos deben ser cortos, picantes, agradables y fuertes. Cuando se hable del gobierno, con respeto, y cuando se trate de legislación, con sabiduría y gravedad...”

Los periódicos, los libros, las proclamas, los discursos, las conferencias, en fin, todas las formas pedagógicas y didácticas que posibiliten la comunicación entre el movimiento revolucionario y el Pueblo (hombres, mujeres, niños y ancianos) deben ser organizados y patrocinados adecuadamente.

El Libertador fustigó siempre el absoluto abandono y desinterés del gobierno colonialista hacia la educación y cultura de la sociedad. Por eso, en su discurso ante el *Congreso de Angostura* y en muchas otras ocasiones, instó a los legisladores a privilegiar la atención y apoyo hacia todo lo concerniente con la educación y cultura del Pueblo.

Si la ignorancia ha sido siempre un soporte de la opresión, y el fanatismo envilece al ser humano, los revolucionarios tienen que ser la vanguardia en la lucha por la educación, la cultura, las ciencias, el arte, la recreación y todo aquello que haga hermosa física y espiritualmente la existencia de los Pueblos. Esta consideración crítica forma parte sustantiva del pensamiento del Libertador, como lo podemos apreciar en su discurso de Angostura:

“Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir, ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia, de hombres ajenos a todo conocimiento político, económico o civil: adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos.

Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud... La libertad, dice Rousseau, es un alimento suculento, pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que robustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad”.

La guerra de la propaganda, por lo tanto, tiene que ser asumida por los revolucionarios como una gran confrontación de las ideas. Y como el Pueblo ha sido, tradicionalmente el objeto de esta controversia, relegándolo a un papel de receptor pasivo, es hora entonces de que las fuerzas revolucionarias y progresistas de la sociedad generen una vinculación dinámica con las comunidades para que éstas asuman el papel activo y determinante de los grandes cambios sociales.

Hoy, cuando el poder imperante está atornillado al imperialismo y dispone de recursos y medios descomunales superiores a los que poseían los gobernantes de la vieja sociedad colonial, la enseñanza del Libertador tiene todavía más actividad y nos demanda mucha más decisión e ingenio para darle vida a la integración orgánica y motora de revolucionarios y demócratas. Hoy como ayer es una lucha bastante desigual entre la inteligencia y la brutalidad de la élite gobernante. Pero hoy como ayer debemos entender con optimismo que la inteligencia puede someter a la brutalidad y de este modo, como lo señala Bolívar, conseguir que la historia avance a favor nuestro.

1.9 El ejército bolivariano y el pueblo

El fundamento principal del Ejército, como lo concibió el Libertador, es su profunda identidad con el pueblo. De él nace y a él se debe. Esta es su legitimidad, su naturaleza y su legalidad. El Pueblo y el Ejército son los pilares de la construcción republicana democrática. El Ejército es el Pueblo en Armas luchando por la Patria.

Precisamente porque el Ejército ha nacido del Pueblo y a él debe su existencia y su razón de ser, es por lo que se le considera como la fuerza pública: no pertenece a ninguna clase social en particular sino al conjunto de toda la nación. Es por lo mismo que Pueblo y Ejército están llamados a compartir igualmente sus esfuerzos y anhelos en la construcción de la Patria de todos. En consecuencia deben coincidir en la lucha frontal contra todo aquello que amenace la independencia y libertad de la nación, la soberanía del Pueblo y del Estado y la integración territorial del país.

De este modo el Ejército ha de estar siempre, como señala el Libertador, en pie de lucha contra quienes pretendan agredir a su Patria que es su Pueblo, su territorio y sus instituciones y hábitos espirituales y físicos:

“Los tiranos no pueden acercarse a los muros invencibles de Colombia sin expiar con su impura sangre la audacia de sus delirios”.

El Ejército, siendo popular y protector de la nación, tiene que ser, por principio, la fuerza que se oponga a las injusticias y a los opresores, comprendiendo a éstos en una dimensión universal:

“El Dios de los Ejércitos concede siempre la victoria a los que combaten por la justicia y jamás protege largo tiempo a los opresores de la humanidad”.

Al Ejército Bolivariano le cupo el inmenso honor de ser el primero en la historia que se constituye para luchar por la causa de los Pueblos y proclamar su libertad y soberanía. Esto le dio un gran poder de convocatoria para conducir a los Pueblos en su propósito de abolir la tiranía y toda forma de esclavitud y opresión:

“Todos los pueblos del mundo que han lidiado por la libertad han exterminado al fin a sus tiranos”.

Los historiógrafos oficiales han considerado, sobre todo en Colombia, que los verdaderos méritos dignos de encomio hacia Simón Bolívar se reducen a lo estrictamente militar. Su condición de áulicos del sistema imperante les impide digerirlo en lo político: su pensamiento los acusa y anonada. Sin embargo, no es posible fragmentar al Libertador fingiendo aceptar una de sus partes y condenando expresamente las otras. Arciniegas, por ejemplo, dice emocionarse ante el liderazgo guerrero de Bolívar, pero admite que se opone definitivamente a un liderazgo político. Ya en mi obra *Bolívar, el Hombre de América*, puse al desnudo esa inconsistencia, dedicando un amplio capítulo para demostrar que a la oligarquía tampoco le agradó el Bolívar militar que representaba los intereses más profundos de nuestro Pueblo.

Es lógico que en la gran prensa colombiana abunden los cascarrabias que, parapetados en sus columnas periodística de circulación masiva, disparan a mansalva contra la comunidad toda suerte de falacias. Es el caso de Jesús Vallejo Mejía que, al denostar contra el presidente venezolano Hugo Chávez, asociándolo con supuestos “aspectos autoritarios” con Bolívar, escribe:

“Los populistas... han dado lugar para que (a Bolívar) se le considere como el padre de las izquierdas”, –todo ello porque– “algún texto muy contrario a la Constitución de Cúcuta proclama la identificación del Ejército con el pueblo, lo que ha inspirado a la vez a dictadores y guerrilleros”.

Por lo visto Vallejo Mejía, lo mismo que el general Ospina, no es “experto en Bolívar. Pero es un hecho que su rechazo a la “identificación del ejército con el pueblo” se debe a que su criterio se identifica con el del santanderismo en el poder, que ha concebido y utilizado el Ejército como una maquinaria de fuerza al servicio de una élite oligárquica feroz. La *identidad del Ejército y el Pueblo* no es, como supone Vallejo Mejía, una frase de Bolívar en “algún texto suyo”, sino, por el contrario, una afirmación filosófica y política de su concepción republicana y democrática sobre la sociedad, el Estado y sus instituciones. Y fue consecuente con ella hasta la muerte. Fue su divisa:

“Pronto estoy a marchar con mis queridos compañeros de armas a los confines de la tierra que sea oprimido por tiranos”.

Ahora bien, dice el historiador venezolano José Luis Salcedo, que en la idea de fundar un gobierno fuerte que establece el equilibrio entre la tiranía y la anarquía, Bolívar propone como fundamento la LEY, como principio racional, ético y jurídico, y la FUERZA PÚBLICA, es decir, el EJÉRCITO como garante de la legalidad y de la armonía social. Su expresión gobierno fuerte tiene su razón de ser en despropósitos esenciales que son la eficiencia y la autoridad moral.

“Para que el pueblo sea libre debe tener un gobierno fuerte, que posea medios suficientes para librarlo de la anarquía y del abuso de los grandes...”

Hagamos que la fuerza pública se contenga en los límites que la razón y el interés prescriben: que la voluntad nacional se contenga que un justo Poder le señala:

“que una Legislación civil y criminal, análoga a nuestra actual Constitución domine imperiosamente sobre el Poder Judicial, y entonces habrá un equilibrio, y no habrá esa complicación que traba, en vez de ligar la sociedad”.

Para la fuerza del gobierno cuenta con:

“la colaboración indisoluble militar-civil: las fuerzas armadas son las fuerzas de la patria. Aspira con su ejemplo y con su prédica a otra cosa que la ciega obediencia al gobierno... El soldado no es solidario de los errores del Gobierno...”

En efecto, el Estado tiene que posibilitar mediante otras instituciones, como las que se crearían a partir de un Poder Moral, para juzgar los yerros del gobierno. Y aclaro que cuando hago uso del concepto moral, me refiero a éste en el preciso ético-filosófico, y en ningún caso al concepto que de la moral dan las religiones.

Al significar que el “soldado no es solidario de los errores del gobierno”, el eminente historiador está resaltando su condición como defensor leal de la legalidad y como benefactor social: premisas infaltables en un miembro que hace parte de la fuerza pública ideada por el Libertador. El soldado:

“no es el árbitro de las leyes ni del gobierno; es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la República; y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país”.

Es precisamente en el período comprendido entre 1827 y 1829, luego de su regreso del Perú para reasumir el mando en Colombia, cuando Bolívar enfatiza en la necesidad de un gobierno fuerte, como recurso indispensable para salvar a la República amenazada por la tiranía y la anarquía. O sea, como anota Salcedo:

“el gobierno respaldado de manera inexorable por la moral, rigurosamente amparado por el derecho y con instrumentos eficaces y efectivos de acción”.

Aunque las intrigas y conspiraciones habían hecho mella en el Ejército, especialmente en sus facciones comandadas por oficiales granadinos afectos al santanderismo, el Libertador ejercía un control importante sobre la mayoría de sus efectivos. Sobre dicho período y sobre las calumnias que lo acusaban como “déspota”, difundido nacional e internacionalmente para desestabilizar a Colombia, es muy fácil establecer la verdad incontestable de los hechos para afirmar con Salcedo que “otra vía para captar el sentido del gobierno fuerte al que aspira Bolívar, está en su propia realidad personal. Nunca fue un déspota”.

Ya en 1825 había escrito a su hermana María Antonia: “No quiero exceder los límites de mis derechos, que, por lo mismo que mi situación es elevada, aquellos son más estrechos”. Sorprende que inclusive durante su llamada “dictadura” él mismo hubiese buscado la reducción de sus atribuciones. No fueron simples palabras su dicho:

“Yo mismo me he puesto trabas en el ejercicio del poder ilimitado que el pueblo colombiano me confió libre y espontáneamente”.

Y para corroborarlo:

“están el Consejo de Estado y sus hechos... Bolívar se somete y respeta el dictamen del Consejo de Estado perdonando a Santander, siendo su posición condenatoria –por estimar que la vida del general neogranadino era el pendón de las impunidades más escandalosas–. Igualmente deseaba a fines de 1828 que se promulgara el reglamento de elecciones; el Consejo de Estado opinó en contra e impuso a Bolívar su criterio”.

No obstante, juzgando que el Ejército es la fuerza pública de un Estado sustentado en la soberanía popular y en las libertades democráticas, debiendo ser, por antonomasia, el más firme bastión de las virtudes colombianas, el Libertador resume en un principio ético y patriótico la regla del militar patriota y del servidor del Estado:

“El que lo abandona todo por servir y ser útil a mi país, no pierde nada, y gana cuanto le consagra”.

Frente a los diversos factores que conspiraban contra la unidad de Colombia, trata de consolidar el Ejército disciplinado y consciente, sensiblemente unido a las palpitaciones de la Patria y a los anhelos de su Pueblo. O sea, como lo expresara al general Sucre:

“La gloria, el honor, el talento, la delicadeza, todo se reúne en el solo punto del triunfo de Colombia, de su Ejército y de la libertad de América”.

Para Bolívar la misión de la fuerza pública, esto es, del Ejército, era inequívoca: “El destino del ejército es guarnecer la frontera. ¡Dios nos preserve de que vuelva sus armas contra los ciudadanos!”.

No puede concebirse, desde el punto de vista republicano y democrático, que el Ejército se lance contra el Pueblo porque, en tal caso, se negaría a sí mismo desvirtuando su carácter de fuerza pública:

“En los gobiernos no hay otro partido que someterse a los que quieren los más”.

Precisamente, atendiendo a “lo que quieren los más”, afirma categóricamente:

“Hasta la fuerza misma debiera emplearse en contra de individuos que desatienden los intereses de su país, en perjuicio de la confianza que éste les hace”.

He ahí dos reglas de oro del mandato bolivariano para el Ejército: la primera “someterse a lo que quieren los más” y la segunda emplear la fuerza “en contra de individuos que desatienden los intereses de su país”. Y ello debe ser así, concluye el Libertador al advertir: “Mirad que sin fuerza no hay virtud; y sin virtud perece la República”. La defensa de los débiles contra la prepotencia de los poderosos es otro principio bolivariano que se armoniza con los expuestos anteriormente, como lo manifiesta a los legisladores:

“...la energía en la fuerza pública es la salvaguarda de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto, y la esperanza de la república.”

El Ejército como fuerza pública, no puede ser empleado para aplastar las justas demandas del Pueblo frente a los atropellos de los magnates

2. EL EJÉRCITO BOLIVARIANO FUNDADOR DE LA REPÚBLICA

2.1 El ejército como bastión de la república democrática

Actualmente, en la parte norte de América del Sur, donde Bolívar había declarado al mundo la constitución de la (gran) *Colombia*, tiene lugar una profunda contradicción política de carácter estratégico. Mientras en Bogotá rige el poder una élite sanguinaria y pro imperialista, que ha llegado al extremo de apuntalar su dominación mediante la escalada bélica del *“Plan Patriota”*, con la intervención de efectivos militares de Estados Unidos, mercenarios y paramilitares insertos en la estrategia de recolonización continental trazada por el imperio, en Caracas, para fortuna y esperanza de Venezuela y de América Latina, se ha puesto en marcha un programa genuinamente inspirado en el pensamiento y ejemplo del Libertador Simón Bolívar.

La República Bolivariana de Venezuela, cuyo gobierno presidido por Hugo Chávez ha sido avalado electoralmente en ocho ocasiones (caso extraordinario y único a escala mundial), ha podido mantenerse pese a la conspiración permanente que en su contra han desatado las élites oligárquicas viudas del poder, respaldadas por un intervencionismo descarado y financiado por Estados Unidos, con la vergonzosa complicidad del gobierno colombiano presidido por Álvaro Uribe Vélez.

La República Bolivariana de Venezuela ha salido airosa de un sinnúmero de sabotajes y conspiraciones, gracias a su Ejército y al conjunto de su Fuerza Armada que han sabido inspirarse en el precioso legado histórico, filosófico, ético y político del Libertador. Como lo juraron junto al Pueblo en acto solemne en el Panteón de Caracas el 24 de julio del año 2000, con palabras de su primer mandatario:

“Los soldados y el Pueblo seguiremos el mandato, Padre, y juramos los soldados de tu Ejército Libertador y de tu Fuerza Armada Libertadora, que seguiremos al pie de la letra ese mandato cuando dijiste que el soldado debe estar siempre al servicio del pueblo. Y cuando incluso maldijiste un día diciendo: *“Maldito sea el soldado que vuelva las armas contra el pueblo”*.”

Pues los soldados venezolanos seguiremos tu mandato para merecer tu bendición y estar siempre al servicio de nuestro pueblo y siempre al servicio de nuestra Patria. Tienes tu puesto y seguiremos teniendo tu puesto en el primer lugar de esta batalla por la dignidad, porque eres el líder y porque seguirás siendo el líder por los siglos de los siglos”

El general Pérez Arcay es incisivo e insistente al afirmar que en Bolívar están exaltadas las virtudes ideales de Venezuela. Y de América Latina, le agrego yo. Su pensamiento y ejemplo, anota el general:

“constituyen, por extensión, la plataforma de nuestra ética de hoy; ética plasmada en reglamentos y grabada en nuestras mentes como conciencia colectiva”.

Por eso, al referir la identidad entre Pueblo y Ejército legada por el Libertador, y luego de referir que fue él quien cristalizó la idea de la Gran Colombia y “la forzó a liberarse”, concluye en que “hay que romper el tabú de lo militar” estimando que las Fuerzas Armadas no pueden ser un “gheto” separado y aislado de la nación, sino que “deben integrarse vivamente al Pueblo para la ejecución de las grandes tareas”.

Cuando Bolívar enseñó que “la imprenta es tan útil como los pertrechos” y que ella es la “artillería del pensamiento”, estaba dando a entender que Pueblo y Ejército tendrían que construirse mutuamente para alcanzar sus objetivos comunes:

“Si un pueblo aspira a sobrevivir como pueblo, debe planificar su educación y desarrollar su auténtica cultura como factores de luces e ilustración que permitan acercarse a la verdad y alcanzar la justicia”.

Visto y razonado lo anterior debemos respondernos correctamente ese interrogante que muchos nos formulamos en países como Colombia: ¿Qué significado tiene la Patria para quienes ingresan a filas?. Por mi parte respondería que ninguno. Durante los veintidós meses que presté servicio militar jamás recibimos nociones de qué es la Patria ni cuáles han sido los hechos más relevantes de nuestra historia; ni quiénes fueron José Antonio Galán, Antonio Nariño, Simón Bolívar o Policarpa Salavarrieta, ni cómo nació la República de

Colombia. Es más, la mayoría de los militares rasos ignoraban el significado de los nombres que ostentaban los batallones donde estaban realizando su servicio. No conocí un solo oficial que hiciera de instructor o conferencista sobre tales temas.

Por consiguiente, es urgente que los militares de todos los niveles deben ser educados en forma integral, para que puedan servir eficazmente a su Pueblo y a su Patria.

“Las Fuerzas Armadas Nacionales –escribe en Venezuela el general Pérez Arcay– deben utilizar... buena parte de su tiempo en cumplir labores sociales que se compadecen con las aspiraciones de la persona humana”.

Y añade que

“para lograrlo, hay que llevar a las filas una base de lucha, es decir, una mejor educación; así, las Fuerzas Armadas serán más fuertes y poderosas y se identificarán mejor con la proyección del Ejército Libertador que les dio origen”.

Al recordar las palabras de Bolívar: “un hombre sin educación es un ser incompleto” y “un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción”, el general Pérez deduce:

“Se requieren, pues, fundamentos de conocimientos y conciencia de Patria que den a las Fuerzas Armadas, el poder de las armas en manos de la idea y de la razón, ya que es de tomar la antítesis trágica de la fuerza en manos de soldados cuya falta de preparación y conciencia previa impidan la consecución de los fines”.

Sobre todo porque la fuerza bruta es capaz de atentar contra la propia naturaleza. La historia muestra de manera dolorosa demasiados ejemplos de militares ignorantes que como autómatas usan sus armas contra su mismo Pueblo, como lo atestiguan trágicamente masacres como los de ‘las bananeras’, el ‘Bogotazo’ y el ‘Caracazo’. Hechos que ratifican más todavía la vigencia del pensamiento bolivariano sobre la integración y construcción recíproca del Pueblo y el Ejército:

“El espíritu militar ha de residir en el ejército, pero donde ha de estar su germen es en el país que nutre al ejército”.

Tarea que es tanto más complicada, cuando, como ocurre en países como Colombia y Venezuela, los medios de comunicación han sido monopolizados en gran parte, y son utilizados como medios de alienación masiva, como aparatos des-educadores que roen la identidad espiritual y nacional de nuestros países.

No obstante, la integración del Ejército y Pueblo permite al general Pérez Arcay expresar con un optimismo contagiante:

“¿Quién puede resistir al imperio de un gobierno bienhechor que con una mano hábil, activa y poderosa dirige siempre, y en todas partes, todos sus resortes hacia la perfección social, que es el fin único de las instituciones humanas?”.

.Desde otro ángulo, al remitirse al espíritu bolivariano que anima a las Fuerzas Armadas de Venezuela, el contralmirante Hernán Gruber Odreman se refiere a la solidaridad granadina que hizo posible la Campaña Admirable concebida y dirigida por Bolívar para salvar a su Patria.

“Pero el propósito bolivariano trasciende el espacio geográfico de la Capitanía General de Venezuela, y a otras naciones se proyecta el esfuerzo de liberación: la Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia, ven pasar bajo su cielo, en brazos de la victoria, el pabellón tricolor de la libertad. Y eso era el Ejército Libertador, un Ejército para romper cadenas, para liberar esclavos. La Historia le daría el más honroso título que Fuerzas Armadas algunas pueden orgullosamente exhibir: EJÉRCITO LIBERTADOR”.

Por eso proclama a los cuatro vientos, y con el más legítimo orgullo, que:

“Venezuela nació en un cuartel, fueron su cuna los campos de batalla, y la arrullaron las notas del clarín en los combates; y un día, el más glorioso, las dianas inmortales de Carabobo y el Lago de Maracaibo”.

Y ahora sumo mi voz a la de los patriotas colombianos en este momento: ¿No fue esa la misma cuna que meció a Colombia? ¿No fue ese el mismo Ejército que cruzó los llanos y doblegó los páramos de tres cordilleras? ¿No fueron esos los mismos clarines que tronaron en el Pantano de Vargas, en Bogotá y Juanambú? ¿No es ese el mismo

Ejército Popular que llevó nuestro glorioso tricolor a los campos de Pichincha, Junín y Ayacucho? ¿No es el mismo Bolívar nuestro Libertador el fundador de Colombia y el convocante a la integración latinoamericana? ¿No es esa nuestra historia? ¿No habrá guerreros que se proclamen herederos de esos soldados heroicos para proclamar esa historia y renovar esos clarines y revivir esa bandera? En Venezuela los hay... Y en Colombia debe haberlos y ya se anuncian como creadores de una nueva Colombia, como se anuncian en todo el continente en la gran tarea de fundar la Integración Latinoamericana que soñó el Libertador.

Esa es la historia que no pueden negar los renegados que ferozmente ejercen el poder en Colombia. Ellos desean y necesitan un Ejército que carezca de identidad con su Pueblo y con su historia: un Ejército que marche en el sentido opuesto al que nos enseñó Simón Bolívar. A ellos hay que enrostrarles sus felonías y traiciones, reivindicando las raíces puras de nuestra colombianidad. Por eso suscribimos las afirmaciones del contralmirante Gruber. Nadie puede negar que:

“el génesis republicano se haya íntimamente relacionado al de las Fuerzas Armadas, porque fueron éstas las que abrieron el camino para que una colonia de esclavos pudiera transitar, alumbrada por el relámpago de los cañones, hacia el pedestal de la libertad. ¿Existe en el orbe fuerza armada alguna con una raíz histórica más noble y más justa que la de ser sembradora de libertad y jamás de opresión y conquista?”.

2.2 Sobre los ejércitos libertadores de Nuestra América

Conviene hacer unos apuntes significativos sobre los Ejércitos Libertadores de Nuestra América, que coincidiendo con los fundamentos de la gesta emancipadora, escribieron el capítulo más brillante de la historia de América. Oigamos la voz del contralmirante Gruber nuevamente:

“Sin pretender subestimar los valores culturales, históricos y sociales de las naciones centroamericanas, sería oportuno recordar que en ninguna de ellas hay página alguna escrita con referencia a la institución militar, que pueda compararse a los episodios que en Venezuela, Colombia, Argentina, Ecuador,

Chile, Perú y Bolivia grabaron para la posteridad los ejércitos libertadores. Este hecho, pésele a quien le pese, le da a las Fuerzas Armadas de estos países la credencial suficiente para sobrevivir por encima de cualquier variación del cuadro geopolítico mundial”.

Supongo que el contralmirante Gruber no ignora las duras luchas que lideró Francisco Morazán, el gran hondureño que se inspiró en el ideal bolivariano para construir la Gran Patria Centroamericana de la que fue su presidente. Ni desconoce que entre las conspiraciones permanentes de los terratenientes provincianos y las invasiones y crímenes ejecutados por mercenarios y militares de Estados Unidos, a los que se unió el alto clero, despedazaron la República Federal Centroamericana y asesinaron al gran líder que era, sin lugar a dudas, el más ilustre orador, estadista y guerrero centroamericano.

Como también es conocedor de que Augusto César Sandino, el *general de hombres libres*, supo llevar con dignidad y heroísmo la bandera bolivariana, encabezando a su Pueblo en la lucha contra esos mismos enemigos y autores de la atomización centroamericana en pequeños Estados inermes, cuyos rudimentos de Ejércitos pequeños fueron destruidos, para establecer:

“la imposición de una administración tiránica policial y militar forjada en la Escuela de las Américas, persiguiendo, dividiendo y eliminando sistemáticamente a los más destacados patriotas.”

Advertido esto, el contralmirante tiene la razón. Veamos un pasaje que narra el apogeo del Ejército Bolivariano en vísperas de Junín y Ayacucho, tal como lo escribió el general Manuel Antonio López, compañero de Sucre y miembro del mismo:

“El 1° de agosto (de 1824) el ejército unido se reunió en gran parada en la pampa del Sacramento, extendiendo su línea de batalla de Nordeste a Suroeste, desde la hacienda Sacra Familia a la de Concepción. La división del general Córdoba ocupaba la derecha de la línea, el ejército del Perú el centro, la primera división de Colombia, mandaba por el general Lara, la izquierda, y a la cabeza de todas las caballerías el general argentino don Nicolás Nicochea.

El Libertador se presentó acompañado de los generales Sucre, La Mar, Santa Cruz y Gamarra, y fue recibido con vivas demostraciones de júbilo y entusiasmo. El sol de la mañana era templado: las encumbradas crestas de los Andes cubiertas de nieve perpetua desprendían rayos luminosos de colores varios e indefinidos como los del iris, que reflejaban sobre las armas de los soldados, dándoles el aspecto ideal de legiones osiánicas; las bandas y las músicas hicieron vibrar el aire con sus marciales ecos, inflamando el pecho de aquellos soldados de la libertad.

“Los generales Sucre y La Mar saludaron al Libertador pidiendo la venia de estilo para mandar sus ejércitos, y colocándose cada uno a la cabeza del suyo, los mandaron ponerse al orden de parada. El Libertador recorrió las filas lleno de satisfacción al ver en el semblante de cada hombre el entusiasmo y la seguridad; transportado de gozo y lleno de confianza en aquellos soldados, entre los cuales la mayor parte le habían acompañado en cien combates, se propuso marchar lo más pronto posible sobre los españoles y presentarles batalla en su acantonamiento de Jaula el día 7 de aquel mes, como el presagio más seguro de la victoria. Los generales Sucre y La Mar, pasada la revista de inspección, mandaron plegar sus ejércitos en columna cerrada, y el Libertador, colocándose a su frente, les dirigió la siguiente alocución:

“¡Soldados! Un nuevo día de gloria se os presenta: el 7 de agosto en Caracas, el 7 de agosto en Boyacá, y el 7 de agosto en las pampas de Jauja (señalándolas con el dedo, porque se alcanzaban a divisar). Los enemigos con quienes vais a combatir se jactan de 14 años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. El mundo liberal os admira, y la Europa entera os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. El Perú y la América entera esperan de vosotros la paz, hija de la victoria. ¿La burlaréis? No, no, no; vosotros sois invencibles. *“¡Viva el Perú, viva Colombia, viva la libertad!”*

“El ejército del Perú, que ocupaba el centro de la Línea, entusiasmado con las palabras del Libertador, manifestó en aquel momento de fuego ardiente que discurría en sus venas, y dándole expansión al sentimiento de honor y patriotismo, pidió a voces altas la vanguardia para ser los primeros en entrar en combate. El ejército prorrumpió en aclamaciones de vivas a la Patria, a Colombia y al Libertador...”

“Allí, como lo relata el general Manuel Antonio López, Bolívar exclamó:

“Un soldado republicano que tiene conciencia de su libertad vale por cientos de los que gimen bajo la servidumbre...”

Esta significación histórica y política de los Ejércitos Libertadores como expresión viva del potencial popular latinoamericano, es lo que el imperialismo norteamericano desea destruir. Por lo pronto ya arrasó completamente con lo que había de Ejércitos Nacionales en América Central y ahora pretende lo mismo con América del Sur. Y relativamente ha venido lográndolo en Colombia, donde ha sustraído al Ejército de su misión como garante de la soberanía nacional. “Valga el episodio, por demás elocuente, de una maniobra internacional adelantada desde el norte, para reflexionar de nuevo sobre la intención real del propósito de eliminar las Fuerzas Armadas de Iberoamérica y reemplazarlas por una gendarmería, incapaz al ritmo que marcha el empobrecimiento de nuestras naciones, de garantizar la seguridad interna de sus respectivos países. ¡Ah!, no, lo que pasa es que se tiene previsto que cuando esto ocurra, una fuerza multinacional, controlada por los Estados Unidos, vendrá a ‘poner orden’, pero especialmente a salvaguardar los intereses del capital extranjero, o ¿no?

La eliminación de los Ejércitos Nacionales de América Latina hace parte de la estrategia neoliberal de recolonización continental y sus primeros pasos consisten en iniciar su gradual privatización. Para imponer esta política Estados Unidos argumenta que estos Ejércitos se han vuelto muy costosos y ocasionan muchos gastos, por lo que se hace aconsejable eliminarlos o reducirlos, habida cuenta que ya no pesa una amenaza comunista soviética sobre el continente.

En este caso es juicioso recoger la voz de alerta del contralmirante Gruber:

“¿Por qué, si hay tanto interés en un desarme general, no son los Estados Unidos los primeros en dar el ejemplo? ¿Por qué no comenzar en USA el desmantelamiento de sus poderosas Fuerza Armadas? ¿Qué dice de la guerra contra Irak, desatada contrariando a la propia ONU y a la opinión de la mayoría de las naciones del mundo? ¿Seremos tan idiotas los militares ibero-americanos par creer en la sensatez de esa propuesta?”

Es urgente luchar por la plena reivindicación de los Ejércitos Latino-americanos, que bajo la dirección o influencia del Pentágono han perdido la memoria de sus heroicos ancestros. Y han sido reducidos al papel de masacradores de sus Pueblos, después de que su origen estuvo signado como sembradores de libertad, fundadores de repúblicas y garantes de la independencia y soberanía de sus naciones.

La postración actual de algunos ejércitos de Centro y Sur América ha sido posible porque su alta cúpula militar, en unos países más grotescamente que en otros, sucumbieron ante los halagos del imperio: riquezas, placeres y poder, sin percatarse de la abyección abierta y soterrada de tales halagos, que han sido nada más que mendrugos para cebar criaturas de almas escuálidas, para tormento y vergüenza de sus propias naciones.

El contraste es enorme, porque si muy alta y honrosa es la significación de los fundadores de los Ejércitos Libertadores Latinoamericanos: Bolívar, Nariño, San Martín, O’Higgins, Sucre, Girardot, Guerrero, Morazán, Maceo y Martí; ¿qué cosa son o representan esos monstruos sanguinarios que han sido encumbrados sobre montañas de calaveras y cruces? ¿Qué son esos que la historia escupe cuando nombra: Somoza, Duvalier, Trujillo, Ubico, Carías, Stroessner, Videla, Pinochet, Bánzer, Garrastazu, Ospina o Camacho Leyva?

A Nuestros Pueblos de América Latina no solo les han robado sus recursos naturales, no solo los han explotado en forma inmisericorde, sino también les han robado su fuerza pública. La verdad es que el Ejército que al mando del coronel Cortés Vargas masacró a miles de trabajadores colombianos explotados por la *United Fruit*, no puede ser el mismo que le dio existencia política a Colombia tras las batallas de

Boyacá, Carabobo y Pichincha. El Ejército que masacró a los trabajadores en Santa María de Iquique y en Puerto Mont, no puede ser el mismo que conquistó la independencia de Chile en los campos de Maipó: ningún chileno podría presentar a Pinochet como descendiente del Libertador O'Higgins.

El pueblo chileno tiene una prosapia de héroes vernáculos como Lautaro y Colo-Colo, a quienes Bolívar puso de ejemplo de combatividad y soberanía; y de republicanos progresistas como Salvador Allende; y poetas universales y revolucionarios como Pablo Neruda. En ellos, lo mismo que en la guitarra de Violeta Parra y en el canto mutilado de Víctor Jara está lo más bello de su Patria. Los que conspiraron criminalmente contra el Palacio de la Moneda y demolieron a sangre y fuego el gobierno de la *Unidad Popular*, son la negación de Chile, son la horda de mercenarios lacayos de Kissinger, del Pentágono, la CIA y la *ITT*. Esos que arrojaron desde los aviones a los presos políticos sobre el mar en Chile, Argentina y Uruguay, los autores de crímenes y desapariciones, los torturadores que hicieron hogueras con los libros prohibidos por el fascismo yanqui, los que arremetieron contra los manifestantes populares de ambas márgenes del Río de la plata y extendieron el '*Plan Cóndor*' hasta Bolivia y Paraguay; esos también renegaron de su origen y no tienen nada que ver con San Martín ni con Artigas ni con sus bravos granaderos y soldados que ayudaron a construir la independencia de un continente.

Ya es hora de que Nuestros Pueblos recuperen su fuerza pública, para que sus Ejércitos vuelvan a nutrirse de sus más auténticos valores, para que la institución armada sea la expresión pura de su gente y de su tierra. Para que de arriba abajo hagan valer su ejemplar raigambre de soberanía y libertad. Es una obligación ética, revolucionaria y profundamente democrática que el mandato de la historia nos impone: luchar sin tregua al lado de Nuestros Pueblos para devolverle a sus instituciones la prístina vocación patriótica y progresista de Nuestros Héroes y Fundadores y, en una palabra, para que reconquisten su legitimidad. Ha sido enorme la irresponsabilidad de quienes han posado tanto tiempo como demócratas y han regido estos países (como es el caso de Colombia), al haber reducido a tal estado de postración a las instituciones armadas que habían sido concebidas como sembradoras de libertad y como la fuerza pública defensora de la soberanía del Pueblo. Se entiende que esa

irresponsabilidad no es inocente sino premeditada, porque es exactamente lo que más conviene a los que explotan y saquean la nación.

Hay que llevar a cabo una aproximación ciudadana que ayude a la reivindicación de las fuerzas militares para que cumplan con el papel que les corresponde por mandato histórico, constitucional y popular. Y, sobre todo, exhortar a los militares activos a velar por su propia institución:

“Los miembros de las Fuerzas Armadas, además de estar sometidos a una variada serie de esfuerzos y privaciones, viven dentro de un conjunto de vicisitudes y sacrificios que necesitan atenuarse mediante estímulos espirituales y racionales normas de equidad y justicia...”

2.3 Solo la fuerza pública es legítima

Aunque mi vocación de historiador tiene una fundamentación universal, no puedo impedir ubicarme como colombiano frente al análisis crítico de un hecho evidente: ¿Qué es lo que diferencia a las Fuerzas Armadas de Colombia y Venezuela, si ambas parten de un origen común? Tratando de dar respuesta a este interrogante, documentándome en la realidad histórica de ambos países y en los hechos y testimonios directos y vivenciales, intentaré responder a continuación. Empiezo afirmando que la diferencia esencial, de la cual se derivan las demás, está en el carácter de fuerza pública y, por lo tanto, de legitimidad, que las Fuerzas Armadas de Venezuela han recuperado ostensiblemente en los últimos años del siglo pasado, y que en la época actual han aquilatado consubstanciadas con el Pueblo en la construcción de un proyecto Republicano y Democrático de Nación inspirado por Simón Bolívar: La República Bolivariana de Venezuela.

En contraste, el asalto santanderista del poder en Colombia, que condujo a la desmovilización y desarme del Ejército Bolivariano, estableció otras formas de organización en armas al servicio, primero, de caudillos provincianos y sanguinarios como José María Obando y José Hilario López, y luego, con fuerzas represivas contra una población oprimida y excluida, dándole cima a un proyecto con

apariencias democráticas pero de carácter elitista y oligárquico: la República Santanderista contra Colombia. Y lo escribo así: contra Colombia. Colombia es el nombre que nos dio Simón Bolívar cuando anunció ante el mundo la fundación de un cuerpo de república soberana, basada en la unión de los Pueblos de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, incluyendo a Panamá. Santander fue siempre hostil a este proyecto: se negó a acompañar al Libertador en su Campaña Admirable sobre Venezuela, y luego, encargado de la presidencia se dedicó a escindirla desde arriba, provocando las defecciones de los separatistas de Venezuela y Ecuador, votando por Monroe contra el proyecto de integración latinoamericana propuesta por Bolívar, intentó el asesinato del Libertador y sus principales colaboradores, desmembró a la (gran) *Colombia* y, tan pronto su fracción liberticida se hizo a todo el poder, renegó del nombre de Colombia y lo cambió por el de Nueva Granada que había sido impuesto por el rey. El peso de su origen con toda su significación histórica, distingue de una manera evidente a las Fuerzas Militares de Colombia con respecto a Venezuela. Simón Bolívar, partiendo de una concepción republicana y democrática del Estado, concibió al Ejército como fuerza pública. Francisco de Paula Santander, como adalid de la oligarquía granadina, desarmó y licenció al Ejército Libertador y en su lugar fundó un aparato militar contra el Pueblo despojado de su fuerza legítima.

Desde este punto de vista se iniciaba en lo que fue quedando de Colombia una larga historia de violencia de los de arriba contra los de abajo, desde un poder criminalmente usurpado contra un pueblo despojado y gradualmente excluido desde entonces. En otras palabras se inició una larga historia de ilegitimidad. Y aunque ésta se hizo gobierno, no por eso deja de ser espuria y, en consecuencia, anti-democrática. Si algo caracteriza de manera ostensible al Estado colombiano, es precisamente su naturaleza anti popular y anti-patriótica. Conviene subrayar que, en lo que respecta a Venezuela, la institucionalización bolivariana de sus Fuerzas Armadas está visiblemente unida a la aplicación, desde 1971, del *Plan Andrés Bello*, que elevó a grado universitario la docencia de la Academia Militar. Desde entonces la mayoría de los oficiales han sido formados en esa institución que es, ante todo, una universidad de espíritu bolivariano. Gradualmente sus oficiales fueron abandonando la *Escuela de las*

Américas, que es el aparato de adoctrinamiento del Pentágono, hasta que recientemente, luego de constatar reiteradamente las diversas formas de conspiración de Estados Unidos contra la República Bolivariana de Venezuela, el presidente Chávez anunció el retiro de las Fuerzas Armadas Venezolanas de los centros de adoctrinamiento y de operación dirigidos por Washington. El caso absolutamente contrario es el que marca a las Fuerzas Armadas de Colombia, adoctrinadas, entrenadas, equipadas y dirigidas estratégicamente por el Pentágono. Actualmente, en desarrollo del llamado '*Plan Colombia*' y en las operaciones militares del '*Plan Patriota*', han dispuesto recibir adiestramiento de presuntos contratistas privados de Estados Unidos, que no son otra cosa que reservistas del ejército norteamericano y ex agentes de la CIA.

“...Los militares colombianos han sido inducidos por la oligarquía y el Pentágono a culpar a la guerrilla como la causante de la crisis nacional y a contemplar a Estados Unidos como el protector de Colombia. Esta consideración ha servido como “justificativo” para elaborar los manuales contra-insurgentes, donde se plantea que si las guerrillas se mueven entre el Pueblo como “el pez en el agua”, la respuesta de militares y paramilitares tiene que ser la de “quitarle el agua al pez”, o sea, masacrar al Pueblo colombiano. En este caso el Ejército es aleccionado para que vea en el Pueblo de su propio país al “enemigo interno” y, al actuar contra él desvirtúa su condición de fuerza pública para convertirse en instrumento de violencia al servicio de la estrategia política de una potencia extranjera. Estrategia que implica la defensa del poder de una minoría oligárquica. Por otra parte, mientras en las Fuerzas Armadas de Colombia se conserva el anacronismo colonialista y medieval del predominio de una casta militar entre los oficiales, que se hace más reducida y excluyente en la cumbre del escalafón, en Venezuela en cambio, tal diferenciación no existe: el suboficial y el soldado tienen acceso a escalar dentro de la oficialidad castrense a los más altos grados.

Tan solo ahora, en estos últimos años, con el despliegue del proyecto bolivariano en Venezuela, que ha generado la necesidad de que las universidades se pongan en marcha, junto a las universidades bolivarianas que han venido surgiendo, se ha

tomado conciencia progresiva del papel que las instituciones educativas deben jugar en la construcción de la nueva sociedad. Los militares de la nueva academia bolivariana han señalado el camino partiendo de sí mismos, esto es, de sus propias raíces históricas. Es verdaderamente lamentable el estado de inanición en que se halla la educación en Colombia. El universitario promedio no sabe de dónde viene, no tiene conciencia de su condición social y carece de una perspectiva de futuro clara. Desde el punto de vista tecnológico y científico puede dar testimonio del talento colombiano. Pero desde el punto de vista filosófico, intelectual, humanístico y ético carece de horizonte. Es un zombi. Un ente que nada o muy poco sabe de su país, de sus valores, de su cultura, de su historia. Casi nadie sabe cómo se formó Colombia, cuál ha sido su tortuoso proceso, sus grandes frustraciones y sus potencialidades. Hablar de Simón Bolívar es, como lo he dicho en casi todas mis conferencias que he dictado en universidades y academias, hablar de un ilustre desconocido.

Por eso no hay conciencia cívica ni principios de solidaridad patriótica ni sentimiento de colombianidad. En Venezuela se está estudiando historia y, lo que es más importante: se está construyendo historia y el pueblo es el principal arquitecto de esa construcción. En Colombia la estamos padeciendo, porque hasta nuestra propia historia nos ha sido escamoteada. Qué temple y qué grandeza tienen que derrochar los revolucionarios y demócratas colombianos, en tan bello país donde la oligarquía que lo saquea y destruye prohíbe el encuentro de Simón Bolívar con su Pueblo.

...El Estado y su aparato de gobierno no pueden ser meros espectadores, como le exigían a Bolívar los liberales libre-cambistas y los pupilos de Bentham, indiscutibles precursores del neoliberalismo moderno. El Estado tiene que ser el principal factor de progreso y el realizador de las grandes transformaciones, vanguardia civilizadora. Tales son las premisas que Simón Bolívar promulga cuando quiere fundar “un sistema vigoroso que pueda comunicar su aliento vital a toda la sociedad”. Y como era un militar y de ello se sentía orgulloso, hasta el punto de autodefinirse “guerrero republicano” y “el

primer soldado de la ley”, destacaba por encima de todos sus antecesores el papel del Ejército y de las Fuerzas Armadas como poderosa herramienta para la edificación republicana y democrática de la nación.

“Su ideal –como escribe Salcedo– es una patria donde los militares cumplan la elevada tarea de su lealtad a la virtud y el derecho, lealtad a la República y al porvenir”.

Por eso advertía a los legisladores que no bastaban las victorias militares de las armas republicanas. Se necesita fundar la verdadera fuerza del gobierno democrático, la creación de una legalidad basada en la igualdad social y en la justicia, así como el soporte de una indiscutible autoridad moral que garantice y estimule la pulcritud y eficacia del gobierno.

Sin fuerza no hay poder. Pero para que la fuerza sea legítima se requiere que ella sea el Pueblo mismo en armas defendiendo la Patria. El Libertador sabe muy bien que la virtud no triunfa por sí misma si no tiene a su lado el respaldo del Pueblo en armas, es decir, la fuerza pública, de la misma manera que advertía que toda autoridad es susceptible de torcer su mandato o desvirtuarse por sus abusos o vicios, si no tiene los mecanismos de fiscalización y vigilancia que le permitan al Pueblo ejercer su control. La fuerza debe servir a la virtud y ésta debe ejercer su influjo cualificador sobre la fuerza.

El Libertador despreciaba los embustes demagógicos y desdeñaba las formulaciones generales e imprecisas. Quería una democracia virtuosamente fuerte y fuertemente virtuosa en lo social, económico y político, como en lo ético, en lo patriótico y en lo cultural, que no solo inspire respeto en el Pueblo sino que consiga que éste se sienta identificado con el gobierno y sus instituciones; que no solo acate a las autoridades, sino que se sienta que él mismo es autor de su propio Estado y constructor de su propia vida. La dialéctica que Bolívar enseña sobre lo militar y lo político es clara: la República nació en la boca de los fusiles y en la punta de las lanzas de sus bravos soldados. Pero eso no significa que se pueda confundir la República con el Ejército. El Poder Popular se plasma en la fuerza pública, que es

la fuerza de todos y es la fuerza del Derecho. Pero el poder no es lo mismo que el gobierno: el soldado, el magistrado, el gobernante, deben coincidir en la construcción del Estado y servir al obrero, al campesino, al artesano, al educador, al maestro, al artista, al científico, al sabio, a los indígenas y a las negritudes que forman nuestro Pueblo y que son los que día a día están creando Patria.”

Sobre lo anterior podemos deducir que, en la primera instancia que es de importancia decisiva, el planteamiento del Libertador conduce al reencuentro del Pueblo con su Ejército que es expresión orgánica de su fuerza pública, cuya única legitimidad posible radica precisamente en su origen. Esto es lo que en Venezuela ha prohiado la aplicación del “*Plan Bolívar*”. La integración del Ejército a las causas populares debe ser, naturalmente, condición principal para llevar a cabo un verdadero proyecto de nación progresista, soberana y democrática. Esto es lo que la oligarquía y el imperialismo no permiten: siempre han querido “que el pueblo marche por un lado y las fuerzas armadas por un camino contrario, porque así convierten a éstas en un brazo armado del poder explotador”.

Allí radica toda la animadversión de estas oligarquías contra el proyecto de la República Bolivariana de Venezuela: ellas ven con horror el papel protagónico de ese poderoso binomio de Pueblo-Fuerzas Armadas, abriendo una gran dinámica organizadora y concientizadora que, a la manera de un árbol frondoso, se nutre de tres raíces que son vitales en la historia del Pueblo Hermano de Venezuela: Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora. Cuando he manifestado que solo la fuerza pública es legítima, es porque la historia bolivariana me ha inculcado que toda fuerza que se dirija contra el Pueblo es ilegítima; que toda fuerza que se utilice para defender las riquezas mal habidas de una élite es ilegítima; que toda fuerza que se emplee para sostener en el poder a una minoría opresora y corrupta es ilegítima, y que toda fuerza que obedezca políticas trazadas por potencias extranjeras para escalar la guerra dentro de nuestra propia geografía es, detestablemente, ilegítima.

2.4 La fuerza pública del derecho

En la edición de “*El Colombiano*” de Medellín, del 20 de enero de 2004, con el título de *Pensamiento de hoy*, se divulgó la siguiente afirmación:

“la espada de los libertadores no debe emplearse en resaltar los derechos del pueblo (Simón Bolívar, 1783-1830)”.

Se trata de un pequeño gazapo pero monstruoso error, porque atribuye al Libertador lo contrario de lo que manifestó, que es al mismo tiempo la triste realidad de hoy. Busqué en mi biblioteca el texto original de lo escrito por Bolívar, que dice así:

“sin duda la espada de los libertadores no debe emplearse sino en hacer resaltar los derechos del pueblo”.

Como puede verse en “*El Colombiano*” le suprimieron al pensamiento de Bolívar la conjunción *sino*, sin la cual la expresión queda reducida a lo que dicen y *hacen* cualquier Turbay Ayala, Uribe Vélez, Videla o Pinochet. Pensé inmediatamente en enviar una carta rectificadora a ese diario adjuntando el texto correcto que, además, contiene una expresión muy significativa: *sin duda*. Quería explicar de esta manera el sentido exacto de lo que proclamó en su escrito, como en todos los demás donde tocó el mismo tema. Él quería que el gran San Martín tuviera claro que su Ejército no tenía duda en emplear sus armas para resaltar los derechos del Pueblo. De ello se desprende que sería abominable lo contrario que, en tal caso, sería el empleo de las armas contra el Pueblo, como lo advirtió en su discurso al Congreso Constituyente de Bolivia, porque la misión del Ejército es la de constituirse en la fuerza pública de la Ley y el Derecho. Desde luego, un gazapo se le pasa a cualquiera, y quiero creer que se trata de un error de buena fe; me quedé pensativo en que quizás el digitador del texto se guió por cierta lógica maquinal, que es la que opera cuando la mente se adapta a las costumbres y, como lo que ocurre en Colombia es peor todavía, porque no solo las armas del Estado se defienden los derechos del Pueblo sino los de sus opresores, es comprensible que esa realidad condicionara al digitador, que no hizo más que transcribir fielmente el espíritu santanderista de la política que el Estado ha desarrollado desde 1830. Quiere decir esto que ese “pensamiento de hoy” difundido por “*El Colombiano*” está enmarcado por el santan-

derismo que después de atentar contra el Libertador y asesinar a Sucre, se ha materializado a lo largo de los años, estableciendo que las fuerzas militares no deben emplear sus armas para resaltar los derechos del Pueblo ni para defender la integridad territorial de la nación, ni para garantizar la soberanía popular y otros asuntos por el estilo.

En la misma carta que he citado de Bolívar para San Martín, al hablar del empleo de su espada, manifiesta:

“Tengo la satisfacción... de poder asegurar que la mía no ha tenido jamás otro objeto que asegurar la integridad del territorio de Colombia, darle a su pueblo la más grande latitud de libertad y extirpar al mismo tiempo así la tiranía como la anarquía”.

Contiene dicha carta, en un lúcido resumen, la misión que el Libertador asigna al Ejército y a las Fuerzas Armadas en general: la defensa de los derechos del Pueblo y la integridad física y moral de la Patria:

“Por tan santos fines, el ejército libertador ha combatido bajo mis órdenes y ha logrado libertar a la patria de sus usurpadores, y también de las facciones que han pretendido turbarla”.

Las universidades y demás instituciones existentes entonces estaban impedidas para generar y difundir una cátedra republicana y democrática. Fue ese Ejército Popular y Revolucionario, fundado en el fragor de las luchas sociales, el que asumió esa tarea pedagógica en forma activa, a campo abierto, de plaza en plaza y al compás de sus marchas y campañas con sus discursos, proclamas, conferencias y arengas, llevando a su cabeza al más lúcido tribuno. Como en los principios de un auténtico génesis político, ese Ejército se erige progresivamente como expresión entrañable de la fuerza de indígenas, esclavos, mestizos, mulatos, *catires*, [blancos] cholos, zambos, pardos y criollos, enarbolando la bandera de la independencia y pregonando por vez primera las identidades esenciales que fraguaron los conceptos mismos de Pueblo, Patria, Nación, República, Soberanía y Democracia.

El hecho histórico es que el Ejército Bolivariano, por su naturaleza popular, por la extracción social de sus miembros, por su orientación política y estratégica, se estableció en una formidable cantera de transformaciones políticas y en un inagotable filón revolucionario. Fue, en síntesis, mucho más que un Ejército de Liberación, fue el poderoso núcleo de creación nacional y de fundación de repúblicas. La nueva institucionalidad de la Patria, sus altos tribunales, sus congresos y constituciones vieron la luz en los campamentos guerreros. Colombia nació de sus fuerzas de abajo arriba y empezó a languidecer vergonzosamente cuando las camarillas politiqueras y oligárquicas la voltearon de arriba abajo, hasta crear por medio de crímenes y fraudes un Estado extraño a sus orígenes, opresor y monstruoso, que es la antípoda de la obra bolivariana. Como lo ha inferido Thibaud, el Libertador cristalizó la idea de “la construcción de un ejército que hiciera de la guerra un asunto de la nación, concebida ésta como asociación voluntaria de iguales”.

La gesta emancipadora fue entonces una Guerra de Liberación, en la que el Ejército participó como el “instrumento de realización de las identidades políticas en formación”. Por eso la política jalonaría la guerra y no a la inversa, “restituyéndole sentido pleno a la celebrada fórmula de la guerra como continuación de la política”. La guerra por la guerra es una concepción bárbara. La guerra como medio de especulación económica o como fórmula de rapiña y de despojo, es lo que siempre han hecho los imperios de la historia antigua y moderna. La guerra como recurso de dominación de un país sobre otros es abominable. Bolívar condujo una guerra revolucionaria y libertadora: a su Ejército no le interesaba tanto el dominio militar de un territorio, como la construcción política y la creación de las bases de la nueva legitimidad del territorio y del Pueblo. Otro rasgo sobresaliente y nuevo en la historia, es que el Ejército Bolivariano que nació de las luchas patrióticas contra la dominación colonial esclavista y señorial, surgió así mismo con una vocación de solidaridad internacionalista, asumiendo como propia la agresión sufrida por cualquier otro Pueblo de Nuestra América y declarando su solidaridad hacia las luchas de todos los demás Pueblos del mundo. Se trata de un Ejército que no arrebató un pedazo de tierra de ninguna nación hermana, sino que se unió a esta para darle independencia dándole sus bases constitutivas para que se gobierne a sí misma. En este sentido también coinciden los

Ejércitos Libertadores de Nuestra América. En los campos de Ayacucho se dan cita las fuerzas convergentes de Bolívar y San Martín para decidir la independencia del continente. Centroamericanos y mexicanos coinciden con el mismo proyecto. La solidaridad haitiana a favor de la emancipación hispanoamericana completa el cuadro revolucionario altamente ejemplar.

Bolívar, Artigas, San Martín, O'Higgins, Morelos, Guerrero, Morazán, Sucre, Nariño, Girardot, Petión, Maceo y Martí no constituyeron sus fuerzas militares para torturar, exterminar o desaparecer intelectuales y dirigentes populares, ni para masacrar indígenas o arrojar prisioneros políticos a las profundidades del mar o a los cráteres de los volcanes, sino para crear con estos Pueblos su independencia, soberanía y libertad, para sentar las bases de sus nacientes repúblicas hermanadas frente a la opresión. Este es el distintivo común de Nuestros Ejércitos Libertadores, y muy destacadamente del que fue ideado y conducido por Simón Bolívar. Ejércitos Populares y Republicanos que entrañaban nuestras Patrias combatientes. Que eran el Pueblo en armas y la fuerza pública al servicio de la Ley y del Derecho, defensores de los débiles y sembradores de proyectos republicanos de esencia democrática. Absolutamente diferente, contraria y repugnante es la propuesta y la práctica del Ejército impuesto por la oligarquía para exterminar aborígenes, invadir países vecinos y apoderarse de extensos territorios, como lo hizo y sigue haciendo el de Estados Unidos a costa de las naciones hispanoamericanas. Un Ejército que da vida y apoya a toda clase de mercenarios y paramilitares no tiene relación alguna con los Ejércitos Libertadores Latinoamericanos. El Ejército Bolivariano es, en suma, la antítesis exacta de toda organización política y militar opresora.

2.5 Pueblo y ejército compartiendo ideales y proyectos

Todo militar debe tener presente la enseñanza bolivariana: *“Aunque la guerra es el compendio de todos los males, la tiranía es el compendio de todas las guerras”*. Es completamente absurdo que los militares sean reducidos a negarse a sí mismos la necesidad de estudiar los factores que determinan las guerras. Combatir la guerra con la guerra sin considerar los hechos sociales, económicos y políticos que las generan, es lo que ha marcado la historia castrense en Colombia, hasta

el extremo insólito de negar la existencia misma de conflictos que son históricos, políticos y sociales. Pero, además, el militar tiene la obligación de analizar los procesos de su país y de qué manera se relacionan en un contexto geopolítico internacional. En una animada tertulia con un grupo de universitarios de La Habana, hablábamos de Bolívar y Martí, partiendo de dos afirmaciones que nos entregan toda su concepción humanista en el más alto sentido de la palabra y en su expresión más altamente revolucionaria: “La libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo”: Simón Bolívar, y “Patria es humanidad”: José Martí. Y a partir de allí fuimos desarrollando el tema sobre el pensamiento y ejemplo de estos dos grandes conductores de Nuestra América. Destacábamos sobre todo su creatividad pedagógica, pues en ellos, junto con Simón Rodríguez, hallamos la trípode esplendorosa de las ideas educativas autóctonas y universales de nuestro continente.

En esa misma tertulia se habló de la fuerza didáctica y significativa de las palabras del entonces recientemente elegido como presidente del Brasil, en su primera entrevista con el presidente de los Estados Unidos, cuando Lula declaró a Bush:

“Nuestro país ha declarado una guerra que no es para matar vidas sino para salvarlas”.

Con esta fulminante manifestación respondía el mandatario brasileño al convite hecho por Bush de formar una estricta alianza para *¡matar terroristas!* Y continuamos haciendo referencias sobre la capacidad pedagógica que distingue a todo gran conductor de Pueblos.

Acababa de editarse una antología con discursos de Hugo Chávez, correspondientes al año 2003, y escogimos dos reflexiones que el mandatario bolivariano comparte con el Pueblo: la primera tiene que ver con los componentes del Estado, y la segunda con la responsabilidad del militar en el contexto de la obediencia debida y el respeto a las leyes. Sobre la primera, ante una gran multitud en San Carlos, expresó:

“Un Estado está conformado por tres componentes fundamentales –oigan bien, para que estemos bien claros los civiles y los militares que aquí estamos y que estamos hoy viviendo en toda la república–: el primero, el territorio, y el territorio no solo

es la tierra; el territorio también es el cielo hasta el infinito. Eso es Venezuela, para allá arriba, hasta el infinito (...); y las aguas del Mar Caribe venezolano, del Atlántico venezolano, de los ríos... y de los lagos...; todo eso es el territorio de Venezuela. Segundo: la población. Somos más de 23 millones de habitantes en este inmenso territorio de Venezuela; la población que nació aquí, cuyos padres y abuelos forman ya parte del territorio, y nosotros pasaremos a ser parte del territorio sagrado. Nos tragaré la tierra y algún día como semilla; pero aquí seguirán viviendo nuestros hijos, aquí seguirán viviendo nuestros nietos... habrá un pueblo, y vaya pueblo, el de Simón Bolívar, el Libertador de América, el pueblo de Guaicaipuro, el pueblo de Zamora, un pueblo de luchadores, un pueblo de libertadores, un pueblo soberano y eterno..."

Y el tercero:

"La Constitución y las leyes. Esos son los tres componentes del Estado. Pues el Estado debe ser soberano, y el pueblo y la Fuerza Armada estamos aquí para custodiar la soberanía del territorio, de la población y de las leyes de Venezuela, es decir, custodiar el Estado venezolano. Esa es una responsabilidad suprema".

Esto es, ni más ni menos, cátedra bolivariana. Sobre la segunda, que es otra bien fundada síntesis del pensamiento bolivariano, el presidente Chávez destacó la cabal integración y respeto del militar en relación con los derechos del Pueblo. En su discurso de Porto Alegre, Brasil, del 26 de enero de 2003, en el Encuentro de Solidaridad con la Revolución Bolivariana, efectuado en el marco del *Foro Social Mundial*, expresó: La Constitución Política de la República Bolivariana de Venezuela consagra

"la obligación de los funcionarios del Estado, civiles o militares, a desobedecer cualquier orden superior que implique la desaparición forzada de personas... Ningún funcionario civil o militar, podrá decir mañana en Venezuela que él estaba cumpliendo órdenes para desaparecer a alguien. No, esa orden no se puede cumplir en Venezuela..., la llamada obediencia debida no existe para nosotros..."

2.6 Enemigos del ejército bolivariano ayer y hoy

Para estudiar los factores que desestabilizaron al Ejército Bolivariano, hasta liquidarlo completamente, hay que partir de las contradicciones económicas y políticas que marcaban la dinámica de los acontecimientos en *Nuestra América*. Y dentro de tales contradicciones qué intereses representaban o defendían sus principales actores. Los enemigos del proyecto social y político del Libertador iniciaron, a partir del año de 1826, una estrategia conspirativa internacional, que contaba con la beligerante participación de las oligarquías dentro de nuestros países, dispuestas a todo con tal de no verse afectadas en los privilegios heredados desde la vieja época colonial. Simón Bolívar, al constituirse en el adalid de los esclavos que ansiaban su libertad, de los indígenas que sufrían el yugo de la servidumbre, y de la gran mayoría del Pueblo, era un elemento que las élites explotadoras no podían aceptar. Veamos algunas razones para ello:

1. Había decretado la libertad de los esclavos y quería que ésta se extendiera a los demás países del continente, sobre lo cual instruyó a sus delegados ante el *Congreso Anfictiónico* de Panamá. En su discurso al Congreso Constituyente de Bolivia lo había dispuesto así:

“He conservado intacta la ley de leyes —la igualdad: sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer todos los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud (...) la infracción de todas las leyes es la esclavitud. La ley que la conservara sería la más sacrílega. ¿Qué derechos se alegraría para su conservación? Mírese ese delito por todos aspectos, y no me persuado que haya un solo boliviano tan depravado, que pretenda legitimar la más insigne violación de la dignidad humana. ¡Un hombre poseído por otro! ¡Un hombre propiedad!”.

2. Había concebido una reforma agraria que ordenaba la entrega de tierras a sus más legítimos dueños: los indígenas. Prohibió que los alcaldes, gobernadores, terratenientes, curas y órdenes religiosas explotaran la mano de obra indígena sin que mediara un contrato de trabajo libre y voluntario que, además, no podría ser pagado en especie sino en el dinero corriente de la plaza. Abolió la servidumbre que humillaba a los indígenas convirtiéndolos en el sector social más

abandonado de la nación, estimando que de ello se desprendía una aberrante discriminación racial incompatible con los principios humanísticos y democráticos.

3. Había adoptado enérgicas medidas para proteger la economía de nuestros países y promocionar su industria nacional. Prohibió la importación de manufacturas que podían ser elaboradas por nuestros productores y gravó con altos impuestos las importaciones que pudieran imponer una competencia desigual con los productos nativos. Restringió la invasión de las confecciones compradas a Europa, afirmando que los indígenas ecuatorianos podrían vestir a la América del Sur. Nacionalizó las minas del suelo y del subsuelo. Abogó por la independencia económica para sustentar la independencia política. Dispuso la creación de Juntas Provinciales de Agricultura y Comercio. Afirmó que el poder del dinero es puramente ficticio, y que la producción es el verdadero motor del desarrollo económico, señalando que el progreso de la agricultura y del comercio debía conducir a la creación de la industria nacional.

4. Como no se puede construir República sin Pueblo, y como es pura especulación hablar de democracia sin Pueblo culto, inició una portentosa tarea legislativa y práctica en materia de educación que el Estado debía dirigir y promover como su primer deber. La educación del Pueblo, decía Bolívar, es nuestra primera necesidad y ésta debe ser popular, generalizada, republicana y gratuita, porque ella debe producir ciudadanos aptos para participar en las altas decisiones del Estado, y hombres y mujeres capacitados para su desempeño en las actividades productivas y económicas de la sociedad. Como el oscurantismo deforma a la persona, la educación debe ser laica. Fundó escuelas, colegios y universidades, y se propuso con su maestro Simón Rodríguez, a crear al hombre nuevo para el nuevo mundo. Por vez primera en la historia se establecieron las escuelas mixtas donde la mujer, desde niña, aprendía a no temer al hombre, y éste, desde su niñez, aprendía a respetar a la mujer. La mujer debía ser instruida y dominar un arte para que no tenga que prostituirse ni buscar en el matrimonio la única oportunidad de subsistencia. Y,

5. Convocó a los países que recientemente habían logrado su independencia, para que se integraran solidariamente formando un mismo bloque de naciones libres y lograr así, mediante su integración económica, política, militar y cultural, conservar la soberanía recién conquistada, e impedir caer en una nueva dominación, no ya por una potencia decadente como España, sino bajo el poderío de Estados Unidos o de Europa que “son los más terribles”. Para ello invitó a crear el *Congreso Anfictiónico* de Panamá, que además de servir como órgano para la unión solidaria latinoamericana, sirviera como árbitro para dirimir conflictos territoriales que podrían presentarse por razón de litigios heredados del colonialismo, impidiendo así que estas contradicciones entre países hermanos degeneraran en conflictos bélicos.

Sobre el primer punto anotemos que Estados Unidos, la primera potencia esclavista del mundo, declaró contra el Libertador su más acérrima oposición. La libertad de los esclavos sería un terrible ejemplo para los dos millones de negros que eran sometidos al yugo de la esclavitud en sus grandes plantaciones. William Tudor, representante de Washington en Lima, lo advierte así al Secretario de Estado Henry Clay:

“Su fe principal (la de Bolívar)... la tiene depositada en el odio a la esclavitud y el deseo de abolirla. Leed su incendiaria diatriba contra ella en su indescriptible Constitución: tómense en consideración las pérdidas y destrucción consiguientes a la emancipación y que el régimen no podrá jamás ser restablecido en estos países”.

Entonces, según Tudor, el Libertador es un déspota que odia la esclavitud y quiere abolirla:

“...téngase presente que sus soldados y muchos de sus oficiales son de mezcla africana, y que ellos y otros de esa clase tendrán después un natural resentimiento contra todo el que tome eso de argumento para su degradación... calcúlese el censo de nuestros esclavos; obsérvese los límites del negro, triunfante de libertad y los del negro sumido en sombría esclavitud, y a cuántos días u horas de viaje se hallan el uno del otro... Reflexionemos que... la gravitación moral de nuestro tiempo...

es la afirmación de los derechos personales y la abolición de la esclavitud, y, además, que por diversos motivos, partidos muy opuestos en Europa mirarían con regocijo que esta cuestión se pusiera a prueba en nuestro país: y luego, sin aducir motivos ulteriores, júzguese y dígame si el loco de Colombia podría habernos molestado. ¡Ah, señor, este es un asunto cuyos peligros no se limitan a temerle a él...!”

Sobre el segundo punto: la oligarquía latifundista y señorial rechazó beligerantemente las leyes agrarias que redimían a los indígenas, y acusó al Libertador de ser un “monstruo” y un “tirano” que levantaba la “hez de la sociedad”. Mientras que Riva Agüero y Torre-Tagle, que habían sido presidentes del Perú, lo señalaban como:

“el zambo Bolívar: enemigo principal del Perú. Es perfectamente claro que el Libertador no solo condujo a su Ejército para poner fin a la dominación colonial de España en este país, sino que lo rescató de la molición y de la tiranía en que lo habían hundido las élites reaccionarias en Lima, tal como lo reconoció el eminente patriota José Faustino Sánchez Carrión en su informe histórico al Congreso, cuando afirmó que el mandato revolucionario de Bolívar había salvado al país del desastre y promovido una serie de transformaciones de extraordinaria importancia, calificando su legislación indígena como “la primera tabla de la ley agraria del Perú y el documento práctico de la independencia en pro de los indígenas”.

El tercer punto provocó la airada reacción de la oligarquía librecambista que se lucraba de la importación de manufacturas europeas, en detrimento de la industria nacional. Con el pretexto de la “libertad del mercado”, como ocurre hoy, y a nombre del liberalismo los librecambistas exigían la desprotección y la ruina de la producción nacional. La doctrina de los librecambistas estaba enmarcada dentro del evangelio de la “división internacional del trabajo” impuesta por Inglaterra, cuya unilateralidad opresiva fue firmemente desmascarada por el Libertador. El mismo Sucre, en escrito dirigido al general O’Leary, expone el problema en los siguientes términos:

“Muy de paso diré que aunque Mr. Necker asegura que los intereses de Quito se concilian aumentando alcabalas a los géneros que se trabajan aquí, le contestaría que el aumento de derechos es una incitación al contrabando, y una protección a la introducción de las manufacturas extranjeras, más y más perjudicial a los intereses de los fabricantes del país”.

Sobre la universalidad de esa política imperialista, el general Sucre comenta a O’Leary que la ruina de nuestros manufactureros sería inevitable y rechaza la falacia de la “libertad de comercio” con sus argumentaciones

“escritas muy bonitamente en libros, pero que no se practican ni en Francia ni en Inglaterra, donde no se permitiría a un pobre quiteño ni aun comer con un tenedor hecho en su país. La cuestión es bien sencilla, y ningún pueblo está obligado a someterse a leyes destructivas... y esto mismo es autorizar el derecho de rebelión...”

Ese mismo debate continúa hoy frente a las imposiciones de los Tratados de Libre Comercio (TLC). Al sustentar su solidaridad con la política proteccionista trazada por el Libertador, el general Sucre enfatiza:

“Una cosa es modificar los impuestos gravosos y las leyes coloniales y otra es dar protección a las introducciones extranjeras contra los intereses del país...”

lo digo como chacarero que soy ahora y como amigo del Gobierno para que no se engañen con teorías; que al fin causarán la guerra civil; y digo como chacarero para que no crean que hablo por interés propio, pues no tengo ni hay en casa el menor establecimiento de paños ni de ninguna otra manufactura de las que deben prohibirse”.

Sobre el cuarto punto la oposición fue igualmente recalcitrante. Se dijo que la educación estaba regida por herejes y corrompía a la juventud. Se acusó de arbitrarias las expropiaciones hechas a ciertos conventos y propiedades del clero para convertirlas en escuelas. Se sindicó a Bolívar como “jefe de los descamisados”, “agitador de la plebe” que, al reivindicar a los indígenas estaba amotinando “la hez de la sociedad”.

Santander lo acusó de apoyarse en el Ejército para sublevar a los “nada tienen, que siempre son muchos, contra los que tenemos, que somos pocos”. Y lo acusó por “hablar de la soberanía del pueblo y guardar silencio sobre las libertades individuales”. La contradicción planteaba un antagonismo inexorable: Santander veía al Libertador como el abanderado del “despotismo de la mayoría”. Y Bolívar desenmascaraba a aquel como el jefe de las facciones conspiradoras que, sin perjuicio de llamarse “liberales”, no tardarían “en buscarse un nuevo amo”. Descubrió así mismo que las maquinaciones del santanderismo habían desviado al Congreso hacia un “despotismo deliberante”, por lo que decidió consultar a la nación en masa:

“para que sea el mismo Pueblo el que defina los correctivos de la crisis, pues jamás un Congreso ha salvado una república”.

Y sobre el quinto punto los más poderosos intereses del mundo se concitaron para conspirar contra la integración latinoamericana propuesta por Bolívar. Las potencias de la ‘*Santa Alianza*’ se opusieron por principio a esta integración solidaria considerando, con toda razón, que la extensión del republicanismo democrático podía precipitar el fin de los regímenes monarquistas. Inglaterra y Francia aspiraban a sustituir a España en la dominación sobre Hispanoamérica, lo que veían imposible si estos países se ligaban entre sí formando un grupo compacto y poderoso. Y Estados Unidos, con muchos más motivos, atacó la integración bolivariana de América y propusieron su doctrina de “panamericanismo”, ideada por Monroe, que postulaba, no la integración continental sino el sometimiento de nuestros países a los dictados del nuevo imperio. Las oligarquías criollas aspiraban a la conquista del poder político, para lo cual era preciso desalojar de él las posiciones ganadas por el Pueblo y defendidas por el Ejército Libertador. Bolívar había dispuesto en Bogotá, el 27 de agosto de 1828, mediante su *Decreto Orgánico*, que:

“todos los colombianos son iguales ante la ley, e igualmente admisibles para servir todos los empleos civiles, eclesiásticos y militares”.

Además abogaba por un Poder Electoral independiente de los aparatos ejecutivo, legislativo y judicial, para poner fin al electoralismo fraudulento. Su objetivo era conseguir que los ciudadanos más capaces y virtuosos tuvieran acceso a la conformación de los cuerpos colegiados de la república, ordenando que:

“no se exigen sino capacidades, ni se necesita de poseer bienes, para representar la augusta función del soberano... No se le ponen otras exclusiones que las del crimen, de la ociosidad y de la ignorancia absoluta. Saber y honradez, no dinero, es lo que requiere el ejercicio del poder público”.

También había planteado la creación de un Poder Moral (entiéndase Poder Ético), que velara por la formación ciudadana y virtuosa de la sociedad desde la infancia, y que formara los legisladores, jueces, gobernantes y patriotas de la República, en el amor a la Patria, al trabajo, al estudio, a la ciencia y a las artes, y estigmatizara el egoísmo, la deshonestidad, el crimen, la traición a la Patria y la perversión de las costumbres. Este poder fiscalizaría, además, al propio Estado para evitar que sus funcionarios delinquieran desde el poder, tanto por abuso del mismo como por el latrocinio.

Ya en 1813 había decretado la pena de muerte contra los ladrones del Estado en Venezuela, y como las leyes debían ser cumplidas, advirtió en el mismo decreto:

“Sufrirán la misma pena... todos aquellos jueces o personas a quienes por su parte toque aplicar o ejecutar esta ley, siempre que conforme al modo sumario y breve... se les pruebe haberla mitigado a favor de los delincuentes, por connivencia, parcialidad, y otra cualquier causa”.

Poco después, y sobre la misma materia, dispuso por decreto que

“¡todo funcionario público, a quien se convenciere en juicio sumario de haber malversado o tomado para sí de los fondos públicos de diez pesos para arriba, queda sujeto a la pena capital!..”

En 1825, en su mensaje al Congreso del Perú, sustenta sus razones para la adopción de medidas severas contra los ladrones del Estado, a quienes compara con las sanguijuelas que se nutren de la sangre humana:

“no he vacilado en mostrarme severo contra los delincuentes que se alimentan de la sangre de sus ciudadanos”.

En el mismo sentido le manifiesta a Hipólito Unanúe, el presidente del Perú, que donde impera la corrupción no puede hablarse de república democrática, advirtiéndole que aunque se ha adelantado una importante campaña moralizadora:

“hay mucho robo todavía y este robo se debe denunciar al Congreso, al público, y perseguir más que a los godos. La mayor parte de los agentes del Gobierno le roban su sangre, y esto debe gritarse en los papeles públicos (los periódicos) y en todas partes”.

Cómo son de actuales estas palabras del Libertador en Colombia:

“Tiempo es ya de hacer algún bien a costa de los abusos y de las sanguijuelas que nos han chupado el alma hasta ahora”.

Cuando regresó a Bogotá, en el año 1820, indignado frente a los altísimos sueldos de los congresistas, ordenó rebajarles hasta la mitad y, en el mismo acto, como una medida de austeridad necesaria, mandó abolir los privilegios excesivos que la Iglesia recibía del Estado. Bolívar se refirió con sorna sobre la reacción de los afectados:

“La diputación del Congreso porque la he mandado a poner a media paga, y con esto se queja de sacrilegio, como los padres”.

El Libertador procuró con insistencia comprometer a los altos oficiales del Ejército en la lucha contra la corrupción del Estado, pues, como le recalca al general Bartolomé Salom:

“la impunidad de los delitos hace que éstos se cometan con más frecuencia, y al fin llega el caso de que el castigo no basta para reprimirlos”.

El problema es mucho más grave todavía, como le reitera al general Santander, cuando esa impunidad sirve para encubrir a quienes delinquen desde el Estado. Por eso hace hincapié en que, además de sancionar severamente a quienes así delinquen se les desenmascare y estigmatice públicamente para que caiga sobre ellos la sanción moral de la sociedad: *“se debe despedazar en los papeles públicos a los*

ladrones del Estado”. Se comprende entonces que ayer como hoy, las élites oligárquicas corruptas, acérrimas enemigas de la democracia, fieras opositoras a cualquier proyecto de redención social, ilegítimamente parapetadas en el poder, como en Colombia, o afanosas en recuperarlas, como en Venezuela, constituirán, como satélites del gran capitalismo internacional, la conspiración permanente contra el Programa Bolivariano. Esa fronda oligárquica, comprendiendo que el Pueblo no tenía el respaldo efectivo de ninguna institución fuera del Ejército Libertador, y que el poder de Bolívar reposaba en ese mismo Ejército, su estrategia conspirativa se fue desarrollando sobre los siguientes puntos:

- a) Dividir y desmoralizar al Ejército Libertador.
- b) Sabotear el *Congreso Anfictiónico* de Panamá.
- c) Desmembrar la República de (la gran) Colombia.
- d) Eliminar a Bolívar y a Sucre.
- e) Abolir la obra política y legislativa bolivariana.

Por supuesto, el acento fue puesto en el primer punto, por ser la clave del poder bolivariano. Allí estaría la coyuntura para vencer en los otros puntos y conseguir el triunfo de la contrarrevolución. Y hoy como ayer los enemigos del programa democrático bolivariano han estado muy atentos para asegurar su control sobre el Ejército e impedir que éste se constituya verdaderamente en el brazo armado del Pueblo.

2.7 La contrarrevolución asalta el poder

Desde 1815 Bolívar vislumbró en Jamaica la idea de:

“formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse...”

Esa misma idea la comparte en 1818 con las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuando les propone: “Una sola debe ser la patria de los americanos” y les convoca:

“a entablar, por nuestra parte, el pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas, un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida... podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas”.

Cuatro meses antes de la batalla de Carabobo insiste ante el gobierno argentino:

“Ligadas mutuamente entre sí todas las repúblicas que combaten contra la España, por el pacto implícito y virtual de la identidad de causa, principios e intereses, parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma. Nada puede pretender una contra otra, que no sea igualmente perjudicial a ambas, y por sentido contrario, cuanto exija a favor de ésta, debe entenderse respecto de aquella”.

Animado por ese mismo espíritu, desde Cali propuso al primer mandatario de Chile:

“De cuantas épocas señala la historia de las naciones americanas, ninguna es tan gloriosa como la presente (...) Pero el gran día de la América no ha llegado... todavía falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas... ¿Quién resistirá a la América unida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?... Ella es la expresión del interés en América. Ella deber ser la salvación del Nuevo Mundo”.

Y luego insistirá desde Lima en su convocatoria a los gobiernos hispanoamericanos:

“Después de 15 años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos”.

La convocatoria del Libertador a los nuevos gobiernos consiste en invitarlos a que:

“formásemos una confederación, y reuniésemos, en el Istmo de Panamá u otro punto elegible a pluralidad, una asamblea de plenipotenciarios de cada estado que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias”.

La Integración Bolivariana del Nuevo Mundo quería que Nuestros Pueblos, formando un bloque firme, pudieran contrarrestar las amenazas y la prepotencia de Europa y Estados Unidos, formando así un nuevo ordenamiento de equilibrio universal. Ya en 1823 había aliviado:

“Los españoles para nosotros, ya no son peligrosos, en tanto que los anglosajones lo son mucho, porque son omnipotentes, y por lo mismo terribles”.

Si nuestros países no se unían, si las oligarquías domésticas lograban impedir su integración, alerta Bolívar, sufrirán una nueva dominación más implacable y oprobiosa que la que ejercía la decadente España, pues

“Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad”.

La contrarrevolución aceleró sus pasos y perfeccionó su red conspirativa, formando vínculos entre los enemigos del proyecto bolivariano en toda América. Y empezó por disociar las fuerzas militares desde arriba. De hecho, algunos generales habían sido atraídos hacia la conspiración y se habían convertido en poderosos latifundistas que se prestaron a participar en los episodios desestabilizadores que fueron minando la causa bolivariana.

El cónsul de Estados Unidos en Lima, William Tudor, se puso al frente de la conspiración, propiciando la defección del comandante Bustamante, quien se puso a la cabeza de una insubordinación de tropas granadinas, que apresaron al general Lara y a otros oficiales venezolanos, con el pretexto de “defender la Constitución de Cúcuta” contra las ‘ambiciones tiránicas’ del general Bolívar.

La escandalosa insubordinación produjo una fisura irreparable entre granadinos y venezolanos del mismo ejército, y tuvo lugar el 26 de enero de 1827. Sobre ella escribió William Tudor a Henry Clay:

“Usted supondrá que ese movimiento se realizó de acuerdo con algunos de los principales patriotas peruanos”.

Dentro de esos “patriotas peruanos” amigos de Tudor y enemigos del Libertador estaban Luna Pizarro y el general La Mar. Ambos habían sido elegidos al gobierno en unas elecciones turbias, que fueron manipuladas por el cónsul de Estados Unidos, quien además, movía los hilos de una defección militar entre las tropas granadinas que estaban en Bolivia, tal como le informa a Clay en su misiva del 21 de febrero de 1827:

“Calcúlese que tendrán que pasar aún tres semanas antes de que puedan recibirse noticias de Bolivia concernientes a los pasos que se den allí; pero generalmente se cree que las tropas colombianas se sentirán ansiosas de seguir los pasos de sus compañeros de aquí (en Lima) y estarán preparadas, por previo concierto, para adoptar las mismas medidas...”

La misma misiva da cuenta de que Tudor urde también una labor de espionaje que intercepta el correo oficial:

“Entre los papeles de Lara se encontraron muchas importantísimas cartas de Bolívar, de Sucre y de otros generales, las cuales arrojan considerable luz sobre los designios del primero y serán una ayuda poderosa para Santander en sus esfuerzos para proteger la Constitución de Colombia contra los pérfidos designios del Usurpador”.

Para causar desconcierto en el propio Ejército y atacar el prestigio que el Libertador había ganado ante el mundo, la propaganda negra de Washington, del santanderismo y demás compinches iniciaron una sistemática labor difamatoria contra Bolívar acusándolo de querer coronarse emperador, lo mismo que Napoleón, y someter a las nuevas Repúblicas al dominio de sus apetitos desmesurados. Se dijo que quería ser rey, Simón I, y se propagó la falacia de que 6.000 franceses vendrían a coronarlo. Lima se convirtió en un hervidero de atentados y

de intrigas. Fue asesinado Bernardo Monteagudo, y se descubrió una conspiración para asesinar a Bolívar, que involucraba a varios elementos de la aristocracia peruana allegados a Tudor.

“Lo peor de todo –escribe el Libertador– es que el proyecto es vasto, tiene mil ramificaciones y apenas habrá un solo cuerpo del Ejército del Perú que no tenga alguna complicidad, o, por lo menos, que no piense de un modo semejante a los conspiradores, de modo que no hay con quién contar. Yo me he visto en la necesidad de hacer venir a Arequipa dos batallones colombianos para guarnecer esta capital y contener, de manera posible, la desmoralización que se observa en los cuerpos nacionales”.

Tudor es el espía perfecto. Veamos cómo interviene, orienta y condiciona al gobierno del Perú:

“Háse publicado una proclama para la reunión de un Congreso el 1° de mayo. El doctor Luna Pizarro ha sido llamado y hoy le envié los derechos y cartas para su retorno. Yo he urgido su inmediato regreso: él es el más ilustrado, el más puro de los patriotas peruanos...”

Otra es la opinión de Bolívar sobre Luna Pizarro:

“¡Qué malditos diputados ha mandado Arequipa!... Luna Pizarro engañó a Riva Agüero; Luna echó a Monteagudo y a San Martín; Luna perdió la junta gubernativa. Por culpa de Luna entró en el gobierno Riva Agüero; y por culpa de Luna entró Torre- Tagle. Por Luna se perdió el Perú enteramente y por Luna se volverá a perder, pues tales son sus intenciones”.

Veamos qué nos dice la historia: Luna Pizarro había sido desterrado del Perú como sanción a sus múltiples fechorías, cuando el general Berindoaga y el oficial Terón fueron condenados al fusilamiento por un tribunal. Habían traicionado a su Patria y se habían pasado al lado de las tropas españolas cuando éstas tomaron a Lima... Esa sentencia estremeció a la élite limeña, que presionó a la municipalidad para que pidiera a Bolívar que conmutara la pena. El Libertador respondió:

“Indultar a criminales convictos de traición a la patria sería atentar vilmente contra el honor de la república, significaría dar paso libre a crímenes semejantes que irían multiplicándose gracias a nuestra tolerancia. Los representantes del pueblo pierden el ánimo patriótico; por eso hay que dar un ejemplo reivindicativo de justicia pública, aun en el caso de que provoque horror general”.

Ahora pasemos a lo que dice Tudor sobre su otra marioneta, el general La Mar:

“Las elecciones se hacen con actividad, habiendo terminado ya algunas... Entre las personas elegidas La Mar ocupa el puesto más elevado, siguiéndole Luna Pizarro.

Espero ver todos los días a este último, siendo su presencia aquí de la mayor importancia... Mi última carta del general La Mar está fechada a principios del mes de marzo... Creo que será elegido Presidente del Perú por unanimidad, no dudando que aceptará... No puedo dejar de esperar que La Mar venga a ocupar su puesto en el Congreso tan pronto como reciba la noticia de su elección. No me atreví a perder tiempo alguno en instarle a que diera ese paso, pues la confianza con que él me honra me permitía hacerlo con impunidad...

P.S. 25 de marzo: Después de escrito lo anterior he recibido una interesante carta del General La Mar fechada el 5...”

El mismo Tudor documenta con generosidad la insubordinación de las tropas de Bustamante, como puede leerse en su informe a Clay:

“Ayer recibí una carta del coronel Elizalde, quien manda la División que entró a Guayaquil... Me informa que todo marcha de la manera más favorable: que el 27 despachó una columna con dirección a Quito para que se una a la División mandada por Bustamante... Bravo, el oficial que fue enviado de aquí con los jefes aprestados y los documentos para el gobierno (de Santander), también había llegado a Cuenca a su regreso de Bogotá. El general Santander habría recibido la noticia del movimiento de aquí con satisfacción y le habría escrito a Bustamante aprobando su conducta y que enviara a Obando a tomar el mando de la División...”

El agente diplomático de Estados Unidos en Lima es el centro de la red conspirativa: elige y despacha decretos, recibe informes de altos oficiales sobre movimientos de tropas y el correo interceptado, dice que Santander escribiría aprobando la insubordinación de Bustamante, y así será:

“Al Comandante General Interino de la División Colombiana en el Perú, J. Bustamante.

“Mi apreciado amigo Bustamante:

“Ustedes uniendo su suerte, como la han unido, a la Nación colombiana y al Gobierno Nacional bajo la actual Constitución correrán la suerte que todos corramos. El Congreso se va a reunir dentro de ocho días, a él le informaré del acaecimiento del 26 de enero, juntos dispondremos lo conveniente sobre la futura suerte de ese ejército y juntos dictaremos la garantía solemne, que a usted y a todos los ponga a cubierto para siempre”.

La felonía del general Santander no puede ser más patética y grotesca. En esa misma carta le asegura a Bustamante:

“Yo escribo hoy al Gobierno acerca del ejército, para ver si ya es preciso traerlo a su Patria, y a darle aquel descanso que parece justo y que sea compatible con nuestra situación... Honra usted mucho su lealtad al Gobierno y su patriotismo, y cuando se completa el triunfo de la causa de la Constitución colombiana ningún hombre liberal y amigo de la libertad olvidará el nombre de usted y de cuantos han contribuido a dar una prueba tan solemne de amor a las instituciones patrias y de obediencia al Gobierno Nacional. Esto independientemente de la trascendencia que tenga el suceso del 26 de enero en la suerte próspera del Perú y en la seguridad de otros Estados. Escríbame siempre, aunque llegue al General que ha de ir, pues usted conservará un puesto correspondiente en el ejército. Yo me alegro de que la primera vez que le escribo sea para reconocerle como oficial liberal y obediente al Gobierno.

“Con sentimiento de amistad particular soy su apreciator, compatriota, amigo y servidor, Francisco de Paula Santander”

Santander no solamente absuelve al traidor y delincuente, sino que, ¡oh irrisión!, reúne al Congreso para protegerlo. Manifestando su profunda indignación y la repugnancia provocada tanto por la traición como por el patrocinio oficial de Santander, el general Sucre le escribió a éste:

“Veo que la tierra de los héroes y de la gloria va a convertirse en la de los crímenes, de la desolación. Los aplausos que los papeles ministeriales de Bogotá dan a la conducta de Bustamante en Lima, muestran cuántos progresos hace el espíritu de partido. Ya estos elogiadores están humillados bajo el peso de la vergüenza, sabiendo que este mal colombiano no ha tenido ningún estímulo noble en sus proceder. La nota del general La Mar de 12 de mayo al general Torres justifica que las pretensiones de estos sediciosos eran sustraer a Colombia sus departamentos del Sur y agregarlos al Perú en cambio de un poco de dinero ofrecido a Bustamante y sus cómplices (...) el estímulo de estos facciosos es el testimonio de corazones villanos y perversos”.

La disolución del Ejército, la desmembración territorial de Colombia, el naufragio del Proyecto Continental Bolivariano, la desestabilización de Hispanoamérica, las defecciones y motines de caudillos como José Antonio Páez, José María Obando, José Hilario López, Pedro Carujo, José María Córdova y las conspiraciones criminales contra la vida del Libertador y el abominable asesinato de Sucre: todo esto estaba ya inoculado en la traición patrocinado por el general Santander. Así lo anticipó el general Sucre en su escrito al “hombre de las leyes”:

“La nota del Secretario de Guerra a Bustamante aprobando la insurrección, es el fallo de muerte de Colombia. No más disciplina, no más tropas, no más defensores de la patria. A la gloria del Ejército va a quedar el bandidaje y la disolución. Por supuesto que dentro de poco la división de Colombia en Bolivia cubrirá de oprobio a nuestras armas y a nuestra patria...”

El eminente historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre hace una interpretación cabal de este deplorable episodio:

“La rebelión que acaudilló este oscuro sargento –como no tardaría en quedar demostrado–, lejos de buscar la defensa del orden constitucional, no había sido nada distinto de una clara traición a su patria, pagada a Bustamante con dinero por los aristócratas de Lima, quienes deseosos de salir de las tropas colombianas que defendían la Confederación de Colombia y Perú, habían encontrado en Bustamante el hombre suficientemente venal para que por una considerable suma de dinero se rebelara contra los mandos de esas tropas, y aprovechara el deseo de los soldados de regresar a su patria, para sacar al ejército colombiano del Perú, y dejar a los aristócratas de Lima en libertad de apuntalar el feudalismo peruano tan gravemente amenazado por el avance de Bolívar y sus fuerzas hacia el Sur”.

La traición de Bustamante, además, sacó a la luz pública la traición de Santander y sus secuaces que, por consiguiente, partió al ejército, lo disoció: Bustamante y sus cómplices y encubridores eran granadinos, en tanto que los oficiales hechos prisioneros eran venezolanos. Sobre esta corrosiva defección el Libertador escribe:

“La perfidia y la maldad de este hombre ha llegado a tal extremo, que ha soplado la discordia entre venezolanos y granadinos en el ejército colombiano del Perú: los primeros han sido presos en una revolución que han hecho los segundos con el pretexto de sostener la Constitución y Santander; han prendido a los generales Lara y Sandes, junto con veinte oficiales, todos venezolanos; los han remitido a todos a disposición del gobierno de Bogotá. Desde luego que el Perú todo ha sido trastornado con este suceso”.

La figura clave de toda esta conspiración fue el general Santander, utilizado muy astutamente por el cónsul de Estados Unidos desde Lima, como pieza maestra para destruir a Colombia y entregar al Pueblo peruano en manos de sus opresores. Así lo tuvo que reconocer Bolívar amargamente:

“Ya no queda duda de que el objeto de Santander es envolver a Colombia en ruinas para que Venezuela y yo perezcamos en medio de ellas; allí no se da un paso que no tenga este objeto... se halagan las facciones del Sur y hasta se aplauden las

agresiones cometidas por el Perú contra la integridad de la república, pues es cosa sabida por documentos y declaraciones de Bustamante que su comisión era agregar el Sur al Perú”.

Tudor había anticipado que Santander “enviaría a Obando a tomar el mando de la División”. Y Santander le cumplió enviando a Obando, pero no a José María, porque éste ya estaba asignado junto con José Hilario López para apoyar la inminente invasión peruana a Colombia, sino a Antonio Obando, que era de “toda la confianza para la conspiración”.

2.8 La estrepitosa euforia de los traidores

La estrepitosa euforia que se apoderó de los traidores tras el fraccionamiento del Ejército, profundizaría más aceleradamente la descomposición del mismo: Las variaciones y cambios traumáticos provocados por Tudor en Lima asociado con el sector más reaccionario del Perú, se patentizaron inmediatamente con el encumbramiento en el poder de los más declarados enemigos del Proyecto Bolivariano, tal como lo describe el historiador de esos acontecimientos, José Manuel Restrepo:

“En esos mismos días se ocupaban las prensas de Lima en hacer publicaciones las más virulentas contra los colombianos y contra Bolívar. Espíritus mezquinos y almas bajas no podían soportar las glorias adquiridas por Colombia y por su Libertador, asegurando para siempre la independencia del Perú. Los eminentes servicios prestados generosamente por Colombia y por Bolívar, cuyos nombres habían sido respetados por los peruanos, querían entonces cubrirse de baldón por muchos ingratos que, libres ya de los españoles por nuestros esfuerzos combinados, solo pensaban en atrapar el poder y sin reparar en los medios. Apenas puede creerse que don José María Pando, ministro que había sido del Libertador y su consejero íntimo, fuese ahora uno de los más ardientes promovedores de las censuras y aun calumnias contra Bolívar; parece que con esta baja e innoble conducta quería congraciarse con el partido que ejercía el poder”.

Pero sería más estrepitosa aún, y más desmoralizadora, la acogida que esa traición tuvo por parte de Santander. O mejor dicho, el destape de Santander como caudillo de esa traición, cuando desempeñaba la presidencia de la República de Colombia. Dice el mismo historiador José Manuel Restrepo que:

“desde el momento en que se divulgaron las noticias, el partido exaltado y enemigo del Libertador, a cuya cabeza estaba el vicepresidente general Santander, prorrumpió en la más loca alegría. Repiques de campanas, cohetes, músicas, alborotos y vivas continuadas a la tercera división y a sus oficiales, al congreso, al vicepresidente y al Perú, ocuparon la tarde y gran parte de la noche de aquel día (9 de marzo)... acción indigna del alto puesto que ocupaba y de la circunspección que él exigía para no dar la última herida mortal a la disciplina y a la moralidad del ejército, que desde entonces quedaron completamente destruidas. Los hombres pensadores, sensatos e imparciales de la capital, que eran numerosos, consideraron aquella figura como impolítica, inmoral y escandalosa, pues santificaba una rebelión militar”.

El general Joaquín Posada Gutiérrez que vivió personalmente este suceso, testimonia que:

“el general Santander aceptaba y aplaudía cuanto contra Bolívar se hiciese, sabiendo que la caída de las cabezas más altas hace ver las más bajas... algunos jefes y oficiales sacaron música por las calles, se repicaron las campanas, se quemaron cohetes, y yo fui de los primeros en unirme a los celebrantes, y no fui de los que menos vitoreaban el suceso que llamábamos fasto. En aquella imprudente algazara fraternizamos completamente los santanderistas federalistas o separatistas, con los centralistas o constitucionalistas puros, Los primeros gritaban ¡Viva la libertad!, los segundos gritábamos ¡Viva la Constitución! El general Santander se nos unió en la calle, y nos acompañó un gran rato, mostrando en su semblante, en sus arengas y en sus vivas a la libertad, el intenso placer que le dominaba... Yo, incauto, no solo no me detuve en el error cometido, sino que cometí otro mayor: escribí por el correo inmediato a los oficiales de tiradores, mis antiguos compañeros, a Cartagena, comunicándoles con el mayor

entusiasmo la noticia que habíamos celebrado... El general Santander aprobó explícitamente aquella revolución militar que destruyó la moralidad del ejército y sirvió de modelo a las que han sucedido”.

Cuando Álvaro Uribe Vélez asumió la Presidencia de la República de Colombia el 7 de agosto de 2002, pretendió igualar al traidor Santander con el Libertador Simón Bolívar, asegurando que ambos son los fundamentos de la Nación colombiana. Nada más lejos de la realidad. La verdad histórica es que no se puede igualar a quien conspiró para escindir a Colombia con quien la libertó y le dio existencia política... Así lo interpretó el general Antonio José de Sucre cuando le advirtió a Santander que:

“los pueblos pierden la memoria del bien cuando no son bien ilustrados, y que por lo común, al nacer los estados, los hombres se dejan llevar por ideas quiméricas y más comúnmente por los facciosos”.

La defección de Santander, sin embargo, venía desde antes. Lo de Bustamante como lo he dicho, la sacó a la luz pública. Pero el hecho incontrovertible es que esa traición ya había tenido otras manifestaciones igualmente oprobiosas, como cuando la bancada santanderista en el Congreso se reunió en Bogotá para desautorizar a Bolívar la continuación de su Campaña Libertadora en el Perú y lo destituyó del mando de su Ejército. Este acto, calificado por Sucre y otros oficiales como una bellaquería, estuvo a punto de hacer fracasar la independencia americana, si no hubiera sido porque Bolívar, inteligentemente, se hizo a un lado y confió a Sucre el mando para que continuara su Campaña. De todo ello se infiere, como verdad irrefutable, que la batalla de Ayacucho, la más completa y gloriosa de todas, que selló la independencia de *Nuestra América*, se libró a despecho del santanderismo, en contradicción con sus planes. La República de Colombia no puede, pues, presentar como paradigma a quien fue el máximo autor de sus desventuras y traicionó las perspectivas de todo un continente.

Sobre las consecuencias desastrosas de las maniobras del santanderismo, el general Sucre escribió al mismo Santander:

“El Libertador me dice que se va para Colombia a ver si corta el mal en su origen: ello es bueno; pero, y ¿el Perú? Sepa usted... que al ausentarse el Libertador el Perú va a sumergirse en un desorden espantoso y que los partidos se irán a las armas muy luego. Y ¿cómo podré yo salvar a Bolivia en ese estado de confusión?..”

La estrategia conspirativa estaba ineluctablemente trazada: Bolívar y Sucre debían ser eliminados.

Simultáneamente con los hechos desestabilizadores de Lima y Bogotá, en Bolivia, un tal Matos trató de asesinar al Gran Mariscal de Ayacucho. Al ser descubierto y enjuiciado fue condenado a muerte. Sucre, que no resistió las súplicas de la madre del reo, ordenó la conmutación de la pena capital por la del destierro, y le regaló doscientos pesos de su propio bolsillo. Este gesto de extrema generosidad fue interpretado como un signo de debilidad, lo que animó al general Agustín Gamarra a situarse con sus tropas en la frontera peruano-boliviana, meditando el derrocamiento de Sucre y la anexión de Bolivia al Perú.

Los primeros conatos de la conspiración fueron dominados por Sucre, que trató de persuadir al general Gamarra para que desistiera de sus propósitos, asegurándole que ni él ni el Libertador abrigaban sentimiento alguno de animadversión hacia el Perú. Pero Gamarra continuó en su empeño y el 18 de abril de 1828 provocó un nuevo motín en Chuquisaca, donde Sucre fue herido en un brazo y hecho prisionero. Esto fue aprovechado por el general Gamarra, que con el pretexto de rescatar a Sucre, invadió a Bolivia imponiéndole un tratado mediante el cual serían expulsados todos los extranjeros, o sea Sucre con todos los colombianos del Ejército Libertador.

Aunque el Gran Mariscal de Ayacucho había manifestado sus deseos de irse de Bolivia, y que pese a que por causa de su herida debió delegar su autoridad, anunció que no capitularía ante la fuerza, ni renunciaría a la presidencia, ni saldría como un fugitivo. Prometió, en cambio, renunciar su mando ante el Congreso formalmente reunido, para lo cual fijó la fecha del 3 de agosto de ese mismo año, como en efecto lo hizo.

En su presentación de renuncia ante el Congreso, que estaba invadido por el general invasor y sus tropas, Sucre hizo una alocución que constituye una página antológica que habla de sus calidades humanas de gran militar demócrata y patriota. Estas son sus palabras:

“El general peruano que por primera vez vio a sus armas obtener ventajas, ha apurado el uso de la fuerza; se ha atropellado a cometer violencias... ha impuesto a Bolivia condiciones más fuertes, y ofensivas que un conquistador. Se empieza por exigir al Gobierno separar del servicio, y expulsar de la República una porción de los más fieles servidores, a pretextos de extranjeros; cuando el ejército peruano, lo mismo que su Gobierno, está lleno de ellos; y a la vez se le obliga a premiar a los militares rebeldes... En fin con escándalo de todos los hombres que siquiera han soñado con la libertad, obliga a la representación nacional a abrir sus sesiones y a deliberar bajo de sus bayonetas; de estas bayonetas que han hecho esta tártara irrupción del Norte de Bolivia, del mismo modo que los bárbaros del Norte de la Europa, la hicieron en aquellos tiempos salvajes, y que por lo mismo han manifestado que su profesión es la alevosía, y los derechos que reconocen la fuerza. El otro pretexto de la invasión, de salvar mi persona, es tan ridículo que no merece mencionarse en este papel; y mucho menos, cuando su comportamiento, conmigo, después de tantas protestas de respeto y consideración, es digno de sus principios, de su educación, y de su carrera, y menos decente del que debía esperar de un cosaco. Él bien sabía que nunca estaba mi persona más segura y respetada, que entre los pueblos de Bolivia”.

Tras su exposición sobre la institucionalidad democrática de la República de Bolivia, Sucre declara:

“Mi presencia en Bolivia es azarosa al Perú, que querría con este pretexto mantener aquí unas tropas, cierto de que en cualquier clase que yo permaneciera, los pueblos y el Ejército se unirían cada vez más a mí para lavar muy pronto la afrenta de las armas nacionales. Debo, pues, por varios motivos ausentarme de la República; pero cumpliendo la ley de 3 de noviembre, devuelvo la Presidencia a la nación por mano de la autoridad designada

por esta ley, resignándome dado este momento, entera y totalmente en su primera sesión, y protesto otra vez no recibirla jamás, dejando por testigo de su renuncia al Congreso Constituyente, que a la vez será también testigo de que solo, y únicamente la dimito y entrego al Congreso Constitucional, nombrado por los pueblos conforme a nuestras leyes...”

El mensaje de Sucre, que es de pura esencia republicana y democrática, pide a los bolivianos el acatamiento de su propia legalidad y una respuesta beligerante contra los atropellos de los invasores que ocupan arbitrariamente su país:

“Si las bayonetas enemigas, confirmando el uso del derecho bárbaro de la fuerza, os obligan a traspasar vuestros deberes, apelo en nombre de la nación, a los Estados de América, por la venganza; porque está en los intereses de todos, destruir este derecho de intervención que se ha arrogado el Perú, y que envolvería nuestro continente en eterna guerra y en calamidades espantosas; apelo especialmente al Libertador aclamado por la República, padre y protector de Bolivia, para que defendiéndola de sus enemigos, la deje en libertad de reformar sus instituciones, si lo cree necesario, cuando no haya absolutamente dentro del territorio ninguna fuerza extranjera que coarte su voluntad. Es por tan poderosas consideraciones que ante la nación protesto solemnemente, que cualquier reforma hecha, mientras las tropas peruanas ocupen la República, es nula y que todo ciudadano, cualquier militar, los tribunales y corporaciones, están no solo facultados para desobedecerlas, sino para restituirlas y restablecer el régimen constitucional contando para ello con el apoyo del protector de la República, a quien dejo salvo en derechos que le dan nuestras leyes fundamentales, para corregir los trastornos que las facciones pudieran causar en el país, para contener a los traidores, que después de haber asesinado a sus hermanos en la guerra de la revolución, pretenden satisfacer aún sus pasiones, y se atreven a disputar el amor a la libertad a los que la han fundado, y a los que la América debe la independencia y las instituciones libres de que goza”.

Finalmente, luego de presentar un pormenorizado registro de su gestión en los campos de lo económico, político, militar, educativo y administrativo de Bolivia, el Gran Mariscal de Ayacucho termina manifestando:

“La Constitución me declara inviolable: no asumo responsabilidad alguna por los actos de gobierno. No obstante, pido que se me prive de este privilegio y que se examine mi conducta. Si puede encontrarse una sola violación de las leyes cometida antes del 18 de abril, o si las Cámaras piensan que debe acusarse al Gabinete, regresaré de Colombia y me someteré a la sentencia. Pido esta recompensa con tanto mayor derecho cuanto que declare solemnemente que he sido yo quien ha gobernado durante mi administración. De todo lo bueno o malo que haya hecho, yo soy responsable”.

La declinación de la presidencia por parte de Sucre, fue estrepitosamente festejada por los contrarrevolucionarios de Lima y Bogotá. Cuando el gran héroe de Ayacucho llegó a Quito con su brazo paralizado por la herida, el Libertador reflexionó amargamente sobre la hecatombe en que se hundía Nuestra América y anticipaba la desmoralización y desmembramiento de la República de Colombia, después de haberle enseñado al mundo su más alta lección de revolución democrática y de solidaridad internacionalista. La descomposición del Ejército, el fomento de las traiciones, la exaltación y elogio de los usurpadores, el soborno, las intrigas, los latrocinios, los crímenes y, en fin, todo ese cúmulo de atentados contra la Patria, confirmaban desgraciadamente las advertencias que Bolívar había hecho en Angostura:

“Si no hay un respeto sagrado por la Patria y por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, es un abismo, es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo”.

Todo lo anterior motivó el mensaje que el Libertador dirigió a la Convención de Ocaña, reunido para intentar la solución de la crisis que ya anunciaba la desintegración de Colombia:

“Nuestro ejército era el modelo de la América y la gloria de la libertad: su obediencia a la ley, al magistrado, y al general, parecían pertenecer a los tiempos heroicos de la virtud republicana. Se cubría con sus armas, porque no tenía uniformes; pereciendo de miseria se alimentaba de los despojos del enemigo, y sin ambición no respiraba más que el amor a la patria. Tan generosas virtudes se han eclipsado... Mucho han contribuido a relajar la disciplina, el vilipendio que han recibido los jefes de parte de los súbditos por escritos públicos. El haberme declarado detención arbitraria una pena correccional, es establecer por ordenanzas los derechos del hombre, y difundir la anarquía entre los soldados, que son los más crueles, como los más tremendos cuando se hacen demagogos.

“Se han promovido peligrosas rivalidades entre civiles y militares con los escritos, y con las discusiones del Congreso, no considerándolos ya como los libertadores de la patria, sino como verdugos de la libertad. ¿Era ésta la recompensa reservada para los héroes?

“Aun ha llegado el escándalo al punto de excitarse odio y encono entre los militares de diferentes provincias para que ni la unidad ni la fuerza existieran... ¿Qué ejército será digno, en adelante, de defender nuestros sagrados derechos, si el castigo del crimen ha de ser recompensado? ¡Y si la gloria no pertenece ya a la fidelidad, el valor a la obediencia!”

¿Qué quedará de Colombia, –pregunta el Libertador a los convencionistas reunidos en Ocaña–, si la politiquería de las funciones desvirtúa la fuerza pública? ¿Quién y cómo podría garantizar la integridad de la República, la soberanía nacional y la independencia? La responsabilidad histórica de los convencionistas era crucial, como lo señala Bolívar:

“Dadnos un gobierno en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado y el pueblo libre; un gobierno que impida la transgresión de voluntad general y los mandamientos del pueblo” (...) “Considerad, legisladores, que la energía en la fuerza pública es la salvación de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto y la esperanza de la sociedad”.

Su mensaje es inequívoco: si la fuerza pública es desvirtuada parece la República y emerge el caos. Al dirigir su mensaje Bolívar recordó, sin duda alguna, aquel 24 de diciembre de 1817, cuando creó el Estado Mayor General para la “organización y dirección de los ejércitos”, derogando las normas que pudieran serle contrarias, y abriendo cauce a la estructuración del Ejército Libertador que había vencido más de tres siglos de dominación colonial con sus victorias en Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho. En esos días había dado su voz de alerta: “si el pueblo (...) no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre, y no lo será jamás”, que en el fondo, es el mismo planteamiento que hace frente a los legisladores reunidos en Ocaña. Quizás evocó sus propias palabras cuando expresó en Jamaica:

“La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva: su existencia política era nula...”

“¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo?”.

Esas palabras, claramente premonitorias, se confrontaban con la más cruda realidad: la masa física nada vale si no tiene formas cualitativas para manifestarse e imponerse, pues “sin el espíritu público... la fuerza física apenas produce un efecto muy precario”.

2.9 Especialista en delinquir sin dejar huellas

Muy tarde descubrió el Libertador que el general Santander, a quien había confiado la presidencia de Colombia mientras él y su Ejército desarrollaban las campañas sobre Venezuela y luego sobre el Sur, era el verdadero cerebro de la contrarrevolución en la Nueva Granada, con una extensa red en los países vecinos y la diligente tutoría de los Estados Unidos. Pieza maestra de la conspiración antibolivariana en el continente y promotor de la descomposición moral y física del Ejército; Santander fue, entre todos, el más taimado, astuto e hipócrita de los enemigos del Libertador. Especialista en delinquir sin dejar pruebas, maestro de las coartadas, manipulador y leguleyo que, en nombre de las leyes, demolía con sus triquiñuelas la Ley que consagraba la integridad de la República y los derechos del Pueblo.

Su capacidad de fingimiento era asombrosa: su cara era una careta: doblez perfecta. Avaro, rencoroso, envidioso y cruel. Buscaba disimular su carencia de méritos militares con una ferocidad que lo llevaba a fusilar a prisioneros en medio de repiques de tambor y de campanas en espectáculos públicos, en los que pronunciaba enconadas arengas frente a los cadáveres. Desde el fusilamiento de los españoles en Boyacá, mientras estuvo en el poder, la capital granadina vio más fusilamientos por orden suya que por Sámano y Morillo.

Veamos algunos ejemplos: Cuando Bolívar le remitió el texto de su Proyecto constitucional para Bolivia, Santander le escribió:

“Su discurso preliminar a la Constitución Boliviana ha sido aplaudido universalmente, como obra maestra de la elocuencia, de ingenio, de liberalismo y de saber. El primer capítulo que sirve de introducción al discurso nos ha parecido el sublime de la elocuencia. El capítulo sobre religión es divino. El de la libertad de los esclavos eminentemente filantrópico (...) Espere usted infinitos aplausos de la pluma de los liberales de Europa. Aquí hemos corregido solo dos líneas: la primera corrección en la página 5 y línea 3 donde dice vicio se le ha sustituido crimen porque diciendo vicio se ha dicho ociosidad. La otra es en la página 15 línea 34 anteponiendo República a Ciudad porque tiene más fuerza el pensamiento y la gradación de mayor a menor, que como usted sabe es una de las clases del clímax...”

Pero Santander, que fue capaz de escribir su propio elogio, que hizo publicar con el pseudónimo de “un colombiano”, se encubre para afirmar por medio de esa supuesta tercera persona:

“Digámoslo de una vez: el proyecto de Constitución que Bolívar trabajó para la nueva República de Bolivia, ha sido el origen de las desavenencias con Santander y de los escandalosos desórdenes ocurridos en Colombia en los años de 1826 y 1827... Entre la Constitución boliviana y una Constitución monárquica no existía otra diferencia real que la variación de las voces...”

Como puede notarse a simple vista, hay una contradicción total entre lo que Santander escribe para Bolívar (en primera persona), y lo que luego escribe para la historia (en tercera persona). Leamos este otro:

“Anoche recibí un parte de La Mesa (...) avisaba que usted estaba próximo a llegar a esta ciudad. ¿Será cierto que tendremos el gusto de verlo muy pronto? Anoche no he dormido de contento. Prescindiendo de las circunstancias de Venezuela, voy a tener uno de los más grandes gustos de mi vida al ver a usted después de cinco años. Nos sorprende usted, y nos coge emigrados de nuestras casas. Es preciso que usted me avise volando cuándo llegará aquí más o menos. La ciudad y yo nos moriríamos de pesar si usted llegara fríamente...”

Pero en sus *Memorias* afirma:

“Debemos confesar que por ser la más reciente y la más sagaz de las usurpaciones, nos hemos valido de los rasgos de semejanza” que hay entre Napoleón y Bolívar, para concluir que éste, en vez de ser llamado “Libertador” debe ser nombrado “el payaso de Napoleón”.

“Si la independencia de estos ricos y vastos países le es deudora de grandes e importantes servicios, la libertad hasta ahora no le debe ninguno”.

La virulenta zalamería del general Santander y su deslealtad y cinismo son incomparables. Leamos lo que escribe (en primera persona) al Libertador:

“No hay en qué no tenga usted derecho por su generosidad y bondad conmigo, a mi más profunda gratitud. La deuda de reconocimiento que usted ha fundado en mi corazón es tan inmensa, que jamás seré capaz de amortizarla. Lo único que puede servir a usted de satisfacción, y me atrevo a decirlo con vanidad, es que en ningún día de la vida, ni por circunstancia alguna seré desconocido a tantos beneficios... El origen de nuestros males está, a mi entender, en que desde la Constitución hasta el último reglamento **han sido demasiados liberales para un pueblo sin virtudes** y viciado bajo el régimen español, donde existen tantos elementos de discordia, **y tantos hombres que se creen superiores a usted mismo...**” (subraya el propio Santander)...”

Pero en sus *Memorias* (en tercera persona), Santander nos dice que Bolívar:

“deja a la posteridad una gloria mancillada, un ejemplo execrable y una historia ennegrecida con los colores del despotismo”.

Atribuyendo a otros sus desmesurados apetitos politiqueros, Santander dice a Bolívar:

“Todos queremos tener empleos de alta categoría, todos deseamos mucho dinero, todos aspiramos a consideraciones y homenajes extraordinarios, todos exigimos que se adopten nuestras ideas, y como es imposible saciar nuestro corazón, hemos de procurar turbar el reposo público y elevarnos por la fuerza. No haré a usted jamás el agravio de incluirlo en esta negra lista, porque al contrario de los demás hombres, usted huye de los destinos, desprecia las riquezas y se humilla desde la cumbre de su inmensa altura hasta el nivel del más simple ciudadano. Pero esto mismo que deberíamos todos aplaudir y procurar imitar con nobleza y decoro, nos sirve para dar rienda a la envidia y cometer mil atentados...”

Sin embargo, afirma en sus *Memorias*, que Bolívar es hombre de “excesivas ambiciones”, que “su vanidad le hace creer que todo lo sabe, que nada se esconde a su habilidad y que ningún hombre se le asemeja”. Agregando que “sus decretos después del año de 1828 (...) parecen dictados por el gabinete de Felipe II (...) Bolívar no ama al clero, aunque le hace la corte con destreza y con maña. Menos ama a los abogados y literatos (...) La clase que atrae todo su cariño, sus liberalidades y sus aplausos, es la militar”.

Pretendiendo excusar su gestión como gobernante, el as de la doblez dice a Bolívar:

“¿Por qué desgracia tan fatal me tocaría administrar la República en un período tan crítico y complicado? Mi suerte es terrible, entre el deber y la más profunda gratitud, estoy rodeado de escollos y peligros. Vuele usted, General, al centro de Colombia, consulte la opinión nacional y provea de consuelo a sus compatriotas. Cuente usted que yo no seré jamás perturbador, ni desmentiré las pruebas de amistad sincera que le he dado (...) Muchos errores he cometido, pero ninguna maldad. La nación sabía cuáles eran mis escasas luces, mis pocos talentos y mi inexperiencia...”

Pero no tendrá inconveniente de asegurar en sus *Memorias*:

“Bolívar, como hombre de Estado, carece de conocimientos del derecho público, de economía política y de legislación universal. La justicia, la moral y la buena fe, que son las cualidades de un buen magistrado, no le son muy familiares. Como guerrero no conoce la profesión de las armas, aunque tiene cualidades marciales. Sus campañas tienen más ardidés y casualidades que sistema...”

Toda una cátedra magistral de deslealtad, hipocresía y mentiras. Santander, a quien los llaneros llamaban con sorna el “soldado de papel”, demostró, sin embargo, que era el más hábil y marrullero de los conspiradores y el verdadero caudillo de la contrarrevolución.

Leamos cómo se jacta de la estrategia y las tácticas que utilizó para destruir la Obra Bolívariana, en carta que le escribe a su compinche Azuero:

“En mi profesión se evita dar una batalla campal a un enemigo poderoso y bien situado cuando hay esperanzas de destruirlo con partidas, sorpresas, emboscadas y todo género de hostilidades. Y para que no se piense que la comparación no cuadra, he de traer a su memoria el modo con que hasta aquí hemos hecho frente a los absolutistas: la entereza del gobierno constitucional, apoyado en razón y justicia, la cooperación de algunas ciudades y la imprenta, puede decirse que son los cuerpos con que hemos sacado hasta ahora triunfante la causa de la libertad...”

Santander mantenía bajo su control la prensa capitalina, a la que ayudaba con dineros del Estado, para promocionar su propia causa contra la Revolución Bolívariana. Al regresar a Colombia en 1826 el Libertador pudo constatar personalmente la acción desintegradora cumplida por quien lo había sustituido en la presidencia de Colombia mientras él realizaba la Campaña del Sur en Ecuador y Perú.

“Como lo creí desde el principio —escribe Bolívar—, el señor Santander está a la cabeza (de la conspiración); siguen Azuero, Soto, Gómez, etc. Esta elección a la Convención de Ocaña se ha hecho del modo más infame e inicuo que se puede imaginar;

ellos y su partido se apoderaron de las elecciones y llevaron sus listas (...) En cuanto a Santander, a este hombre perverso ya nada le queda por hacer; toca todos los resortes de la intriga, de la maldad, y la maldad es para dañarme y formarse su partido”.

Sobre la frenética labor corrosiva de la fracción santanderista, el Libertador le comunica a Fernández Madrid:

“El sur, por ejemplo, está dividido en independientes y realistas; el centro, en santanderistas y bolivianos; y Venezuela, entre godos, federalistas y adictos a mí. En todas partes el mayor partido es el último, pero yo no sé intrigar ni mis amigos tampoco. En tanto que Santander ha mostrado últimamente que éste es su fuerte. Los federalistas son pocos, mis enemigos menos; pero la inacción de muchos iguala a la actividad de los pocos”.

Tarde comprendió Bolívar que detrás de todas esas zalamerías sobre fidelidad y gratitud eternas, estaba el verdadero Santander que había burlado su confianza: el traidor, el enemigo, el destructor de Colombia:

“Sería muy largo, muy fastidioso para mí enumerar las pruebas de enemistad que me ha dado Santander... sepa usted –le dice al coronel José Félix Blanco– que la revolución de las tropas colombianas en el Perú ha sido obra suya; él mismo se ha alabado de esta acción cuando creía que aquel crimen le daría el triunfo que deseaba. Mas después ha sido todo lo contrario, y, lejos de triunfar, no sé qué hará al ver que estas mismas tropas vuelven sus armas contra su patria e invaden el sur: así sucede”.

En consecuencia, como lo informa al general Soublette, la ruptura con Santander se hace inevitable:

“Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo. Sepa usted esto para que lo diga a quien corresponda”.

No obstante, en alarde de falsedad y de cinismo, Santander expresa al Libertador:

“Debo sentir el más vivo pesar al verme defraudado del título de amigo que he sabido cultivar en una larga serie de pruebas y de hechos irrefragables que ninguno otro ha tenido ocasión de darle (...) Mis votos serán siempre por su salud y prosperidad: mi corazón siempre amará a usted con gratitud; mi mano jamás escribirá una línea que pueda perjudicarle, y aunque usted no me llame en toda su vida, ni me crea su amigo, yo lo seré perpetuamente con sentimientos de profundo respeto, de justa consideración.

“Besa las manos de Vuestra Excelencia, su muy atento humilde servidor...”

Pero escribirá en sus *Memorias*:

“La dictadura de Bolívar no tiene límites ni en duración, ni en objetos. Ella es tal, cual se necesitaba para saciar el ansia de mando absoluto, que es la pasión preponderante del Libertador” (...) “Combatió más para sí que para la patria. Hijo de la revolución mató a su madre”.

Manuela Sáenz había advertido a Bolívar sobre las andanzas de Santander y su grupo de traidores, lo que fue confirmado por Peru De Lacroix en Bucaramanga, cuando escribe que antes de la disolución de la Convención de Ocaña:

“había habido en casa del general Santander unas reuniones secretas de los más exaltados partidarios de la facción demagógica, y que en ella se había formado el plan de una conspiración general en toda la República, y resuelta su ejecución, encargándose cada diputado del papel que le correspondía, añadiendo que el principal punto del proyecto es el asesinato del Libertador. Que los diputados Santander, Vargas Tejada, Arrublas, Montoya, Merizalde, y otros, están encargados de ejecutarlo en Bogotá; el diputado coronel Hilario López en el Cauca y Popayán; Aranzazu en la provincia de Antioquia; el doctor Márquez en la de Tunja; Azuero y Fernando Gómez, en la del Socorro; Soto y Toscano en la de Pamplona; Camacho en Casanare; Tobar, Narvarte, Echezurría, Iribarren y Romero, en Venezuela, finalmente, que todos los nombrados y algunos más se habían comprometido para la ejecución de dicho plan y

habían calculado que en el mes de octubre siguiente todas sus disposiciones estarían tomadas y podrían dar el golpe...”

La conspiración liberticida meditada en Ocaña tuvo que anticiparse y se realizó en la noche del 25 de septiembre de 1828. Esa noche Santander armó su coartada yéndose a dormir en casa de su cuñado, el coronel José María Briceño, donde residía también el general Pedro Briceño, excelentes testigos que podrían dar fe sobre el lugar en que se encontraba a la hora de los acontecimientos. De la tropilla liberticida, cuya mayoría no enfrentó en combate a los españoles pero se creía muy resuelta para asesinar al Libertador, estaban los santanderistas más decididos, encabezados por Florentino González y Mariano Ospina Rodríguez. Ya salían a la luz pública esos partidos políticos paridos en un parto criminal: el conservador y el liberal. Sus caudillos serían siempre encubridores de su abominable origen, y, por supuesto, los ilícitos y fechorías de su padre: el “hombre de las leyes”.

La noticia de la conspiración fue jubilosamente recibida en Caracas por los enemigos del Libertador. Santander, desterrado en París ampliaba los efectos de la conspiración a escala internacional. Los conspiradores que huyeron de Bogotá fueron acogidos por la oligarquía venezolana con aclamaciones y vítores avivando el fuego del separatismo: todos se festejaban y condecoraban con el desgarramiento de Bolívar y Colombia y el desmoronamiento del Ejército Libertador se vuelve insostenible. La misma prensa de Bogotá hacía la alabanza de los criminales septembrinos llamándolos “héroes granadinos” protagonistas de un “gran hecho”. Ahí está ese hilo histórico que cose los episodios de entonces con los que ahora mismo ocurren en Bogotá y Caracas, donde la “gran prensa” es tribuna del régimen ultraderechista que oprime a Colombia y de la jauría de conspiradores que atentan contra el Proyecto Bolivariano de Venezuela. Así lo ha enfocado el ilustre escritor norteamericano Waldo Frank:

“La prensa antibolivariana, lo mismo de Bogotá que de Caracas fue una proyección precoz y anticipada del periodismo totalitario de un siglo más tarde; pero con esta diferencia: que mentía contra un ‘dictador’ que estaba en el Poder y que nada hizo para amordazarla. Estando allí todavía Bolívar para leer, se dedicó diariamente a rescribir la historia: Bolívar ‘no había ganado una sola batalla’; ‘no se había expuesto nunca a las

balas'; 'el vencedor de Boyacá había sido Santander', y Bolívar había estado 'ausente durante la batalla, desayunándose en Tunja'; Bolívar era un 'desertor' de Venezuela, a la que 'no se atrevía a regresar', y de la que Piar, el asesinado, era el auténtico héroe. A Bolívar le habían echado a puntapiés del Perú'. La *guerra sin cuartel* demostraba la sed de sangre de Bolívar, etc., etc."

Desde entonces en Colombia no se enseña historia. Lo que se enseña, como bien lo ha aliviado el filósofo Fernando González, son las adaptaciones de ese mamotreto que Santander escribió para cubrirse.

2.10 El santanderismo apoya la invasión a Colombia

La estrategia del santanderismo, como ya se ha visto, exigía eliminar a Bolívar y a Sucre. El prestigio ganado por el *Gran Mariscal de Ayacucho* y su fidelidad con la política trazada por el Libertador, constituían un obstáculo importante que era preciso superar cuanto antes. El propio Santander, antes de su ruptura con Bolívar, había tenido la desfachatez de proponer:

"..el mejor modo de que se despopularice Sucre y pierda su reputación, es ponerlo en Venezuela sin mando alguno, pues la gente republicana es infernal. Páez me parece excelente, porque siquiera le tienen miedo".

El destape de Santander como caudillo de la contrarrevolución decepcionó a muchos de los que habían sido sus partidarios hasta 1826, como lo registra el general Posada Gutiérrez:

"El general Santander se exaltó tanto, que hacía y decía cosas que jamás hubieran podido creerse en un hombre de su talento, de su elevada posición social, y que ocupaba tan eminente lugar entre los generales del Ejército y en el Gobierno de la República: decía que entre don Pablo Morillo y Bolívar, prefería que el primero viniera a Bogotá, más bien que al segundo; que Bolívar haría lo de Bonaparte cuando volvió de Egipto, y otras cosas más".

No obstante la fracasada conspiración septembrina, la red conspirativa seguía intacta y activa. José María Obando, un caudillo reaccionario que aspiraba a fundar su propio feudo entre Popayán y Pasto, y su amigo y cómplice José Hilario López con quien contaba para hacerse al dominio sobre el Valle del Cauca, se habían articulado al proyecto de invasión del sur de Colombia por parte del Perú que buscaba apoderarse del Ecuador para anexar al Perú un extenso territorio colombiano... Obando y López y todo el santanderismo apoyaron beligerantemente la invasión porque veían en ella la destrucción del Proceso Bolivariano. Recuérdese que es William Tudor, el representante de Estados Unidos en Lima, el promotor de la meditada invasión a Colombia, para la cual intervino decisivamente en los cambios que se efectuaron en la cúpula política y militar peruana, colocando en ella a los más recalcitrantes enemigos del Libertador, y disponiendo, además, el envío de armamento a Obando y López, sus aliados, por la vía de Barbacoas.

El papel de Obando y López significaría que utilizarían sus fuerzas para impedir que Bolívar pudiera ir en auxilio de Sucre a enfrentar la invasión, y, luego de que el general La Mar venciera a Sucre, a quien doblaba en efectivos militares, las fuerzas de invasión incursionarían hasta el Valle del Cauca, pues, como advertía el Libertador, querían apoderarse del sur del país hasta el Quindío. Al pensar en Obando y López, que son “próceres” del liberalismo colombiano y forman parte de la iconografía oficial, es inevitable exclamar con el Libertador: *“¡Estos son los favores con que ha beneficiado a su patria Santander!”*.

Las pretensiones de los invasores están resumidas por Bolívar en su escrito dirigido al general Montilla:

“Yo principiaré por darle una buena noticia, copiándole un rasgo de la carta escrita desde Lopa por el general Heres al general Urdaneta. Dice así: ‘Voy descubriendo aquí cosas muy buenas. En una mesa pública brindando La Mar por Santander añadido que venían llamados por él, que había sugerido los planes de invasión. La intención era ir hasta el Juanambú, convocar un Congreso en Quito, y separar el Sur con el título de república del Ecuador. La Mar debía ser el presidente como hijo del Azuay, y Gamarra del Perú, reuniéndole a Bolivia’. ¡Qué tal!”.

Mientras el Libertador intentaba reunirse con Córdoba para reforzar a Sucre, lo que no pudo lograrse por la oposición de Obando y López que les cerraron el paso al Ecuador, la invasión peruana se ejecutaba tomando a cañonazos la ciudad de Guayaquil. El General La Mar, que estaba al mando de 8.000 hombres de tropa, rechazó las propuestas conciliatorias que Bolívar le hizo llegar por conducto del general O'Leary, y extendió su invasión a Azuay, acercándose al contacto con Obando y López para extender sus fuerzas hacia las provincias de Pasto y Popayán. Simultáneamente los liberales que se proclamaban prosélitos de Santander en Cúcuta y Riohacha, declaraban su respaldo a la invasión peruana, e invitaban a que los enemigos del Proceso Bolivariano invadieran con sus tropas a Colombia desde Venezuela. Y todo ello coincidía con la declaración del gobierno del país donde nació el Libertador, declarándolo “enemigo público de Venezuela”.

Cuando José María Obando escribió sus *Apuntamientos para la historia*, intentó en vano “justificar” la posición que él y José Hilario López asumieron como aliados de los invasores contra Colombia, en ejercicio de la política desestabilizadora impulsada por Estados Unidos contra la Obra Bolivariana. Pero son justamente sus “apuntamientos” lo que más lo condena. Leamos lo que el mismo Obando confiesa:

“Como el Libertador había declarado la guerra al Perú por la oposición que hacía esta república a sus miras de dominación, aunque con pretextos de agravios que Colombia no había recibido, yo simpatizaba como todos los republicanos del país, con la causa del Perú; y solo me restaba conocer las intenciones y miras de este gobierno para resolverme a hablar de acuerdo, o saber que tenía un enemigo más. Pero pronto tuve el gusto de ver en proclamas y documentos públicos el programa de principios del virtuoso La Mar y del vicepresidente Salazar; y del modo posible me puse en comunicación con el general para combinar nuestras fuerzas, auxiliarnos y trabajar de consuno... después supe que se habían mandado por la costa de Barbacoas muchos elementos de guerra...”

Ha sido forzoso citar algunas partes de este doloroso episodio, que trato más detalladamente en mi obra Bolívar, el Hombre de América, agregándole que mientras Colombia era asediada por los invasores peruanos y los separatistas de Venezuela, la bancada congresista del general Santander exigía la más severa disminución del Ejército de la República, a fin de privar a ésta y al Libertador de los medios de defensa indispensables.

La infame coyunda del santanderismo y sus pretendidos “republicanos liberales” es enérgicamente desenmascarada por el general Posada Gutiérrez:

“El modo como se expresan sobre esta particular prueba, de la manera más concluyente, la mancomunidad del partido liberal, en la responsabilidad de la invasión, o mejor dicho, de la traición, porque traición fue la de llamar, unirse y ayudar a los conquistadores, como ha quedado probado que lo hicieron”.

Sus pretensiones eran absolutamente vergonzosas como lo recalca el general Posada Gutiérrez:

“Era que temían, es menester repetirlo también, que ya que no fuera el Libertador reelecto Presidente, escogiéramos algún ciudadano que procurara, con éxito, mantener la integridad de Colombia, en cuyo caso quedaba el general Santander alejado por mucho tiempo del solio presidencial, y a todo trance querían la disolución de la República, para elevar a su ídolo aunque fuera sobre un pedestal de huesos humanos amasado con sangre”.

De lo escrito por el general Joaquín Posada Gutiérrez debemos destacar tres puntos: el primero es la confirmación de eliminar a Sucre, cuyas calidades lo señalan como el más firme continuador de Bolívar en la presidencia de Colombia; el segundo es la disolución de la República, para que Santander pudiera tiranizar al Pueblo sobre los escombros de la Patria; y el tercero es que el pedestal de huesos humanos amasado con sangre sigue creciendo desde entonces.

Al atizar la guerra del Perú contra Colombia, el representante de Estados Unidos en el Sur, William Tudor, había escrito con insolencia y descaro:

“Como el general Bolívar tiene poco que se le recomiende, fuera de su ardor, vehemencia y actividad... oportunamente se verá si tales cualidades producen el mismo efecto en una campaña en la que solo puede estimular a sus seguidores con la esperanza del saqueo... La Mar es indudablemente el primer general de América del Sur, Bolívar, que originalmente fue solo un capitán de milicias, es inferior a él... Si llegan a chocar, estoy plenamente seguro que (...) Bolívar será derrotado”.

Sucre intentó a todo trance, como le indicó el Libertador, conseguir un acuerdo pacífico con el general La Mar. Pero éste, infatuado por su enorme superioridad en hombres y armas, rechazó toda posibilidad de llegar a una fórmula que evitara la guerra detestable entre pueblos hermanos, y continuó su incursión sobre Colombia movilizando 5.000 hombres de su ejército y dejando 2.000 como reserva, con el objeto de destruir a Sucre que solo tenía 3.000 soldados bajo su mando y 1.500 en la retaguardia. Forzado por el hecho inevitable de una confrontación bélica, el Gran Mariscal de Ayacucho pronunció una firme arenga a sus soldados, recordándoles su sagrado deber

“cuando enemigos extranjeros, ingratos a vuestros beneficios y a la libertad que os deben, han hollado las fronteras de la República”.

La arenga de Sucre a sus soldados se orienta a mantener en alto su actitud patriótica y su moral de combate:

“¡Colombianos!

“Una paz honrosa o una victoria espléndida es necesaria a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. La paz la hemos ofrecido al enemigo; la victoria está en vuestras lanzas y en vuestras bayonetas.

“Un triunfo más aumentará muy poco la celebridad de vuestras hazañas, el lustre de vuestro nombre; pero es preciso obtenerla para no mancillar el brillo de nuestras armas.

“¡Soldados!

“Boyacá, Pichincha, Carabobo, Junín, Pasto, Callao, La Ciénaga, Vargas, Yaguachi, Cartagena, Maracaibo, Cúcuta, Calabozo, Vigirima, Niquitao, Taguanes, Mucuritas, Yagual, San Félix, Maturín, Las Queseras, Araure, Margarita, San Mateo, Pitayó, Las Trincheras, Victoria, Palacé, El Juncal, Ayacucho... cien campos de batalla y tres Repúblicas redimidas por vuestro valor en una carrera de triunfos del Orinoco al Potosí, os recuerdan en este momento vuestros deberes con la Patria, con vuestras glorias y con Bolívar”.

Mientras tanto, para ayudar a los invasores el liberalísimo Obando prometió a los pastusos y patianos proclamar nuevamente al rey de España, y enarboló la bandera de la Cruz y de la Virgen, como frontalmente lo denuncia el general Posada:

“... así fue que alucinando a los indios con la defensa de la religión y del rey, llegó a poner en la provincia de Pasto 3.000 hombres sobre las armas. Esto me consta”.

José María Obando y José Hilario López habían hecho público su pronunciamiento en Popayán y por la prensa de Lima ¡el mismo día! (12 de octubre de 1829), saludando jubilosamente:

“La poderosa Perú marcha triunfante sobre ese ejército de miserables”.

Y esos “miserables” que mencionan despectivamente Obando y López, eran las tropas de Sucre: ¡vencedores en Ayacucho! El general Posada Gutiérrez manifiesta con justa indignación, que Obando y López no solamente denigraron contra los libertadores, sino que aseguraban que:

“el Perú, triunfante de Bolivia y de Colombia marcha a proteger su alzamiento”.

Obando y López enviaron una columna al mando del teniente coronel José Antonio Quijano, para que tomara a Neiva y pretendieron extender sus dominios sobre el Valle del Cauca. Sin embargo, el pueblo caleño y vallecaucano desbarató los proyectos de los caudillos traidores, como le confiesa el propio José Hilario López en sus *Memorias*:

“El cantón de Caloto no había pronunciado decididamente en nuestro favor, pero la comisión no pudo entrar en Cali porque este pueblo no solo no se pronunció en el sentido de Popayán (léase Obando y López) sino que se armó a favor del dictador y prohibió a nuestros comisionados penetrar en su territorio. Dichos comisionados regresaron a Popayán desesperados de cumplir su misión en los otros cantones, en donde más o menos se descubrían síntomas, si no de contrariar nuestros proyectos, al menos de mostrarse indiferentes en la cuestión”.

José Hilario López, de la misma calaña de José María Obando escribe en sus *Memorias* que ante la llegada del Libertador a Popayán, advirtió a los soldados:

“que sería castigado de muerte todo el que diese un solo viva o levantara la voz de cualquier otro modo durante la ceremonia, y que yo mismo pasaría con mi espada al primero que desobedeciese esta orden”.

Al controlar el paso por Pasto, Obando y López impidieron que Bolívar tuviera noticias del triunfo que había logrado Sucre contra el ejército del general La Mar en la batalla del Portete de Tarqui, donde el Mariscal de Ayacucho, en persona, a la cabeza de 1.500 soldados de infantería y una escuadra de caballería, sorprendió a una fuerte división peruana que era comandada por el general Plaza, derrotándola contundentemente. Cuando La Mar restableció la batalla, teniendo ya en aquel punto 5.000 hombres, las fuerzas de Sucre, en tres horas de combate lograron una victoria completa. Entre Saraguro y el Portete de Tarqui, los invasores de La Mar perdieron más de 2.500 hombres, entre muertos y heridos, incluso 60 jefes y oficiales, contándose entre los prisioneros el general Plaza, la mayor parte de los fusiles, banderas, cajas de guerra y demás elementos bélicos quedaron en poder de los “miserables” soldados de Sucre que, por su parte, tuvo 154 muertos y 206 heridos. Entre los que perecieron en combate había tres jefes y seis oficiales. La Mar se retiró a las fronteras del Perú, luego de haber dejado puntos de apoyo en Guayaquil, y Sucre le ofreció una decorosa capitulación, con miras a que los peruanos no se sintieran humillados en su honor nacional. El ejército invasor no tuvo otra alternativa que aceptar la capitulación, conviniéndose un plazo para desalojar a Guayaquil.

Sucre pronunció una proclama a sus soldados para instruirlos sobre los términos de la capitulación ofrecida a los peruanos:

“¡Soldados!

“Una paz honrosa o una victoria espléndida era necesaria a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. Una victoria espléndida y los preliminares de una paz honrosa, son los resultados de la campaña de treinta días concluida gloriosamente en Tarqui. Generosos como bravos, habéis marcado vuestro triunfo concediendo a los vencidos la amistad de hermanos.

“¡Soldados!

“La patria os debe nuevos servicios; sus armas nuevo esplendor. Los pueblos del Sur os saludan como a sus salvadores. Colombia como los más celosos de su integridad; y Bolívar os proclamará como sus más fieles compatriotas.

“¡Soldados!

“En la vida del reposo, la República os pide aún algunos sacrificios para ganar de las profundas heridas que le han causado las disensiones. En todas las circunstancias, en cualesquiera peligros, colocaos en torno del Gobierno y de las leyes; conservad el entusiasmo y disciplina que os distingue; y clavando sobre vuestras bayonetas el estandarte de la unión aseguraréis los apreciables bienes que a costa de padecimientos y de sangre habéis procurado a la Nación, para conseguirle su independencia y libertad”.

Obando y López, ratificando su perversión y desvergüenza absolutas, sacaron importantes ventajas del hecho de que el Libertador seguía sin enterarse de la victoria sobre el ejército invasor del general La Mar, tal como lo confirma el mismo Obando:

“Desengañado (Bolívar) al fin de que yo no admitía salvoconductos... entró a dirigirme comisiones respetables y comunicaciones comedidas provocándome a un avenimiento: acepté el medio y con diferentes pretextos hice durar cuanto me convenía las discusiones de este negocio, dando tiempo a

que llegaran noticias del éxito de las operaciones en el sur. Al cabo de veintidós días de conferencias en que el Libertador estaba ya desesperado porque no lo dejáramos pasar, y yo impaciente por no saber nada de la invasión, recibí una posta de Quito que contenía la noticia del fatal suceso del Portete. El valiente general Plaza... había caído prisionero. En semejante situación... traté solamente de arrancar al dictador la mayor suma de ventajas a favor de la causa”.

Lo escrito por Obando es cabalmente confirmado por José Hilario López en sus *Memorias*:

“Ignoraba el general Bolívar, que nosotros éramos sabedores de aquel acontecimiento (del Portete de Tarqui) una semana antes que él, y que sin esta circunstancia no le hubiese sido posible ocupar un palmo de tierra entre el Guáitara y el Juanambú”.

Así fue como Obando y López lograron encumbrarse al rango de generales en el escalafón militar. Al igual que los más notables caudillos del santanderismo, no solo fueron capaces de cometer hechos tan criminales y repugnantes, sino que se ufanan de haberlos cometido, llegando a la más grosera desvergüenza. Y como si esto no bastara, se duelen del fracaso de los invasores y se dedican a traficar con la vida de Colombia para lograr sus beneficios personales. ¡Tales son los próceres de la oligarquía liberal conservadora de nuestro país! Cabe destacar aquí el juicio del general Joaquín Posada Gutiérrez:

“He aquí también al general López, ¡el general José Hilario López! declarando que si los defensores de la integridad del territorio colombiano hubieran sido vencidos habrían él y Obando continuado la guerra, lo que es lo mismo que confesar que habrían continuado favoreciendo al conquistador y coadyuvante a la desmembración del territorio colombiano”.

Cuando Bolívar pudo al fin entrevistarse con Sucre en la ciudad de Quito se enteró de que el general La Mar, violando la capitulación que generosamente se le había ofrecido, se negaba a devolver a Guayaquil. Sucre había decidido retirarse al hogar y el Libertador continuó con su Ejército con la tarea de doblegar a La Mar, tal como lo expresa en su proclama:

“¡Colombianos!

“Después de la pacificación de Pasto, de la victoria de Tarqui, y del convenio de Girón, me dirijo a vosotros para felicitaros por el término que han tenido las grandes crisis que agitaban la república (...)

“No se ha cumplido el convenio de Girón, por parte del Perú, alegando por pretextos nuevas injurias contra Colombia. Nos veremos obligados a emplear la fuerza para conquistar la paz; y aunque la gloria sería el producto de nuevos combates, pospondremos todo a la consecución del reposo de la América (...)

“Recuperaremos a Guayaquil únicamente para cumplir con los preliminares de paz concluidos con el Perú: no dispararemos un tiro ni aun para defendernos, sino después de haber agotado nuestro sufrimiento, y de haber reclamado en vano nuestros incontestables derechos. Haremos más: expulsados que sean los peruanos y los facciosos de Guayaquil, pediremos la paz a los vencidos: ésta será nuestra vindicta: tan moderada conducta desmentirá a la faz del Universo nuestros proyectos de conquistas y la inmensa ambición que nos suponen. Y si después de estos rangos de noble desinterés y de desprendimiento absoluto, nos combaten todavía, nos calumnian y nos quieren oprimir con la opinión del mundo, responderemos en el campo de batalla con nuestro valor, y en las negociaciones con nuestros derechos”.

Por fortuna, las esperanzas del Libertador no fueron inútiles. El Pueblo peruano, que nunca estuvo de acuerdo con tan estúpida guerra, se levantó para derrocar al general La Mar y ordenó su destierro. Esa guerra orientada y azuzada por el representante de Estados Unidos en Lima, William Tudor, en contubernio con la fronda aristocrática y retrógrada del Perú, fue ampliamente repudiada por la nación incaica, tal como lo manifestó el general Antonio Gutiérrez de La Fuente al asumir el mando del ejército, en su elocuente escrito dirigido al Libertador Simón Bolívar:

“Una guerra insensata y fratricida provocada artificialmente con depravados designios; una invasión al territorio extranjero ejecutado con la más insigne indiscreción (...) el nombre peruano y sin mancilla en medio de los reveses de la fortuna, ahora pronunciado con desprecio por las naciones, y con baldón por un pueblo hermano; la constitución y las leyes holladas para satisfacer privados e innobles resentimientos, y para arrancar a la indigencia contribuciones onerosas destinadas a fomentar la funesta lucha: ¡los campos yermos, las familias desoladas, cegados todos los manantiales de la prosperidad pública...! he aquí el bosquejo, el triste y espantoso cuadro que presenta el Perú, cuando debía ya saborear la paz, la alegría y los goces de la abundancia y de la dicha”.

Junto al anterior escrito que es presentado por el general Posada Gutiérrez en sus *Memorias Histórico-Políticas*, el general Gutiérrez de La Fuente, que planteó la autocrítica franca a nombre de la nación peruana, propone la reconciliación de las Repúblicas de Perú y Colombia y declara la reivindicación del Libertador:

“Bajo estos favorables auspicios, esperamos confiadamente una reconciliación sincera entre las dos Repúblicas que haga cesar de una vez sus padecimientos recíprocos, y desmienta al mismo tiempo a la faz del mundo entero los falsos rumores y groseras calumnias, no inventadas sino con el objeto de deprimir y aniquilar las glorias de Vuestra Excelencia”.

3. LA ESENCIA ANTIDEMOCRÁTICA DEL LIBERALISMO

3.1 “Colombia es una mina cargada”

Si William Tudor desestabilizó al Perú y provocó la guerra de invasión a Colombia, William Henry Harrison, que había sido nombrado por el presidente John Quincy Adams como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante el gobierno de Colombia, continuaría la política intervencionista de Estados Unidos contra Bolívar, provocando, esta vez, la insubordinación del general José María Córdoba, el más joven y destacado de los generales granadinos, de figuración eminente en los campos de Ayacucho. Una vez instalado en Bogotá, Harrison empezó a tomar parte “en las cuestiones políticas que se agitaban en la república (...) declarándose enemigo gratuito del Libertador”.

José Manuel Restrepo, que fue ministro del Interior de Colombia, puntualiza que:

“tales designios del ministro Harrison emanaban probablemente del presidente Adams y de su secretario de Estado (Henry) Clay, que se habían propuesto influir en los gobiernos de las nuevas repúblicas, sobre todo en México y Colombia”.

Ya estaba en marcha la desestabilización de la gran nación azteca y, como lo indica Restrepo: “siguiéronse después las revueltas continuas y posteriores en México, que nos dan derecho a pensar que la administración de Adams obraba en esto con un maquiavelismo refinado”.

La relación es evidente, como apunta Restrepo: Estados Unidos se hallaba en un momento de gran expansión a costa del exterminio y desarraigo de la población aborigen de las praderas norteamericanas:

“no quería que un estado limítrofe, rico y poderoso, tuviera un gobierno bien establecido, que algún día se opusiera a los proyectos de influjo, predominio, engrandecimiento y expoliación que acaso desde entonces meditaba el gobierno de los Estados Unidos. La cuestión de Texas, el Nuevo México y las Californias eran probablemente los designios ambiciosos que estaban en embrión”.

Considera Restrepo que, aunque Colombia no era limítrofe con Estados Unidos, el prestigio ganado por la Nueva República, su protagonismo continental y la influencia ejercida por Bolívar, a quien Adams y Clay acusaban de “ambicioso”, constituían:

“los motivos que obraban en su ánimo para turbar la marcha del gobierno de Colombia. A fin de conseguirlo, Harrison se ligó en Bogotá con los enemigos del Libertador, especialmente con el encargado de negocios de los Estados Unidos Mexicanos, coronel Anastasio Torrens”.

¿Cuáles eran las andanzas de Torrens? Restrepo nos da cuenta de ello:

“Éste, cuyos talentos eran bien limitados, se había ocupado desde el tiempo del presidente Guadalupe Victoria en dirigir a su gobierno chismes oficiales contra el Libertador, asegurándole que pretendía sojuzgar a México para dominar la América antes española, calumnia que no tenía el menor fundamento, y que se supo haber sido apoyada por el ministro Poinsett en cumplimiento de órdenes expresas de su gobierno. De aquí proviene que la administración de Guerrero en México profesara mala voluntad a Colombia y al Libertador; así fue que en la guerra del Perú se había declarado abiertamente a favor de esa república, diciendo que ‘su causa era la de la humanidad’...”

Harrison, Torrens y Poinsett habían formado contacto con el santanderismo. Lo mismo que James Henderson, el Cónsul General Británico en Bogotá, cuya casa frecuentó José María Córdoba. Una hija de Henderson era cortejada por el brioso general. Esta relación propicia el funcionamiento de una nueva red de espionaje en la que el ingenuo Córdoba resulta involucrado, en momentos en que se difundía sistemáticamente las calumniosas afirmaciones de que Bolívar quería coronarse emperador. Y así se lo aseguran a Córdoba en Popayán y Pasto José María Obando y José Hilario López. Para el Libertador era muy difícil dar crédito a las informaciones sobre la progresiva defección de Córdoba y se apresuró a escribirle:

“También temía que mis cartas me las interceptaran (como ya lo estaban haciendo los espías de Harrison) como estaba sucediendo con diferentes correspondencias... Si yo sospechara de usted, ¿no me ha pedido la presidencia del Consejo de Guerra? ¿Lo

tendría yo a usted ahí con sus tropas, que he mandado reemplazar cuando las he pedido? (...) Diré a usted con franqueza que no solo uno sino muchos me han hablado desde Bogotá sobre usted, y que nunca he creído nada. Si lo hubiera creído, mi conducta hubiera sido otra”.

Atribulado por la manipulación artera de que estaba siendo objeto el joven Córdoba, Bolívar le declara en tono paternal:

“Mucho hemos debido haber cambiado usted y yo, para que tales sospechas hayan entrado en nuestros corazones. Yo he sido confiado siempre y usted siempre leal; por lo mismo, no cabe semejante flaqueza de nuestra parte... Por mi parte... no he variado de opinión por lo que hace a su noble carácter y lealtad; y... sea lo que fuere de los sentimientos que en usted queden, no creo que nunca dejaré de amarle, como lo he hecho hasta ahora con la más pura sinceridad”.

Pensó Bolívar que nombrando a Córdoba como Ministro de la Marina podría sustraerlo al contacto con los conspiradores, y recibió de éste una carta en la que le manifiesta:

“Yo no he perdido mi ambición a la gloria y a la buena reputación, y yo no perdería la más pequeña ocasión que se me presentare de adquirir semejantes laureles, por irme a casar en Bogotá o en cualquiera otra parte; en verdad que estoy muy enamorado, mas no he perdido el juicio, y si no pudiese conciliar el amor con el deber, siempre abandonaré el culto del primero, por rendir homenajes al segundo. Inmediatamente que llegue el coronel Andrade le encargaré del mando militar del departamento, y me iré para Bogotá, de paso por Antioquia, para ver a mi familia un momento; esta vuelta no será de más de un mes, y como la Marina tiene en nuestro gobierno muy poco que hacer, creo que no es muy urgente mi pronta llegada y que es dispensable este permiso que me tomo”.

El general Córdoba ya había adoptado una posición irreversible, como se desprende de la carta que escribe el día siguiente a su hermano Salvador, que era comandante de armas en Rionegro, diciéndole que rechazaba el ofrecimiento que le hizo Bolívar: “¿Qué yo de marina?”. Considera que él:

“calculó lo mejor que podía. Estando yo en aquel Ministerio parece que estoy fuera de dar peligro, aunque en un puesto más eminente. Allí ni mando hombres ni armas. Y al mismo tiempo que creen que me alucinan con darme esta colocación, que olvido los disgustos que acaba de causarme; y que creyéndome bien colocado, anteponga mis intereses particulares a los de la República. ¡Qué engaño!”

La persistente defección de Córdoba subió de tono, como lo comunica el Libertador al general Urdaneta:

“resulta que Córdoba cree que yo lo he mandado matar. Nunca lo he pensado contra Santander ni contra otros monstruos, e ¿iba a hacerlo contra un hombre benemérito y de quien nunca he tenido que quejarme por la menor falta?”

El mismo día que le escribió a Urdaneta, el Libertador se entera por medio de su ministro en Estados Unidos sobre la orquestada difusión de calumnias en su contra, lo que es coincidente con lo que ocurre en Bogotá, donde Harrison ha tomado los hilos de una nueva tragedia: Bolívar es un “ambicioso” que “quiere coronarse rey” y “ya está viejo y enfermo”... En cambio Córdoba “es el más valiente”, “se cubrió de honores en Ayacucho”, “será el terror del tirano”, etc., etc... Ya Córdoba ha sido convencido de que Bolívar quiere ser rey en Colombia”... y Sucre en el Perú. Sobre este aspecto, el Libertador escribe al Mariscal de Ayacucho:

“Sabrá usted que Córdoba anda de misionero de división y de rebelión. Por donde pasa deja escandalizados a todos. Dice entre otras cosas, que usted quiere ‘hacerse rey del Perú!’ ¿Qué tal?”

Y Sucre le responde:

“El domingo mandé a usted unos papeles que vinieron de Popayán, en que me anuncian las mismas cosas que usted me indica respecto del general Córdoba (...) Le digo que cuide de las cosas desde el río Mayo para allá, y que con dar avisos a esta parte tendremos cuidado de Pasto; que si es menester yo mismo iré a ponerme a la cabeza de las tropas (...) Yo he querido siempre ser ligado a usted por los deberes de la amistad; y con mi país por los del honor y el patriotismo”.

Sin embargo, el Libertador intentará en vano evitar una confrontación bélica con Córdoba. Con ese propósito le insiste al ministro José Manuel Restrepo:

“Yo no sé si todavía es dable mandar en misión a Córdoba. Si fuera posible emplearlo en Europa, haría menos mal, sin dejar de hacerlo.”

No obstante le advierte:

“Lo peor es que cuantos jefes haya en la Nueva Granada lo mismo si se creen con partido... yo tendré que ser víctima y tirano juntamente al fin de todo.”

Idéntica solicitud le presenta al Consejo de Estado:

“El general Urdaneta presentará al Consejo una queja contra el general Córdoba. El Consejo verá este asunto con juicio. Si todavía es tiempo de emplear a este sujeto en Holanda, usted puede hacerlo, pero volando sin perder un momento. No se pare usted por firmas ni por formas. Yo mando, no obstante, un papel con mi firma para que usted lo llene siempre que el Consejo esté de acuerdo en que esta medida es conveniente. Debe tenerse presente que si no admite Córdoba y mañana se le acusa, él alegará esta oferta como prueba de inocencia y de confianza de parte del gobierno”.

El caso de Córdoba, como resalta en esa misma comunicación:

“es delicado y puede empeorarse; sin embargo, no podemos descuidar una medida conciliatoria, aunque está probado que Córdoba no se arrepiente ni se cura. Vea usted la carta de González que tiene el general Urdaneta. Allí se alaba de que no le ha ganado con el ministerio de la Marina.”

Sobre los proyectos que Córdoba comunicó a los personajes que contactó en el curso de su rebelión, Tomás Cipriano de Mosquera escribió:

“Cuando llegamos con el ejército al río Mayo, sufrió el Libertador un fuerte ataque pulmonar que le tuvo bastante afectado, y a sus amigos más, pues su vida nos era tan importante. Como era natural, el comandante en Jefe (Córdoba) y yo, que era su segundo, nos ocupábamos en algunos momentos

de los negocios públicos y del éxito de nuestra campaña. Me habló el general Córdoba de la necesidad de pensar únicamente en la suerte del país, y me dijo que (...) debíamos pensar en segregar la Nueva Granada de Venezuela, porque el Libertador estaba muy enfermo, y sin faltarle al respeto, separarle del mando; que el Ecuador constituiría otro Estado, y que los jefes granadinos nos encargaríamos cada uno de una parte del plan; que él tomaría el mando supremo, y yo sería su mayor general y Secretario de Guerra, fijándose el cuartel general en Bogotá; el coronel (José Hilario) López mandaría en Popayán; el coronel Borrero en el Cauca; el coronel (Salvador) en Antioquia; que a (José María) Obando, puesto que ya no era dudoso que se sometiera, se le dejaría en Pasto, país que conocía, y el coronel Espinar iría a mandar al Istmo. Pregunté al general: Y ¿dónde reúne usted la representación nacional? ¡Qué representación! me respondió: es necesario exterminar a los abogados; nuestra república debe tener una organización enteramente militar”.

José Hilario López, por su parte, ofrece su versión:

“Varias fueron las conferencias que casi diariamente tenía el general Córdoba conmigo, hasta que me expresó que estaba de acuerdo con mi modo de pensar (...) Mas la ardiente imaginación de ese desventurado general y su deseo de abatir el poderoso dominio de Bolívar, le hicieron olvidar muy pronto las reglas de prudencia que debería observar, y apenas pisó el territorio del Valle del Cauca empezó a propalar sin disimulo las ideas de la rebelión que proyectaba y a predicar con escándalo la necesidad de hacer la guerra a la dictadura y la ninguna esperanza de restaurar la libertad si no se ocurría a ese medio.”

Para dar más fuerza a sus raciocinios e inspirar más confianza a estos habitantes, les decía que yo era su segundo en la ejecución del plan meditado y que (...) dentro de tres o cuatro meses se habría coronado su empresa del mejor suceso, después de dos batallas y algunas escaramuzas contra las tropas dictatoriales, en cuyas funciones saldría sin duda vencedor”.

Aunque Mosquera y López hablan de sí mismos a propósito de Córdoba, puede inferirse que éste carecía de una perspectiva programática clara. Harrison, que seguía atentamente los pormenores de la nueva conspiración, y conocía ya a los principales protagonistas, formó su propia red de espionaje, interceptaba las cartas que iban o llegaban al Libertador, antes de ser recibidas por sus destinatarios. Algunas fueron remitidas en clave al secretario de Estado Henry Clay, como veremos seguidamente: 22 de junio de 1829:

“Tengo el honor de adjuntar copia de una carta del General Bolívar a uno de sus amigos íntimos que demuestra francamente que sus designios con respecto al Perú no son de ese carácter desinteresado que su última proclama revela tan explícitamente.

“No creo hallarme en libertad para revelar la manera por la cual llegué a poseer este documento singular; pero me comprometo a responder de su autenticidad”.

28 de junio:

“Por el mismo conducto que me ha proporcionado la carta, copia de la cual tuve el honor de adjuntar en clave a mi despacho N.º 14, he podido leer una carta de una persona de alto rango quien ha disfrutado de toda la confianza de Bolívar; pero que por ahora le hace oposición a todos sus proyectos...”

¡Catorce despachos... cartas en clave... autenticidad garantizada... funcionarios gubernamentales y militares al servicio de la inteligencia y contrainteligencia de Estados Unidos... todo en torno a Harrison! 7 de septiembre:

“El drama político de este país se apresura rápidamente a su desenlace... Una mina ya cargada se halla preparada y estallará sobre ellos dentro de poco. OBANDO se encuentra en el campamento de Bolívar seduciendo a sus tropas.

CÓRDOBA ha seducido al batallón que está en Popayán y se ha ido al Cauca y a Antioquia, las cuales están maduras para la revuelta. Una gran parte de la población de esta ciudad está comprometida en el plan. Se distribuye dinero entre las tropas, sin que los del gobierno tengan todavía conocimiento de estos movimientos”.

Además, Harrison asegura (¡y anticipa!) que:

“Córdoba procederá con prudencia. Espérase que en el curso de octubre o en los primeros días de noviembre principiará por publicar una proclama dirigida al pueblo”.

14 de septiembre:

“Ayer llegó aquí un mensajero especial del general Córdoba, que se halla en Cartago, con una carta para el agente del partido liberal, en la que incluye el texto de la proclama que piensa lanzar el fin del mes, tal vez más pronto”.

Mientras el diligente Harrison mantiene al día a su gobierno sobre el proceso de la nueva conspiración, el no menos diligente general Córdoba hace otro tanto con James Henderson, el Cónsul General del imperio británico, a quien le escribe constantemente:

“todo lo que vuestra merced me mande sabe vuestra merced que lo cumplo cuanto pueda” (5 de enero)...

“incluyo a Vmd. copia de la comunicación del gran Mariscal de Ayacucho al Ministro de Guerra, y de los tratados de este Mariscal con el Presidente del Perú. El Libertador marchó de aquí el 11 y llegará a Quito el 16...” (9 de marzo)...

Henderson, por supuesto, contesta todas las cartas que le envía Córdoba, por lo cual éste le expresa sus agradecimientos, según el escrito que le remite desde Pasto el 25 de marzo:

“... He tenido el gusto de recibir tres cartas de Vmd., del 29 de enero y de 8 y 28 de febrero (...) Supongo que se habrán divertido y alegrado ustedes muchísimo por las muy buenas noticias que les hemos mandado, y particularmente (...) el Ministro (norte) americano (Harrison) y su Secretario...”

Henderson también es hábil en menesteres de espionaje interceptando la correspondencia del propio Córdoba a otros oficiales. Como la que anuncia “adjunto un esquema de nuestro campamento actual...”

“Este extracto de una carta de Córdoba —nos dice Pilar Moreno— fue enviado por James Henderson, Cónsul General Británico, a su Gobierno. Está en inglés, en letra de Henderson. Ha sido traducido, ya que el original no existe en el *Public Record Office*”.

El 2 de abril Córdoba sigue en Pasto y remite una extensa carta a Henderson, con el objeto de:

“cumplir lo que había prometido a Vmd. de escribirle constantemente, comunicándole el estado de la campaña, y de todo lo que ocurriera...”

El 11 de abril le escribe sobre ciertos aspectos que son secretos de Estado, y le adjunta la proclama del Libertador a los habitantes del Cauca, fechada el 26 de enero... Igual que en su carta del 3 de mayo, y el 13 del mismo mes, desde Popayán de paso para Bogotá, le promete al cónsul:

“Tendré mucho gusto en conocer al Duque de Montebello: hijo de un Mariscal francés, y mucho más lo atenderé por las recomendaciones de Vmd. cuando pase por mis Estados.”

En mi libro *Bolívar, el Hombre de América* hablo de mis inquietudes acerca de si el tal “Duque de Montebello” sería el que engatusó al general Córdoba sobre la fantástica llegada de 6.000 franceses que vendrían a coronar a Bolívar. Infundio que aquel, dio por cierto cuando el 21 de mayo informa que ya se había desvinculado del Ejército Libertador, y le remite carta con el escrito de Bolívar fechado el 6 de mayo en Quito, que contiene las resoluciones que el Libertador piensa adoptar para conjurar la crisis de Colombia... Y seguirán las cartas del 29 de mayo y 21 de junio, en la que habla de Manuela Sáenz como una “escandalosa mujer pública” y expresa sus elogiosos conceptos sobre Harrison y su deseo de ponerlo en contacto con los Arrublas, que son “muy caballeros”... Manifestando su prevención contra el Libertador: “...no quiero ser víctima de la rabia del malvado...”.

Para entonces el general Córdoba ya hacía alarde del lenguaje difamatorio utilizado por Tudor, Obando, López, Santander y Harrison. El 27 de julio en su escrito a Henderson le atribuye al Libertador un supuesto deseo de continuar la guerra contra el Perú para “trastornar aquel país, vengarse de él, y dominarlo si fuera posible...” Y el 13 de julio le hace una detallada información sobre lo que Bolívar había escrito acerca de la situación política del sur de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, y se despide diciéndole:

“Hasta otro correo que haya que comunicarle. Cuando no le escribo es cuando no hay nada de nuevo”.

Haciendo a un lado eufemismos tiene que admitirse que Córdoba ofició de espía al servicio de Henderson y se convirtió en una marioneta manipulada por Harrison... Analicemos lo que escribe al cónsul británico:

“Me han dicho que el general Harrison dio una buena contestación a un brindis que echó el digno Prefecto de ese Departamento. Para que el General Bolívar *‘empuñase el cetro y ciñese la diadema’*, que el General dicho le contestó: *‘Por las libertades y garantías de Colombia’*. Si Vmd sabe algo de esto, y si es así hágame Vmd. el favor de ofrecer mis respetos al dicho señor General Harrison”.

Córdoba calculaba que podía contar en su respaldo con las fuerzas de José Hilario López y José María Obando. Pero se esforzó en involucrar a José Antonio Páez, que era el caudillo de los separatistas venezolanos enemigos del Libertador, y a Joaquín Posada Gutiérrez que se hallaba en Cundinamarca.

“No quiero molestar a VE. –le dice a Páez– con la relación de esta cadena de atentados, que forman la conducta política del General Bolívar. Yo he tenido la desgracia de presenciar una gran parte de ellos, y VE. no ignora los más escandalosos... Y no siendo posible que VE. quiera tener por recompensa de su heroísmo, de sus sacrificios, de sus triunfos, el título degradante de vasallo de un monarca, todos confiamos que VE., desconociendo el gobierno arbitrario del General Bolívar, se ponga a la cabeza de los hombres libres de estos Departamentos; que establezca conmigo relaciones, poniéndonos de acuerdo, destruyamos para siempre el despotismo. Unámonos y la libertad triunfará sin remedio”.

Y desde Rionegro en Antioquia, Córdoba escribió el 20 de septiembre a Joaquín Posada Gutiérrez invitándolo a formar parte de sus planes conspirativos contra el Libertador:

“Señor Comandante Posada: (...) no hay un solo habitante de Pasto, Patía, Popayán y el Cauca que no esté indignado contra el general Bolívar, que no esté animado de ideas liberales y que no respire venganza contra la tiranía (...) ¿Y los amigos de la

libertad que hay en esa provincia no harán lo mismo? Espero también un movimiento en Bogotá, porque allí mismo lo que en toda la República se está maquinando la destrucción de la tiranía. Incluyo a usted algunos impresos que han salido aquí; luego se irán dando otros, porque tenemos mucho, mucho de qué quejarnos”.

Pero si el general Páez no respondió su misiva, Joaquín Posada Gutiérrez si lo hizo y desde Honda, el 2 de octubre, increpa la defección de Córdoba:

“Señor General de División, José María Córdoba.

“Mi General:

“Acabo de recibir la carta que usted se ha servido escribirme (...) en que manifiesta los motivos que ha tenido para pronunciarse contra el gobierno que todos hemos jurado y que usted más que ningún otro ha cooperado a establecer, induciéndome a hacer lo mismo en esta provincia. Si usted me permite, mi general, hablarle con la sinceridad de un hombre honrado, no le ocultaré que el acontecimiento de Antioquia ha hecho en mi corazón muy diversa impresión de la que usted se figura. Es verdad, mi general, que soy liberal, es decir, quiero garantías para que el pueblo colombiano goce en paz y reposo de una libertad racional como fruto de sus heroicos sacrificios; quiero que en Colombia no haya más distinciones que las de la virtud y el mérito; quiero que se respeten todos los derechos del hombre en sociedad, y en fin un gobierno ejecutor de leyes justas que proteja la vida, el honor y las propiedades de los ciudadanos.

“Estos han sido siempre mis deseos y como representante del pueblo en el Congreso que va a decidir de su suerte, los manifestaré a la faz de Colombia y del mundo entero. Mi conducta desde el 30 de abril de 1826, debió persuadirle que soy consecuente a mis juramentos y crea usted que seré tan fiel al gobierno, que Colombia se ha dado, como lo fui al que ellos y usted destruyeron. Nada quiero con revoluciones, con sangre y desorden. Colocándome el gobierno supremo en el puesto en que me hallo, dio muestras de su entera confianza en mi honradez y probidad. ¿Pretende usted, mi general, que me

envilezca levantando el estandarte de la rebelión? ¿Quiere usted que sea infiel, ingrato y perjuro? No, mi general, primero me resuelvo a morir virtuoso que a vivir sin honra, así que no debe estar usted esperanzado en que yo apoye ahora ni jamás la insurrección que usted preside. Podré ser desgraciado pero nunca faltaré a mi deber. Cuando usted me dice sobre las miras y conducta del Libertador se había exagerado por sus enemigos y a pesar de ello, Colombia se precipitó en sus brazos como único refugio de salvación en la espantosa tormenta que amenazaba sumergirle. Este testimonio es irrevocable, y no es dado a usted ni a mí erigirnos en intérpretes del soberano. Usted no negará que Colombia debe su existencia y gloria al Libertador, que únicamente la mantiene en reposo, ¿qué pretende usted mi general? ¿Qué quiere usted destruyendo el único vínculo que nos queda de unión, envolvernos en la anarquía, que nos despedacemos como en Guatemala y seamos al fin presas de los feroces españoles? ¡No es posible que un general que tanto ha servido quiera tan mal a la Patria! No, mi general, aun es tiempo de reparar el daño hecho (...) El Libertador lo quiere a usted y no hay duda que será tan generoso con usted como lo ha sido con otros tantos. Vuelva sobre sus pasos y no se precipite causando a su país natal males inmensos.”

Córdoba desatendió la formidable cátedra de patriotismo republicano que le dio Posada Gutiérrez, y pensó con soberbia:

“... no hay ejército en Nueva Granada que se me oponga (...) Santander cayó por pendejo, por anti militar, por cobarde. Yo no confiaré mucho en la aura popular; más que todo contaré con las bayonetas que yo pueda reunir”.

Por otra parte, la descabellada estrategia de Córdoba partía de cálculos erróneos. Estaba convencido que en Antioquia podía obtener grandes ventajas, pues, como señala Restrepo:

“su hermano el coronel Salvador Córdoba era comandante de armas de la provincia, y gobernador su cuñado Manuel Antonio Jaramillo, puestos obtenidos por el influjo suyo...”

Sin embargo, el pueblo antioqueño no lo acompañó y hubo comandantes que manifestaron su desacuerdo, como es el caso de los oficiales Herrera y Vélez, a quienes el general Córdoba hizo prisioneros, y como lo apunta Restrepo:

“enseguida los mandó fusilar sin proceso alguno. ¡Prueba elocuente de las garantías que iban a gozar los antioqueños bajo el mando absoluto de Córdoba.”

Es manifiestamente irrefutable que el levantamiento de Córdoba era, sobre todo, antipopular, provocando con sus actos la resistencia armada de varios sectores, como el levantamiento que hicieron en Marinilla su vicario Jorge Ramón de Posada, Celedonio Trujillo, Ramón Gómez y Andrés Alzate, a quienes envió una nota de ultimátum:

“Ustedes han hecho armas contra mí y me están haciendo la guerra; veremos quién la sabe hacer mejor, si ustedes o yo. Si esta noche, o a las cinco de la mañana del día 14, no se me presentan ustedes, a las 6 de la mañana le pego fuego a la ciudad de Marinilla.

Dios guarde la República y los enemigos sean aniquilados”.

Tampoco se dieron los levantamientos contra el “tirano” que Córdoba esperaba de las provincias de Pasto, Popayán y Cundinamarca, lo que pudo provocar su desequilibrio emocional, luego de que se hubiera titulado a sí mismo como el “Comandante en Jefe del ejército de la libertad”.

Y para colmo de sus equivocadas suposiciones, se hallaba sin el apoyo popular en su propia tierra natal, hasta el punto de que su propio hermano hubiese desatendido las órdenes que le impartió, como la que le dio en La Ceja: *“Mate alguno para que le obedezcan todos, y hágase temblar”.*

Los antioqueños como relata el historiador José Manuel Restrepo, rechazaron la sublevación de Córdoba, “a la que opusieron cuando menos la fuerza de inercia” y añade que:

“los cantones de Antioquia, del nordeste y de Marinilla (...) se mostraron hostiles a Córdoba. Entusiastas a favor del gobierno del Libertador, y dirigidos por su respetable cura y vicario doctor Jorge Ramón Posada, se pusieron en comunicación con el general O’Leary, a quien dieron peones para conducir los pertrechos y equipajes, víveres para la tropa, bagajes y caballos. Sin estos oportunos auxilios, y sin los avisos que le dirigían, hubiera sido harto difícil vencer la aspereza de la montaña de Juntas, y que tuviera la expedición tan feliz resultado.”

Luego de que el general Córdoba hubiese rechazado la propuesta de O’Leary que quería impedir la confrontación bélica mediante una honrosa capitulación, el combate se desarrolló dando como resultado la derrota y muerte del intrépido y candoroso Córdoba y la posterior amnistía concedida a su hermano, a su cuñado y a quienes lo habían secundado. Algo parecido ocurrió en el Chocó, donde Fermín Vargas, su gobernador, había declarado su desconocimiento del gobierno del Libertador. Sin embargo, el cuartel de esa provincia se pronunció afirmando su lealtad y apoyo al Libertador y su gobierno, y:

“habiéndome unido al vecindario (De Quibdó), aprisionaron (octubre 31) al gobernador Vargas y proclamaron de nuevo la obediencia al Libertador. Con tal noticia el general O’Leary cesó en sus preparativos para enviar tropas al Chocó. De esta manera quedó terminada enteramente la rebelión de Córdoba...”.

En varias ocasiones he considerado que el sable de Ruperto Hand, que fue el instrumento que cortó la vida del ingenuo general Córdoba, fue accionado por los Florentino González, los Azuero, Vargas Tejada, Carujo, Obando, López, Henderson y Harrison que arrastraron al bravo combatiente de Ayacucho hacia el fangal de las conspiraciones y de la traición. En Córdoba primaba, ante todo, cierto aire de arrebató medieval: cuando comprendió que su causa no tenía porvenir y que el pueblo antioqueño no lo acompañó en su desatino, decidió, en un acto de heroísmo desesperado y sin causa, jugarse la vida con sus exiguas tropas. De ahí su frase de combate que sirve al mismo tiempo de epitafio: *“Si es imposible vencer, no es imposible morir”*.

3.2 La muerte del Abel de América

La contrarrevolución contra el Proceso Bolivariano cobra una dinámica feroz: solamente en dos años, de 1828 a 1830, se llevó a cabo el atentado liberticida del 25 de septiembre en Bogotá, la participación de José María Obando y José Hilario López en respaldo de la invasión peruana al sur de Colombia, la atolondrada sublevación del general Córdoba, la separación de Venezuela de Colombia, como preámbulo a la separación del Ecuador, luego de declarar proscrito al Libertador por parte de los gobernantes de su país natal.

Todos esos hechos, a los que se agregarían el asesinato del general Sucre y la muerte física del Libertador, completaron la destrucción de Colombia. Al hacer un balance de tan desdichados acontecimientos, seis meses antes de su muerte, el gran Mariscal de Ayacucho, se dolía por Bolívar, para quien Colombia había sido su primer amor y “la hija de sus sacrificios”:

“¡Cuánta pena tengo, y cuánto disgusto por los disgustos de usted! Un tumulto sobre otro, una novedad sobre otra, y las facciones que se suceden despedazan a Colombia y el corazón de usted! ¡Qué triste época y qué desgraciada Patria!”

La guerra del Perú contra Colombia y la defección del general Córdoba son el punto de partida del intervencionismo conspirativo y desestabilizador de Estados Unidos contra Nuestra América, con el objeto de destruir la integración continental ideada por Bolívar, que buscaba asegurar su independencia y soberanía y profundizar su política republicana y democrática. Restrepo afirma que cuando el gobierno colombiano comenzó a descubrir a los soterrados autores de la intromisión conspiradora, comprobó que:

“en efecto, Torrens, el encargado de negocios de México, que Henderson, el cónsul general británico, que el general Harrison, ministro de los Estados Unidos, y su antiguo secretario, con otras personas particulares, sabían la rebelión desde antes que estallara; que algunos tenían correspondencia con él, y concurrían a juntas clandestinas en que se declamaba fuertemente contra el Libertador y su gobierno. Habiendo el Consejo (de Estado) adquirido los datos suficientes... acreditaba con ellos la indebida injerencia de aquellos extranjeros en los negocios internos del país, con el designio de alterar la tranquilidad pública.”

Los extranjeros conspiradores fueron obligados a salir de Colombia. Harrison fue sustituido por el coronel Brooke, nombrado por el presidente Jackson como su representante en Bogotá y, como destaca Restrepo, al presentar sus credenciales, y en virtud e instrucciones especiales, prometió:

“que se abstendría muy escrupulosamente de cualquier intervención directa o indirecta en la política y negocios domésticos de Colombia.”

“La misma declaración hizo el coronel Moore al secretario de relaciones exteriores de nuestra república; en conferencia verbal le aseguró a nombre del presidente de los Estados Unidos, que había revocado los poderes de Harrison, para enviar un ministro de toda su confianza e impedir cualquier injerencia en los negocios internos de Colombia. He aquí –concluye Restrepo– una prueba convincente de cuanto hemos dicho sobre la intervención maquiavélica del gobierno del presidente Adams en los asuntos domésticos de nuestra república y de México. Aun se verán otros hechos posteriores que robustecen este mismo concepto”.

¿Conocen esta historia los militares colombianos de hoy? ¿Puede alguien suponer que los militares no necesitan conocer la historia de su propio país? ¿Qué historia es la que les enseñan, si es que estudian alguna?

Volviendo al año 1829: el Congreso reunido por Páez en Venezuela, llega al extremo de hacer la apología de los liberticidas, afirmando que “el 25 de septiembre fue un movimiento nacional” y subraya que “toda la República desde el año 27 está conspirando contra Bolívar” exigiendo que:

“siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso lo declarase PROSCRITO DE VENEZUELA”, –advirtiendo– “qué el pacto con Nueva Granada no puede tener efecto mientras exista en el territorio de Colombia el general Bolívar”.

El separatismo que traía consigo la desmembración de Colombia y la destrucción de la política bolivariana, tenía como promotor en Venezuela al almirante inglés Sir C. Fleming:

“...viósele allí acalorando los partidos y activando los manejos revolucionarios para derrocar a Bolívar. No de otro modo puede explicarse su continua asistencia a las reuniones públicas, su intimidad con los principales y más fogosos agentes de la revolución en Venezuela; la grande, si bien poco costosa, generosidad de promesas con que halagaba a muchos y animaba a los más; sus frecuentes paseos a Valencia para verse con el jefe superior (Páez); el continuo navegar a las islas vecinas y varios puntos del continente, buscando noticias o esparciéndolas; y en suma, los ofrecimientos de todo género que hizo a Páez para el caso probable de una guerra con el Libertador.”

“Sea lo que fuere –escribe el general Posada Gutiérrez–, es lo cierto que el almirante Fleming influyó mucho en la revolución que mató a Colombia, y la idea de que Inglaterra la protegía, se hizo general en toda la República. El mensajero de los revolucionarios, encargado de entusiasmar al departamento del Zulia, fue a Maracaibo en una goleta de guerra inglesa, la que hizo aquel viaje sin otro objeto.”

La aberrante posición de la oligarquía separatista contra el Libertador se hizo extensiva contra el Gran Mariscal de Ayacucho: el virtuoso Sucre tampoco podía entrar a Venezuela, ¡su país natal! ¡Bolívar y Sucre, los más grandes Libertadores de América, sin patria!

Cuando Sucre fue a visitar a Bolívar para despedirse ya era tarde. El Libertador, que había renunciado al poder, había salido ya de Bogotá y no regresaría nunca más. Y Sucre iba de paso hacia el sur, con la idea de reintegrarse a su hogar en Quito. Al no hallarlo en la capital, le envió una carta de despedida en la que ratifica sus sentimientos indeclinables de solidaridad y amistad:

“Mi General:

“Cuando he ido a la casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me he evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a usted. Mas, no son las palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a usted; usted los conoce, pues me conoce mucho

tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad, la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que usted me conservara el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo. Adiós, mi general; reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz y en todas partes cuente con los servicios y la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.

Antonio José de Sucre”

Pero si Bolívar y Sucre, expresión excelsa de Nuestra América revolucionaria son emblema cimero de la amistad más pura, hay que descender infinitamente para captar el infernal contubernio santanderista: antro protervo de las supremas iniquidades y crímenes. La prensa bogotana, ya se dijo, era santanderista. Cuando Bolívar ya había abandonado Bogotá, el periódico *“El Demócrata”* expresó en su editorial:

“Por nuestra parte observamos que haber llamado a Bolívar Libertador, cuando está demostrado generalmente que solo le conviene el dictado de traidor, es un insulto a la opinión y decir que quiso ocultar sus laureles para quitar ese pretexto al desorden, es un ultraje vergonzoso a los republicanos.”

La prensa oligárquica ha sido totalitaria desde su origen:

“No podemos tolerar los respetos por Bolívar ni las contemplaciones con los bolivarianos. Nuestra causa es nacional: la de ellos es una facción bien pronunciada y criminal (...) ¡¡¡No más contemplaciones con Bolívar!!!”.

Leyendo semejantes atrocidades se me ocurre que para escribir así es necesario poseer una monstruosa deformación del alma, una inmensa capacidad de odio para enturbiar las emociones y una pérdida irreparable de la razón. Como es lógico, esa misma prensa, que impudicamente se rotula como “democrática”, aplaudió el pronunciamiento liberal de Cúcuta y su llamado al ejército venezolano que invadiera a Colombia por Táchira y la Guajira.

“Los liberales de Cúcuta –escribe Posada Gutiérrez–, en una larga exposición, abundante en insultos al Libertador, daban cuenta al Vicepresidente de los motivos de su pronunciamiento, de los que tuvieron que crear un gobierno provisorio y para llamar en su auxilio al general (Santiago) Mariño con las tropas venezolanas”.

Como los liberticidas identificaban a Bolívar como Colombia, no vacilaron en llamar a las tropas invasoras, tal como lo habían hecho Obando y López al hacer causa común con el ejército invasor peruano. Y no contentos con ello, los liberales de Cúcuta llegaron al extremo inaudito de exigir al gobierno presidido por Joaquín Mosquera, que cubriera los gastos ocasionados por la invasión, como lo denuncia ampliamente el general Posada Gutiérrez: El pronunciamiento exige al gobierno:

“...que se abonen por las respectivas oficinas de diezmos y de la tesorería provincial, todas las cantidades que ha sido indispensable tomar para concurrir a los gastos de subsistencia de las milicias, y posteriormente del ejército protector y de las tropas capituladas en Pamplona, en los días que tarden por repasar el Táchira, según la cuenta documentada que la comisaría del circuito y los respectivos colectores habrá de presentar en su oportunidad.”

Obando y López habían calificado a las fuerzas invasoras del general La Mar como “ejército protector”. Está visto que el santanderismo inicia su “carrera política” llamando “protectores” a los que humillan a Colombia.

“Si este documento no fuera auténtico, si no se hubieran publicado en los periódicos oficiales y particulares, la historia lo rechazaría como estúpido, a lo menos (...) Sin embargo, este escándalo, este ultraje hecho al gobierno, se miró como un acto de energía republicana, y se aplaudió por los liberales, obligando al gobierno a humillarse, aceptándolo.”

Con justificado repudio se preguntaba el general Posada:

“¿Qué juicio formará el mundo y la posteridad de estos prohombres del partido liberal de la Nueva Granada?”

Veamos, por ejemplo, qué nos dice *“El Demócrata”* en su edición del 1° de junio de 1830, en relación con el viaje de Sucre al Ecuador:

“Acabamos de saber con asombro, por cartas que hemos recibido por el correo del Sur, que el general Antonio José de Sucre ha salido de Bogotá a ejecutar fielmente las órdenes de su amo, cuando no para elevarlo otra vez, a lo menos para su propia exaltación sobre las ruinas de nuestro nuevo gobierno. Antes de salir del departamento de Cundinamarca, empieza a manchar su huella con ese humor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disociación.”

Según el citado periódico el Libertador le había ordenado a Sucre que sublevara el sur del país:

“Bien conocíamos su desenfrenada ambición, después de haberlo visto gobernar a Bolivia, con poder inviolable, y bien previmos el objeto de su marcha acelerada, cuando dijimos en nuestro número anterior, hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que éste había movido todos los resortes para revolucionar el sur de la República (...) Bolívar es hoy un Vesubio apagado, pronto a romper su cráter, vomitando llamas de odio, de destrucción y de venganza.”

Sucre, que no admitió escolta alguna, salió hacia Quito en compañía de José García de Trelles, su amigo, diputado de Cuenca; el ayudante de Trelles, dos sargentos y dos indios baquianos. Pero la prensa liberal de Bogotá dijo que “El bandido de Sucre” llevaba un ejército para “asaltar a Pasto”:

“afortunadamente se levantan batallones con qué auxiliar, si fuera preciso, a nuestros compatriotas del sur (...) Las cartas del sur aseguran también que ya este general marchaba sobre la provincia de Pasto para atacarla; pero el valeroso general José María Obando... corría igualmente al encuentro de aquel caudillo y en auxilio de los invencibles pastusos. Pueda ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar.”

Sobre esta publicación de *“El Demócrata”*, el general Posada Gutiérrez comentó:

“De este artículo se han hecho centenares de extractos y glosas, principalmente del último periodo que se ha señalado en letra negrilla: todos lo han considerado el punto de partida de sus investigaciones y alegatos, y es seguro que en todas partes, apenas apareció o llegó el periódico, se vio en él: 1°) la sentencia de muerte dictada contra el general Sucre; 2°) la designación nominal del ejecutor de la sentencia; 3°) el objeto principal de presentar a la víctima bajo un carácter odioso para disminuir la indignación que el enorme atentado debía causar en todo pecho generoso, y disculpar el gozo que no podían menos de manifestar los complicados en la trama de que ya se hablaba.”

En efecto, tal como lo anunciaba “*El Demócrata*”, el 4 de junio Sucre fue abatido a bala cuando salía de Berruecos en la vía a Pasto. Su cadáver fue sepultado en un lugar oculto. Todas las pruebas del crimen, los indicios y testimonios de los mismos ejecutores materiales del asesinato, como lo demuestra muy ampliamente el general José Joaquín Posada Gutiérrez en el tomo dos de sus *Memorias Históricas-Políticas* acusan a José María Obando como el autor intelectual del magnicidio. Obando y todo el santanderismo se regocijó del horrendo liberticidio, que se hizo a nombre del liberalismo, cuyo partido ha persistido, inútilmente, en lavar el nombre del asesino, que fue luego postulado para la presidencia de la República por Francisco de Paula Santander.

Cuando fueron capturados algunos de los asesinos de la red de Obando, éste, haciendo valer el peso de su influencia, intentó aprovechar un careo que le hacían con Apolinar Morillo señalando a este último como el asesino. Pero Morillo tuvo la firmeza de encarar al magnate liberal y:

“tuvo la energía de contestarle: que él no sabía quién fuese más asesino, si el que había llevado la orden a un facineroso para asesinar a un hombre, o el que con autoridad expidió dicha orden, tanto por escrito como verbalmente”.

El asesinato de Sucre mató al Libertador. La muerte del “Abel de América” le arrebató su último aliento. Desde entonces nuestros pueblos han sentido su ausencia y las feroces oligarquías, no han cesado de derramar masivamente la sangre del Abel de *Nuestra*

América. Podríamos tomar los perfiles más caracterizados de ese momento histórico, partiendo de ciertas singularidades de muy turbia significación: Francisco de Paula Santander es la representación cabal de la deslealtad, la trampa, el disimulo: el caudillo del clientelismo politiquero, especializado en delinquir desde el poder, previa coartada, sin dejar pruebas, con arreglo a las leyes. Su ferocidad es el antifaz de su cobardía. Contrario al hombre valiente que de suyo es generoso, “el hombre de las leyes” es cruel porque le falta valor, y por eso mismo es falso y alevoso. Sufre viendo crecer a otros, y se siente menguado ante el esplendor de sus rivales. Asesino con manos ajenas: su egoísmo inescrupuloso y avariento lo convirtió en el héroe oficial de la oligarquía liberal-conservadora de Colombia.

José María Obando y José Hilario López, entre los facinerosos de “alto rango”; y Florentino González y los Azuero, entre las “eminencias grises”, formaron la vanguardia del santanderismo liberal-conservador dispuesta a todo, aunque sea despedazando al país, con tal de asegurar el monopolio del poder para su élite. Todas las barbaridades hallan justificación para lograr su fin, así sea asesinando a los Libertadores y postrando a Colombia ante el yugo de una potencia extranjera. Habitantes de lo oscuro no soportan la luz de la razón ni el vuelo de la idea. Son los iniciadores del terrorismo de Estado en Colombia y del crimen como forma de hacer política. Reflexionemos con la sinopsis que hace el ilustre escritor Waldo Frank:

“Santander pretendió ocultar a su misma conciencia su participación moral en el complot para matar a Bolívar; hombre culto y religioso, a la manera suave y solemne de los príncipes del Renacimiento, era también traicionero y cruel. (En contraste con esta comparación, Obando no nos hace recordar a los cultos matasietes de las ciudades italianas, sino a los Césares asesinos de la Roma de los últimos tiempos. Lo mismo que en Santander, los rasgos contradictorios se estratificaron en su pueblo. Debajo estaba la masa, sumisa hasta el día de hoy. Encima, en las grandes ciudades como Bogotá, Medellín, Cali, Cartagena, Popayán, estaba la clase refinada, dividida en su devoción a la Iglesia o al liberalismo, pero unida en su amor a las letras y al vivir refinado. Esta división, general en toda la América española (y en realidad para todo el mundo), llegó a ser en Colombia una separación casi absoluta.”

José Antonio Páez, el llamado “León de Apure”, el “Tata”, es, su parte, encarnación perfecta del jefe montonero; del conductor de mulas y mesnadas, del adalid que gana el liderazgo en asaltos semibárbaros donde el galope precipita el miedo y el instinto vuela en la punta de la lanza; baquiano que sabe del alfabeto de las recuas y de domar caballos a pelo en la llanura; dictador de una disciplina que combina la arbitrariedad con el oportunismo y la destreza: Inocencia brutal que se ufana de su propia rusticidad y de su instinto aventurero. Torbellino que se lanza vertiginosamente a las batallas, pensamiento primario que se guía por el instinto y la intuición. Es, como lo describió el Libertador, el jefe de nuestros cosacos. La oligarquía que va a oprimir a Venezuela, como también lo afirma Bolívar, habla a través de su boca.

José María Córdoba es el prototipo del militar arrojado y temerario hasta el extremo. Como Narciso cayó alucinado de sí mismo, de su esplendor guerrero, de la apostura de sus condecoraciones y renombre. Adorador de la fuerza y persuadido de que el terror de las armas puede imperar como norma indiscutible, pensando que la sociedad podría llegar a ser un gran cuartel donde, sencillamente, todos los subordinados tienen que obedecer rígidamente a sus superiores. Traído a nuestros días sería lo que hoy llaman un “general tropero”. O sea, el alto militar que solo sabe de tropas y que, muy a su pesar, e ingenuamente, es fácilmente manipulable para servir a fines estratégicos ajenos.

Córdoba y Páez son la exaltación de la arbitrariedad. El primero lo demostró en su trágica sublevación, colocándose a sí mismo por encima de la integridad de la nación. Y el segundo lo demostró desde el poder, formando con Monagas y otros oficiales, una minoría opulenta de terratenientes y déspotas, incapaces de proponer una perspectiva política progresista para la nación.

Santander odiaba a los militares porque era cobarde. Se acomplejaba ante la reciedumbre de su personalidad. Pero se servía de facinerosos como José María Obando y José Hilario López, que fueron sus colaboradores predilectos y fue protector de los asesinos de Sucre. Córdoba odiaba a los políticos por inculto y se sentía por fuera de su órbita frente a los intelectuales. Páez los alejaba por instinto, y los desdeñaba por cálculo puramente pragmático. En todos ellos, con sus carencias centenarias y sus apetencias salvajemente desbordadas, se patentizaba el trauma gestacional de Nuestra América.

En el otro polo: el del heroísmo desbordante de los Sucre, Girardot, Carbonel y Rondón; de la vocación comunera de José Antonio Galán y Policarpa Salavarrieta; de la inteligencia tribunicia de don Antonio Nariño y Camilo Torres; de la creatividad pedagógica de Simón Rodríguez; de la audacia impetuosa de Manuela Sáenz, y la capacidad de lucha del pueblo y su Ejército Libertador, está la fuente verdaderamente nutricia de nuestra existencia, con Simón Bolívar como paradigma integrador y vital, y con Sucre como ejemplo del militar benefactor del pueblo: del soldado bolivariano de todos los tiempos.

3.3 Artimañas de un arribista

La definición clásica de lo que es un arribista, es la que refiere a esa “persona ambiciosa y sin escrúpulos, que es capaz de todo por llegar a la cumbre del poder, de la fama o de la riqueza”. Esta caracterización exacta es la que cuadra a Santander, como lo demuestran abrumadoramente los hechos y los documentos, sobre todo los que él mismo escribiera en su procura de trepar como fuera en la búsqueda de saciar sus particulares ambiciones de poder, fama y riquezas. Veamos brevemente algunos hechos puntuales que confirman esta afirmación. Ubiquémonos en el momento en que Bolívar se dispone a continuar su Campaña Admirable en territorio venezolano. Manuel Castillo, que era jefe de las fuerzas granadinas renunció a su cargo, porque no admitió ser un subalterno de Bolívar.

“Pero como a pesar del alejamiento de aquel –escribe O’Leary–, la división, mandada ahora por el mayor Francisco de Paula Santander, partidario apasionado de Castillo, siguió dando señales de descontento, que si no se cortaba bien pronto degenerarían en abierta sedición, Bolívar partió de Cúcuta acompañado de su estado mayor y acertó a llegar a La Grita a tiempo que se formaba la tropa bajo apariencias harto sospechosas. Dirigiéndose a Santander le ordenó marchar; contestóle éste que no estaba dispuesto a obedecer.

‘Marche usted inmediatamente replicó Bolívar en tono severo y perentorio, no hay alternativa, marche usted: o usted me fusila o positivamente yo lo fusilo a usted’.

La división partió y Santander, que era tenido como uno de los principales instigadores de Castillo, y de los más activos en promover el descontento que reinaba entre los oficiales, con fútiles excusas se quedó en La Grita y no volvió a unirse a la división. De este modo se vio Bolívar libre de la presencia de dos jefes influyentes, cuyas intrigas le habían enajenado la confianza de sus subalternos y entibiado el ardimiento de la tropa, que en breve renació con la victoria.”

Para borrar esa mancha Santander escribirá en sus *Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada*:

“Mientras que Bolívar llevaba a cabo con audacia inimitable su gloriosa empresa de arrojar a Monteverde de Caracas, yo me quedé encargado de la seguridad del valle de Cúcuta (...) para asegurar la retaguardia del ejército confiado a Bolívar, y a defender la frontera.”

Cuando se impone el terrorismo español con la reconquista de la Nueva Granada por el general Pablo Morillo, que sacrificó en los patíbulos a los más distinguidos republicanos granadinos, Santander comprendió que debía huir hacia los llanos para ponerse a salvo, y decidió ir al encuentro con el Libertador y “ganar su confianza”.

Durante ese tiempo se preocupó por expiar sus conocidas muestras de indisciplina y oportunismo y su notoria animadversión hacia los venezolanos.

Ubiquémonos ahora en Angostura el 11 de junio de 1818, para que leamos el artículo escrito por el entonces coronel Santander para el “*Correo del Orinoco*”:

“Todo es obra de los venezolanos:

“Es verdad que los venezolanos fueron los primeros que proclamaron los derechos de su Patria y han mostrado la senda a otras regiones: ellos han sido los que la han sostenido y defendido con una constancia que admira; ellos son los que han pulverizado las tropas enviadas de la Península; son los venezolanos los que actualmente asombran al mundo combatiendo sin recursos contra ejércitos a quienes todo ha sobrado, y son seguramente los venezolanos los que arrojarán de la Nueva Granada a los tiranos que la oprimen.

“Aunque he nacido en Nueva Granada, no soy más que americano, mi Patria es cualquier región de América en que no tenga el más pequeño influjo el gobierno español.

Dos años de guerra en Venezuela en la actual época me han dado la ocasión de admirar al soldado venezolano, y el tiempo que ha corrido desde nuestra transformación me ha hecho conocer el entusiasmo, patriotismo y odio a los españoles que abraza en su corazón cada individuo de esa república. (¡Felices venezolanos, que han tenido en su seno al genio de la América, que ha sabido poner en movimiento tan sublimes virtudes y guiar a sus conciudadanos a la cumbre de la gloria!).”

Pero Santander, a quien Bolívar envió a Casanare en cumplimiento de las tareas de la Expedición Libertadora sobre la Nueva Granada, tuvo una significativa adversidad, cuando fue interceptada una carta suya que iba dirigida a su primo Fortoul, que servía en el ejército de Páez, en la que dice:

“Es preciso que nos reunamos en Casanare todos los granadinos, para libertar a nuestra patria y para abatir el orgullo de estos malandrines follones venezolanos.”

El general Páez cuenta en su autobiografía:

“No recuerdo cómo llegó esta carta a manos del coronel Miguel Antonio Vásquez, quien la puso en las mías. Alarmáronme mucho las palabras que he citado, y mandé la carta a Bolívar, ordenando al mismo tiempo al capitán Laureano Silva que fuera a la boca del Meta a detener a Santander. “Santander se detuvo, pero me escribió diciendo que lo dejara pasa...” “Escribíome el Libertador diciéndome que me autorizaba a obrar como yo creyese más prudente.”

Páez no cedió en su retén, y Santander, quedó detenido sin poder continuar su marcha. Finalmente, luego de repetidas súplicas y zalamerías, y de su empeño en ganar el favor de importantes oficiales venezolanos, a quienes concedió ciertos favores, como prestamista que era, incluso al mismo Páez, pudo seguir adelante. Así, por ejemplo, le escribió el “soldado pluma” como lo llamaban los llaneros, al general Carlos Soublette:

“Con franqueza, mi amigo, si usted necesita dinero y puede por allá conseguirlo, gire contra mí un libramiento. Sé que la campaña ha estado muy brava y me consta que usted va siempre con el día. Si Anzoátegui, que es más previsivo, estuviese en igual caso, le hago igual ofrecimiento de mi parte y dígaselo. Suelen venir de por allá a Arauca algunos comerciantes. Deseo mucho servir a ustedes, desde lo más pequeño, como es lo que ofrezco, hasta lo más grande.”

Santander tenía claro ya que lo suyo no era fatigarse ni exponerse en tan prolongadas campañas, y aspiraba a lograr “siquiera un par de victorias”, y luego lograría un alto cargo administrativo, para dedicarse a las especulaciones políticas y económicas. A sí lo exteriorizó en su misiva a Carlos Soublette y Pedro Briceño Méndez cuando les escribió desde Pore el 12 de febrero de 1819: “¿Cuándo escribiré a ustedes noticias gordas y siquiera un par de victorias?”.

En su tránsito a Casanare se puso en evidencia un hecho protuberante. Santander y Páez se odian pero se comprenden. Se detestan, pero parece que intuyeran que se necesitarán más adelante. Cada uno en lo suyo. Páez es el hombre de la rusticidad, y Santander, como señala el filósofo Fernando González:

“es avaro, pero sabe manejar el dinero para su política (...) En su cuartel general está latente la conspiración de 1828. Le rodean los financistas averiados, abogados y conspiradores: los Sotos, Azueros, Arrublas, González, Obandos y Flores, y hasta Mariano Ospina Rodríguez, gatean por Casanare.”

Todo aquel que surgiera como posible rival en su camino hacia el poder, sufría la furibunda arremetida del “hombre de las leyes”. Su arribismo lo condicionó a optar una actitud totalitaria contra sus adversarios, así hubieran sido sus amigos hasta la víspera. Al comprender que la vicepresidencia tenía que ser forzosamente para un granadino destacado, se convirtió en enemigo de Francisco Antonio Zea, quien, además, había tenido la insolencia de criticar el fusilamiento de Barreiro y sus 39 oficiales prisioneros en Bogotá. Y, sobre todo, se ensañó contra Antonio Nariño, a quien veía como el más peligroso rival por sus méritos y el prestigio como intelectual y como patriota.

Santander sabía que Nariño era muy superior a él, y trató de utilizar al Libertador para anonadarlo: le escribió diciéndole que:

“Nariño estaba convertido en un vulgar intrigante, instigador del caos y propulsor del sistema federal; que es además desmedidamente ambicioso y perverso, pretextos para enervar los ánimos y crear un estado de inestabilidad social que luego justificara pronunciamientos militares, intrigas en el Congreso y confusiones en las mismas órdenes de este cuerpo.”

La prensa, que era controlada férreamente por él, y apoyada con dineros del Estado, enfiló sus baterías contra todos sus adversarios. Con ella destrozó a Páez y cultivó el terreno para beneficio de los separatistas. Con ella hizo trizas la reputación del Libertador y trazó la senda de todos los conspiradores:

“con desbordados ataques, mediante panfletos y libelos, indujo al suicidio al prócer granadino Antonio Nariño. Se burló de todos los congresistas venezolanos y (...) dio lugar a la odiosa división entre venezolanos y granadinos, que hasta hoy se ha prolongado.”

La historiografía oficial ha ocultado maliciosamente la naturaleza de las contradicciones reales entre Bolívar y Santander, afirmando que éstas radican en el Proyecto Constitucional para Bolivia, que puso de manifiesto las hondas diferencias de “principios políticos”, entre un Bolívar que se inclinaba hacia el despotismo, y un Santander que fue celoso guardián de la civilidad democrática. Versión que es absolutamente falsa. Santander fue enemigo declarado de las grandes reivindicaciones sociales que defendió el Libertador, y fue enemigo recalcitrante de las libertades políticas, hasta el extremo de decretar la pena de muerte contra sus contradictores políticos. Fue muy notorio y ampliamente conocido que el general Santander no podía aceptar, ni siquiera en el terreno de las ideas, que Sucre, quien era una potencia ética y política, pudiera relegarlo a un tercer plano, como deseaba hacerlo el Libertador:

“En Colombia —escribe Santander—, no hay comisión ni destino que pueda halagarme, sino la Presidencia de la República inmediatamente después de que la deje el general Bolívar”.

3.4 Santander: artífice de la destrucción de Colombia

Los hechos de la historia son así: tozudos, inapelables, no importa las retorcidas que quieran hacerse en su interpretación. La República de Colombia fue obra del Ejército Libertador bajo la inspirada dirección de Simón Bolívar. Su destrucción fue causada por el arribismo y las apetencias corrosivas de una pandilla oligárquica cuyo “héroe” es Francisco de Paula Santander, padre del conservadurismo y del liberalismo y fundador del terrorismo como política de Estado.

“La fragmentación nacional –como escribe Jaime Caicedo– arrastró consigo fenómenos como la descomposición de cuadros militares superiores, la asimilación de muchos de ellos a las posiciones del latifundio criollista tradicional local, el desplazamiento de la pequeña burguesía intelectual hacia el radicalismo antibolivarista.”

Uno de los puntos coyunturales que marcó la crisis irreversible de la Gran Colombia fue, sin duda alguna, la brutal ejecución de Leonardo Infante, violando los más claros principios legales. Santander odiaba soterradamente a los llaneros, sobre todo si eran venezolanos y más todavía si habían protagonizado algún incidente desagradable que lo involucraran personalmente a él. El fusilamiento de Infante fue certeramente considerado como un “acto de venganza” del “hombre de las leyes”, cuyas repercusiones fueron extremadamente nocivas, que dieron más fuerza a los argumentos de los separatistas venezolanos.

“Como se recordará durante la batalla de Boyacá, Leonardo Infante toma por la pechera a Santander, quien durante el combate se ha ido a esconderse debajo de un puente. Le grita el bravo llanero venezolano que salga a ganarse sus charreteras como lo están haciendo el general Anzoátegui y demás patriotas, exponiendo su pellejo.”

Santander no podía olvidar a Infante, que fue uno de esos llaneros que lo apodaron con intención burlona el “soldado de pluma”. Presionó entonces al más alto tribunal de justicia para que condenara a muerte al atrevido Infante, y destituyó al magistrado Miguel Peña, porque éste había planteado que el proceso que se adelantaba contra el patriota llanero, era esencialmente ilegal y parecía más bien una retaliación

política. Y el mismo Santander forzó al tribunal para que admitiera una necia y ridícula acusación contra el general Páez, con la pretensión de que éste viniera a someterse a juicio a Bogotá, lo que, en palabras del “hombre de las leyes”: “no es más que una friolera”.

Las consecuencias de estos actos fueron desastrosas, porque no solamente destruyeron a Colombia, sino que obligaron a Bolívar a interrumpir sus grandes proyectos en el Sur, para enfrentarlo a Páez, lo que generó profundas contradicciones políticas entre granadinos y venezolanos. Ese mismo tribunal convertido en un aparato al servicio de la política de Santander, que ejecutó a Infante y condenó a Páez, será el mismo que:

“cuando lleguen a Bogotá las pruebas para condenar a José María Obando y a José Hilario López, por ser los autores intelectuales del asesinato de Antonio José de Sucre, los absolverá y exculpará de todo delito”.

El “hombre de las leyes” legó a la prosperidad, entre los muchos lastres, el “terror frío de la legalidad”, como lo indica Rafael Pocaterra:

“La herencia escueta, firme y formal, del señor padre nuestro don Francisco de Paula Santander: el genio asimilador de los buenos modales, señor de las fastuosas urbes, creador de la rapiña que viene del procedimiento legal de la última prórroga, del picapleitos al servicio del agio por ese grupo sórdido de rúbulas, inteligentes, guarduñas, estudiosos, aguzando las garras en los dorsos de los tratados de Derecho, husmeadores de la desgracia, del escándalo, de la demanda miserable... usando el derecho de propiedad como una ganzúa. Ladillas nacidas entre la ingle del Código de Procedimiento, y con los años y un empujón político envejecen como honorables juriconsultos, honra del Foro, y podridos de dinero...”

Santander controlaba, pues, el poder judicial, lo mismo que el poder legislativo, y utilizó éste para sus mezquindades más aberrantes, como cuando consiguió que protegiera a José Bustamante, el militar venal que encabezó la insubordinación de tropas colombianas en el Perú. Y, como un complemento perfecto, para manipular la opinión pública, monopolizó la prensa que era, realmente, una poderosa arma de agresión.

Sant Roz anota acertadamente la indiscutible destreza politiquera del “hombre de las leyes”, calificándolo como el más sagaz “hombre de las trampas”, y concluye:

“Santander y José María Obando, junto con Páez, Soto, Azuero y Guzmán Blanco, fueron representantes de la viveza de partido. Obando refiriéndose a Páez, escribía a Santander: ‘¡Qué grande es ese gobierno de Venezuela, donde se encuentran nuestros idénticos amigos!’. En otras palabras, ‘qué partida de vivos, nosotros, que nos hemos repartido el país según nuestros intereses personales y particulares apetencias’...”

A sus conceptos mañosos de “libertad”, “sociedad civil”, “legalidad” y “democracia”, Santander agregó con gran inteligencia la “viveza” trampera que desvirtúa el ejercicio de la política y la convierte en instrumento al servicio de sus apetitos particulares.

“Sébase que después de que Páez se apropió de Venezuela, Santander de la Nueva Granada y Flores de Ecuador, Obando quería formar un cuarto estado con Pasto, el Cauca, Antioquia y la banda occidental del Magdalena”.

“El triunfo de Santander sobre Bolívar –como lo señala Sant Roz–, representó la causa de todas nuestras miserias políticas: es el triunfo del pícaro sobre el hombre honrado y estudioso; el triunfo de las intrigas y las facciones sobre la prudencia; el triunfo del papeleo contra la disciplina creadora; de la burocracia infernal contra el trabajo; de la ciudad contra el campo; de la trampa contra la ingenuidad; de los partidos contra la individualidad creadora; de la razón sobre el corazón; de la tecnología bastarda y absurda, destructora, sucia y ensordecedora, sobre la ciencia y el humanismo”.

También legó el crimen como recurso y como método de hacer “política”. Suscribe con Sant Roz su manifestación incontrastable:

“Como no tenía coraje como militar, Santander buscó apoyo entre los asesinos del Cauca y de Pasto (José María Obando y José Hilario López), quienes luego se pusieron del lado del Perú en la guerra contra su propia patria, y para que no quedase heredero bolivariano en Colombia, luego asesina artera y vilmente a Sucre”.

Tengamos presente que Santander, Florentino González, Francisco Montoya, Vargas Tejada, Francisco Soto y Azuero (todos ellos conspiradores), junto con los Arrublas: Manuel, Antonio y Juancho (los mismos que Córdoba recomendó a Henderson y Harrison), suspiraban con una emoción inefable con las lecturas de la filosofía utilitarista de Jeremías Bentham, especialmente de su obra *La defensa de la usura...*

“Estos personajes eran íntimos amigos, ultra-solidarios con el proyecto mercenario y liberal de don Francisco de Paula. Además los unían otros negocios: éstos habían propuesto a Santander conformar una compañía para controlar el canal de Panamá, y estaban ya metidos y moviendo el asunto mercantil y los mandó al carajo”.

Bolívar, que veía a Panamá como la región más promisoría de toda Colombia, había pensado en la construcción de un canal que uniera los dos océanos y recomendó que se hicieran mapas de la región de los ríos Atrato y Truandó, pensando que sería más práctico hacerlo por el Chocó con ahorro nacional y comprando tecnología a los ingleses, y deseaba ocuparse él mismo de la grande obra, una vez concluida la guerra de independencia en el Perú. Sin embargo, al conocer de las maniobras especulativas que estaban adelantando Santander y sus socios, advirtió que no se podía mezclar el ejercicio como gobernante con especulaciones mercantiles de carácter particular. Bolívar detuvo en ese momento lo que después se volvió regla: la financiación con el dinero público de las especulaciones privadas, cuyas consecuencias son harto conocidas. En ese mismo instante Santander se decepcionó del Libertador, comprendiendo que con él no podría realizar sus negocios. Constató con desagrado que Bolívar *“tenía entre ceja y ceja liberar los esclavos y acabar con la única mano de obra que había en las haciendas”* y que insistía en la *“obsesión de hacer aprobar leyes protectoras de los indígenas y del ambiente e impedir la voraz especulación que en el sistema liberal representa la esencia del progreso”*.

Al considerar que siendo Bolívar el presidente de la Gran Colombia, la vicepresidencia le sería encomendada a un “eminente granadino” y, por una afortunada circunstancia había nacido en Cúcuta, en límites con Venezuela, lo que evitó que fuera superado por muchos líderes políticos y militares de ese país, que eran muy superiores a él. Por lo

tanto, su política se concretó en reducir a sus adversarios políticos granadinos que podrían eclipsarlo, como fue el caso de don Antonio Nariño. Esa manía de querer mandar a toda costa bien pronto provocó las grandes conmociones internas de Colombia, convirtiéndolo en el artífice principal de la desmembración de la Gran República. Santander encendió el país en medio de una gran tirantez extrema contra quienes intentaron enfrentar su férreo poder. Hizo uso de la violencia y de la guerra para consolidar su dominio. El sectarismo absoluto fue su verdadera ley: fuera de su camarilla no había salvación, los contradictores tenían que ser eliminados. Prohibió toda alternativa o controversia. Ningún bolivariano tenía opción de participar en el gobierno. Después de muerto el Libertador, cuando fue instalado en la presidencia de la República, gobernó a sus anchas y arreció las persecuciones políticas a partir de 1831. No obstante, en 1839 se presentó una situación imprevista: se eligió un gobierno que no era antibolivariano, derrotando a los favoritos de Santander, lo que no se podía tolerar, según el “hombre de las leyes”. El titular del nuevo gobierno era José Ignacio Márquez, que desertado de las filas del santanderismo, había derrotado a José María Obando. El haber ignorado las reglas impositivas de Santander le iba a costar muy caro a Márquez y a lo que había quedado de la Nueva Granada, pues el santanderismo había borrado el nombre de Colombia que nos dio el Libertador, cambiándolo por el rótulo que nos había impuesto el rey de España. Al emplear todos los recursos para derrocar a Márquez, se apoyó en los asesinos de Sucre (José María Obando, Juan Gregorio Sarria, Antonio Mariano Álvarez, José Eraso y Apolinar Morillo) y convirtió el país en un teatro de guerra que, iniciada en Pasto y en el Cauca, tenía como objeto destruir el gobierno legítimo de José Ignacio Márquez. Para ello, sin perturbarse ante la sangre derramada y el desgarramiento de la nación, exigió la amnistía total para sus amigos liberticidas.

Hay que comprender que los sujetos que habían asesinado al Gran Mariscal de Ayacucho eran los paramilitares de la época, y Santander, como es lógico, quería ponerlos a salvo. Como ocurre hoy mismo.

Si en 1832 pudo imponer que el Congreso dictara una ley especial para proteger a los asesinos de Sucre con el OLVIDO, en 1839 insistió para que esos mismos asesinos y terroristas, que se habían levantado en armas contra el gobierno legítimo, obtuvieran el beneficio de una ley

de amnistía total. En cambio, como lo hace ver el historiador venezolano José Sant Roz:

“...todo el mundo recordará, todo el mundo menos la historiadora Pilar Moreno de Ángel, que el 2 de marzo de 1832, cuando el Congreso de la Nueva Granada se reunió para considerar un decreto de amnistía, en un estado de hondo dolor, para con los comprometidos en la famosa conspiración del general Sardá, Santander se opuso por todos los medios de que disponía”.

La diferencia era muy clara: Sardá era un bolivariano que había acompañado al Libertador hasta la hora de su muerte. Es evidente que no hay ninguna diferencia esencial con lo que ocurre hoy en Colombia, cuando el gobierno extradita guerrilleros al mismo tiempo que reclama la protección a los paramilitares, olvidándose de sus masacres y motosierras ensangrentadas. Por eso es apenas lógico que el presidente Álvaro Uribe Vélez se haya empeñado hoy de reivindicar a Santander, pretendiendo que veamos en éste el paradigma de Colombia. A propósito del “hombre de las leyes”, veamos cómo lo enfrentó el coronel Eusebio Borrero, Secretario del Interior del gobierno de Márquez:

“Bajo la administración del doctor Márquez ha habido revoluciones en Vélez, Timbío y Pasto, y descontentos en todas las provincias, luego, la administración del señor Márquez es responsable de estas revoluciones y de este descontento. ¡Qué lógica! Apliquémosla a otros hechos. Bajo la administración del general Santander en tiempo de Colombia se sublevó Pasto en diciembre de 1822 y en junio de 1823, y hubo conspiraciones en Tunja y aquí en 1833, y descontentos en todas las provincias; luego, la administración del general Santander es responsable de aquellas revoluciones y de aquel descontento. Este es, señor Presidente, el abismo a donde conducen los falsos raciocinios, y lo son siempre todos los que forman el espíritu de partido. Yo no encuentro diferencia alguna entre las perturbaciones de 1833 y las de 1840; oficiales, jefes y generales han estado entre los segundos; por manera que el general Obando es el Sardá de la administración del general Santander. Sin embargo, han debido ser fusilados los primeros; salvados y aun aplaudidos los

segundos. Por más que me empeño en hallar la rectitud y consecuencia de esta idea, yo no puedo menos que traducirla de este modo. Los perturbadores de 1833 han debido sufrir la pena de muerte porque conspiraron contra la administración del general Santander, que era útil y querida de los que opinaron así; los facciosos de 1840 deben ser salvados y aprobados porque han conspirado contra la administración del señor Márquez que es inútil y aborrecida de los que opinan de esta manera. Se dirá que las revoluciones de 1840 han progresado más que las de 1833; verdad es; y la razón es bien obvia; porque aquellas fueron reprimidas con la severidad de la ley y éstas alentadas con indultos. Así que la amnistía que se discute es para mí una sanción de las revoluciones presentes y un semillero de las futuras, y no quiera Dios que ésta sea la intención de los que la sostienen”.

Estima el coronel Borrero lo absurda que resulta la incongruencia del santanderismo:

“Se ha aducido el principio de Constant de que los muertos sí hablan; y yo pregunto: ¿han hablado los 17 que ensangrentaron otros tantos patíbulos en 1833? ¿O el principio es de 1840, y falso entonces cuando estaba más cerca de su origen?”.

Y como si estuviera describiendo una matanza contra miembros de la Unión Patriótica en la Colombia de hoy, el coronel Borrero estruja a Santander:

“Yo no tuve la perfidia de mandar asesinos a la casa de estos desgraciados –los que se alzaron con Sardá y Sardá mismo– para que los matasen fingiéndose de su partido, como se hizo aquí en 1834; yo no di orden al comandante de una escolta que llevaba preso a un individuo para que, suponiendo que quería escaparse, lo asesinaron por la espalda, como sucedió aquí con el señor Mariano París”.

El mismo Lino de Pombo, tan allegado que había sido a los círculos santanderistas, enunció con ardentía la criminal conjura contra el gobierno de Márquez:

“¿Quiénes son estos señores y cuál es su causa, cuáles son sus principios para que puedan merecer el que la Legislatura los contemple y se ocupe de impartirles un acto solemne de su clemencia? Esos señores no solo son reos del crimen, y de los asesinatos y robos cometidos en el último año, sino de más de cien muertes ejecutadas a sangre fría antes de esta rebelión, de infinidad de robos; y de toda clase de maldades, pues están habituados al crimen como yo lo estoy a ser hombre de bien, y ni con indultos ni de otro modo se logrará que dejen de ser unos facinerosos insignes.

“No señor, las opiniones o los hechos de estos señores no representan nada en política: representarán solamente cierto número de garrotes, lanzas y fusiles, así como un tigre solo representa su fuerza y su ferocidad, y solo como a tigre puede tratárseles, alimentándose de sangre. Del seno de la llamada oposición han salido todos los caudillos, todos los promovedores activos de las rebeliones que deploramos.

“Hay que reconocer además que ese partido que solicita amnistía a favor de los golpistas no está dispuesto a concedérsela jamás al partido contrario: ese partido nunca nos perdonará a la nación que se le haya arrebatado el poder de las manos, nunca transigirán con nosotros, el día que triunfen nos ahorcarán; y aunque yo estoy siempre y he estado por medidas de paz y de humanidad, no estoy porque se les aliente con la idea de la impunidad absoluta. Ese partido se ha creído de mucho tiempo atrás el poseedor exclusivo del saber, del patriotismo, de las virtudes, y nos ha considerado a nosotros, a los que sostenemos al Gobierno, como receptáculo y la piscina de todo lo malo, como bolivarianos, como retrógrados, serviles, venales, malvados, en fin: así por lo menos han estado pregonándolo, y lo pregonan los que en ese partido llevan la pluma y aun la voz. Repito que nos ahorcan el día en que logren triunfar. Nótese por las representaciones mismas que ayer se han leído aquí, la arrogancia y el deseo de venganza que manifiestan: solicitan para ellos perdón y olvido, y acusaciones, castigo ejemplar para el Presidente de la República, para los miembros y los amigos de la administración: si así se expresan al reclamar indulgencia, ¿cómo obrarán de haberla obtenido?”

Indignado contra la declaración de amnistía total, perdón y olvido que Santander propone a favor de tan impenitentes criminales, el diputado Manuel María Mallarino denunció el caso de Noriega (otro de los asesinos de Sucre), y fijó su criterio:

“Habiendo sido indultados los insurrectos de Pasto y Vélez, no queda ya sino Noguera solo, a quien no se le haya impartido esta gracia por nuestra desventura tan pródigamente. Y la República, irá a conceder a Noguera, el defensor jurado de Fernando VII, que ignora lo que es el Congreso, ¿y no sabe ni quiere más que defender a Fernando? ¿Le irá a ofrecer la Nación, desangrándose con tal paso, a un hombre que está cubierto de crímenes, que asalta en los caminos y que roba y asesina? Si sobre ese hombre solo va a recaer el indulto, tampoco será medio de terminar la guerra, pues él no lo aceptará. Balas y distancia es el remedio para tal hombre, y solo la distancia o las balas el recurso que con él nos queda; debiéndose únicamente de procurar destruirlo”.

El último discurso de Santander fue el 31 de marzo de 1840, insistiendo ante la Cámara para que estableciera el indulto general a favor de sus forajidos copartidarios y lo hizo con una argumentación deplorable:

“Estando todavía los facciosos con las armas en la mano sería una injusticia irritante y escandalosa excluirlos de un indulto que debe tener el carácter de general. Enhorabuena que Noguera sea un hombre torpe, de la ínfima clase del pueblo, que no sepa leer y escribir, que sea un bandolero, etc. Pizarro tampoco sabía leer y escribir y conquistó al Perú. Y ¿cómo es que después de la batalla de Buesaco y de la humana y generosa conducta del general Herrán, y de que se había anunciado en los periódicos del Gobierno haber quedado completamente pacificada la provincia de Pasto, cómo es, pregunto, que se aparece Noguera con 400 o 600 hombres, que sufre treinta o cuarenta derrotas, que crece y multiplica su gente, y que obliga a nuestro jefe de operaciones a pedir con instancia nuevos refuerzos de tropa y elementos de guerra? Esto no puede explicarse y en vano se decretan aquí sentencias de muerte contra los caudillos de la facción de Pasto, si no pueden vencer las grandes dificultades

que se encuentran para prenderlos... De ninguna manera simpatizo con las revoluciones y yo sé que no es con leyes que se destierran las preocupaciones ni que se engendran buenas ideas en el pueblo”.

“¡Ese es el “hombre de las leyes”! El mismo que desde Nueva York, el 13 de noviembre de 1831, escribía a Azuero: "Una excelente ley para conspiradores es necesaria. No olviden ustedes que el Ejército y el pueblo están relajados, y que es menester templar los resortes y hacer que las leyes vuelvan a tomar fuerza y vigor”.

Está claro que el régimen santanderista fue de terror. Nunca pudo refutar los cargos que se le hacían por los crímenes políticos cometidos bajo su mandato y no se dignó responder sobre ello en los debates. Tal como lo revela Sant Roz:

“verdad es que si Santander no hubiese tenido culpa alguna en el asesinato de don Mariano París, él, que tanto se preciaba de subrayar que la ley era inexorable, ¿por qué no hizo absolutamente nada para castigar a los culpables de este aparatoso crimen?.”

Santander mantenía una lista negra que registraba minuciosamente a quienes eran conocidos por su lealtad con el Libertador. Y con base en esa lista ordenó que borrarán del escalafón militar a todos los bolivarianos, y dio la orden para que asesinaran al joven oficial Manuel Anguiano. Después a don Pepe Serna y muchos otros que sufrieron la pena de muerte, o el destierro, como Peru De Lacroix, a quien separaron de su mujer y sus hijos, que eran colombianos, y lo persiguieron hasta que se suicidó en una humilde pensión de París. El historiador Tomás Rueda Vargas, conocido hombre de academia que admiró a Santander, no pudo negar que éste “no supo entonces... medir su severidad, que degeneró en violencia”.

Cuenta el general Posada Gutiérrez que en los debates previos sobre la imposición de la pena de muerte, éstas fueron las personalidades que se destacaron:

“El señor Rafael Mosquera, enemigo de la pena de muerte por delitos políticos. El general José Hilario López la sostenía en todas las ocasiones que ocurrían, lo mismo que el general Santander, el general (José María) Obando y todos prohombres del partido liberal”.

En su vigorosa réplica a Santander y sus seguidores, el general Posada Gutiérrez pone de manifiesto:

“Los predicadores del respeto a la vida entre nosotros son incomprensibles: no quieren que se castigue con la muerte a insignes malhechores... pero admiten, ejecutan y aplauden el asesinato de un hombre inocente, los más de ellos inofensivos, o de algunos valientes que combaten por una causa justa y santa contra los facciosos adueñados del país (...) del poder arbitrario y de la fuerza que el crimen ha puesto en sus manos.”

Hay que tener presente la impopularidad que distinguió el régimen santanderista, que solo pudo sostenerse en el poder por la fuerza del crimen y del terror. No obstante, a pesar de esta verdad, la historiadora de la Academia Colombiana de Historia, doña Pilar Moreno de Ángel, tuvo la osadía de escribir que “el hombre de las leyes” el falso héroe nacional “durante sus últimos días mantuvo su grandeza y soportó estoicamente sus grandes padecimientos”.

3.5 La subversión de los valores humanos

Siendo Santander el as del disimulo y de la alevosía, es explicable encontrar en él la más notable subversión de los valores humanos en su comportamiento individual y social, fundando la supremacía de la apariencia sobre la esencia, de donde resulta un culto idolátrico por las formalidades, relegando las realidades a un plano secundario e incluso negándolas. Un culto en que lo meramente superficial pasa por encima del significado trascendental e intrínseco de las personas y las cosas. Su ideal del Estado resultó ser una idealización dogmática de la tesis de Bentham. Es decir, Santander deseaba un Estado de apariencia democrática, que encubriera su verdadera esencia antipopular y despótica. A nombre del liberalismo, él y sus seguidores, consagraban la usura, la prepotencia de los magnates, la libertad de comercio y el dogma absoluto de la “intocabilidad de la propiedad privada”.

El secreto más irresistible de su liberalismo, es que las mercancías pueden ser libres pero los hombres no. Con tal de que rigiera la libertad de comercio, no importaba que los pueblos no tuvieran libertad. Su máxima preocupación era, como ocurre hoy en Colombia, “cuidar la imagen” del Estado, sin que importara su naturaleza esencial y verdadera. Por eso el filósofo Fernando González decía que el “hombre de las leyes” era el arquetipo de la simulación: no tenía cara sino careta.

Lo que llaman “*democracia*” en Colombia es obra del “hombre de las leyes” que desprecia la voluntad nacional. Y los políticos que la rigen, en medio de esa promiscuidad liberal-conservadora, parecen clonados por su “paradigma”, el héroe oficial de la oligarquía dominante. Es comprensible que las academias de historia, concebidas como aparatos de la superestructura tengan funcionarios empeñados en sublimar la significación de su ideólogo, como es el caso de doña Pilar Moreno de Ángel. La destacada académica afirma sin ruborizarse que gracias a Santander, la democracia colombiana es una de las más sólidas. Encontrar “*democracia*” y “*grandeza*” donde lo que hay es opresión y mezquindad, es algo verdaderamente asombroso. Al comparar a Bolívar con Santander en el instante supremo de la muerte, el historiador Sant Roz sostiene que:

“será siempre un misterio el que el hombre de las leyes, cuando más estaba llamado (como en su momento el Libertador) a pedir unión y calma a los partidos, con su atroz silencio y su decidido apoyo no solo a Obando sino también a los revoltosos de Pasto con Noguera a la cabeza, actuó como Luis XV: ‘Después de mí el diluvio’”.

Con todo el respeto que me inspira el historiador venezolano, cuya obra aprecio sinceramente, me permito señalar el contenido erróneo de su apreciación. Cuando la mezquindad es la característica del hombre, es ingenuo esperar que protagonice un acto de naturaleza generosa y sublime. La grandeza de alma es atributo del verdadero héroe, en tanto que es propio del hombre ruin y sórdido morir enterrado en sus propios rencores.

En cambio es enteramente correcto y certero su enfoque cuando recalca:

“¡Qué aciago delirio padecería mientras describía su existencia a través de su testamento, de sus *Memorias* y demás documentos personales! ¡Qué esfuerzo para que se viera que no era avaro! ¡Luchar contra los demonios de sus propias acciones para hacer ver que nunca había sido mentiroso, desleal, sanguinario, vengativo, tacaño, ambicioso, rencoroso y cruel!”.

Páez, por lo menos, era un bruto. Su inteligencia era puramente instintiva y telúrica: no la llevaba en el cerebro sino en la orina del potro en su lanza. Y como bruto, algo de inocencia iba con él: por eso lloró su traición al Libertador. Francisco de Paula Santander no era inocente. Lo suyo era el cálculo maquiavélico y egoísta: liberal-conservador, católico, adalid del pensamiento único, fundamentalista de la usura, cancerbero del utilitarismo, campeón de las apariencias, padre del clientelismo, fundador de la *cacocracia*, artificioso, hipócrita y ladino, fue, lógicamente, la antítesis absoluta de lo que representa y entraña el Libertador Simón Bolívar. Santander es, en suma, el paradigma del hombre como no debiera ser. Para Bolívar el hombre “como debiera ser” está en “*El Quijote*”. El “hombre de las leyes”, en cambio, es su opuesto.

“Su farsa le costó a la América Latina la destrucción de su identidad por varios siglos, porque América acabó asumiendo la pose Santander y nos convertimos en adoradores del becerro de oro de los gringos”.

Con Santander ocurre lo mismo que con Francisco Antonio Zea. El primero es el paradigma del Estado para los hombres “de bien”, el habilidoso manipulador de las leyes, la “imagen” del civilista “democrático”, aunque la realidad cruda lo acusa como furioso enemigo de las reivindicaciones y libertades del pueblo. El segundo es, según la Universidad de Antioquia, un paradigma de la moral, aunque sus deshonestos manejos con la deuda pública hubiesen postrado a la República, porque, como lo justifica esa importante entidad docente, reunía en su tiempo méritos académicos que no eran comunes en la mayoría de los criollos. Para el Libertador el hombre es entero: de nada sirve un depósito de sabiduría si no tiene moral, ni honestidad. Y no basta con aparentarlo sino con serlo. Santander, por ejemplo:

“se cuidaba mucho de ‘el qué dirán’: Mientras tuvo amores con Nicolasa Ibáñez, durante más de diez años, fue un artista, disimulándolo. La recibía a escondidas. En cambio, Bolívar fue franco y directo en su relación con Manuelita Sáenz”.

Mientras Manuela fue para Bolívar su “adorada loca” y la exaltó como “la Libertadora del Libertador”, Nicolasa Ibáñez:

“procuró mantener las normas que exigía la rígida etiqueta social (porque Francisco de Paula se lo exigía), y tenía que vivir entre la mentira y la humillación: vivía tras los biombos que se montaban en palacio para llevar a cabo los encuentros furtivos, pues así como en lo maquiavélico, también Santander había heredado del Renacimiento el placer del pecado que se goza a escondidas. De modo que él, su liberalismo era también disimulo como ciertos izquierdistas venezolanos, que cuando Chávez dio paso hacia las grandes y crudas reformas del Estado, afloraron en ellos sus rancios pruritos pequeño burgueses y se apartaron amistades”.

Santander había estudiado primero para ser cura y luego incursionó en el derecho. Por consiguiente, como lo expone Fernando González, aprendió a:

“fingir vocación, actitudes compungidas, devotas (...) Durante cinco años Francisco de Paula Santander simula y obtiene. Se confiesa...

La confesión, como práctica rutinaria que nos conquista el aprecio social, convierte al hombre en simulador: aprende a ejecutar y a tapar el acto con la actitud. Pervierte la conciencia. El sacristán, por ejemplo, es gran ladrón, depravado sexual, y adquiere cara y modales de santo: queremos decir de santo de palo, de esos íconos pálidos, llorosos, compungidos y ojibajos que sacan en las procesiones. ¿Por qué el sacristán no mira de frente? Esto es el ambiente de seminario...

“Santander era de suyo de inteligencia hábil y mimética, y en ese seminario aprendió que el pecado se tapa con una actitud y que ésta produce éxito social. Aprendió a reprimirse en público, y a ejecutar en soledad y a tapar con actitudes: el gran cómico...

En la Nueva Granada todos eran hijos de seminarios y rúbulas. El cura y el rúbula son primos hermanos. Es evidente que los conventos y las leyes florecen en las tierras altas y frías de los Andes. La región poblada de la Nueva Granada era el lomo andino: ciudades aisladas y frías; frailejón, lana, hábitos tales, clérigos de visita en las casas, vírgenes coloradas y arropadas, señores de mucho ropaje y leyes, escasa luz, iglesias sombrías, confesionarios en rincones... ¿No seremos todos descendientes de curas? Por lo menos todos somos doctores otra que, mitad canónicos y mitad civiles, confesionario y congreso. Voltaire un día y el Reverendo Padre al otro. La Nueva Granada olía toda ella a hijo de dañado y punible ayuntamiento.

Ambos, el cura y el rúbula, distinguen, tapan y simulan”.

Y esa asimilación es doblez, como lo observara en síntesis genial el gran poeta cartagenero Luis Carlos López, cuando en su verso retrata a ese liberal que “oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire”.

“En esos azarosos goces, Santander practicaba un extraño puritanismo que lo llevó a contraer nupcias con una joven idéntica a una monja. Vestía como una monja, rezaba cuatro o cinco veces al día y no salía de su casa sino para la iglesia. Es decir, a Santander le interesaba sobremanera que la fachada pública de su existencia fuera, a los ojos de la humanidad, de la historia, un dechado de rectitud republicana, aunque por dentro rebosara de osamentas; irreprochable, de acuerdo con la carta ciudadana, en la que él se consideraba el mejor dotado representante de las clases hidalgas y cultas de América”.

Al salir del seminario se hizo perito en rabulerías y luego, entre los masones, adoptó el gusto por lo esotérico y se hizo señor de la penumbra...

“Cada ser se encuentra en la vida indefectiblemente con aquellas circunstancias precisas para el desarrollo de su destino. La política de Santander será siempre de club, de secreto, de anónimos. En su oscura senda le acompañarán los HH Francisco Soto, Florentino González, Vargas Tejada, Vicente Azuero, los Lleras... y ¡el puñal no se hallará! ¿Qué se hizo el empréstito de 1824?...”.

“En cuanto a las leyes vemos a don Francisco dirigir sus clamores, sus testimonios de lucha y ardores, en implorantes ruegos de comprensión a las generaciones futuras. Don Francisco escribía pensando en el futuro. Fue en esto un verdadero artista, pues no dejaba un momento de repetir sus prácticas de comediante turbado por la vanidad, como si el Universo fuera un espejo en el cual se mirase constantemente... Tenía en este sentido un don excepcional: era capaz de reflejarse en la historia, y al mismo tiempo, sobre la marcha, hacer los retoques necesarios para aparecer siempre como lo que disimulaba ser”.

Coincidiendo en este enfoque con Fernando González y José Sant Roz:

“ya era claro para Santander que con la filosofía del liberalismo, para fundar un partido no hacía falta ideología. Podría echarse mano de cualquiera, sobre todo, poner por delante los sagrados deberes del cristianismo, que en el fondo la fuerza estaba en el capital, en los capitalistas. El voto era una farsa, la democracia y participación eran otra farsa, y lo que realmente contaba para transformar positivamente a las naciones era el poder mercantilista, los banqueros, los ricos”.

Cuando Fernando González publicó su libro sobre Santander, la oligarquía colombiana montó en cólera y el gobierno decomisó la edición. En su excelente obra el filósofo antioqueño quitó el velo:

“Como Santander es un falso héroe nacional, el propósito de este libro es destaparlo. Colombia, guiada por él y sus hijos, que hoy nos gobiernan, va por torcido y oscuro camino que conduce a la enajenación de almas y tierra, cielo, mar y subsuelo. Un instinto poderoso, atracción por la verdad, nos guía en esta obra. Ella sería antipatriótica si realmente el Mayor Santander fuera “representativo” de los colombianos que poblamos este territorio. Pero no lo es, y es preciso destaparlo, para que la juventud le evite”.

Santander, como él mismo lo manifestara, ansiaba “siquiera un par de victorias” y aprovecharlas para ascender al más alto rango de la nueva burocracia. Su impulso era:

“libertar la Nueva Granada y gobernar tras el escudo de las leyes y la intriga electoral. La democracia electorera fue la altura a que parece haber remontado el general Santander. Páez no alcanzó a ver sino la independencia del Apure, como su latifundio; sus energías vitales no daban para más”.

“Los “héroes nacionales” son hombres de fronteras y son frecuentemente el peso conservador en el proceso de la historia. En cambio “Bolívar es el Libertador” lo cual significa quebrantador de fronteras: formas históricas y psíquicas... ¿Cuál fue y es el impulso bolivariano? Libertar todo el Continente; unificarlo, y unirlo a los otros; Panamá, centro de confederación universal; influir en el mundo entero; crear nuevas formas universales”.

El eclecticismo muy particular de Santander buscaba que todo confluyera en apoyo a sus ambiciones egoístas, configurando, en resumen, el prototipo acabado de ese sujeto que en la antigüedad, Jesucristo fustigaba como fariseo, que era el miembro de una sectajudía que fingía rigor y austeridad: sinónimo de hombre hipócrita y taimado. Fariseo y sectario, tras su discurso del 31 de marzo de 1840 ante el Congreso granadino, Santander tuvo que ser llevado en silla de manos a su casa, presa de un marasmo del que nunca pudo recuperarse.

Durante su gobierno, desde 1831, nadie podía atreverse a criticarlo. ¡Para eso había hecho leyes contra sus adversarios! Pero ahora, en 1840, bajo el gobierno de Márquez, ¡qué insolencia!, osaban enrostrarle en pleno congreso el carácter terrorista y arbitrario de su gobierno, y se le señalaba como conspirador, y, claro está, esa osadía había golpeado mortalmente la radical soberbia del “hombre de las leyes”. El doctor José Félix Merizalde, que fue el médico que lo atendió en sus últimos días, recogió algunos detalles de sus “tormentosos remordimientos”:

“A las doce del día los síntomas precursores de la muerte aumentaron en número e intensidad y me fue preciso anunciarle que se aproximaba al término fatal. Entonces, elevando los ojos al cielo y dirigiéndose después al crucifijo y a las imágenes de Nuestra Señora de los Dolores y de las

Mercedes, que estaban al frente de su cama, exclamó: *‘Ay, Señor, qué tiempo he perdido, ¡misericordia!, ¡misericordia!’*. Cerró los ojos y permaneció algún tiempo en un profundo letargo, del cual salió levantando las manos al cielo y diciendo: *‘¡No me abandones! ¡No me abandones!’*. Esto lo repitió tres veces. “Al ponerle el doctor Policarpo Jiménez el rosario, con un Lignum Vía que estaba colocado en la cabecera, le dirigió la vista y con cara risueña, le dijo: *‘¡Yo, sé para qué es esto!’*. *‘Le sobrevino una cruel fatiga, pidió la imagen de los Dolores, la abrazó diciendo: “¡Protégeme, consuélame, no me abandones, ten misericordia de mí!”*”.

Así, aferrado a crucifijos e imágenes de vírgenes y santos y rodeado de obispos y de curas, se fue hundiendo Santander en sus propias tinieblas. Deben ser tormentosos y terribles los estertores finales de un fariseo, con su carga de remordimientos y rencores, de incertidumbres y temores que como demonios le despedazan el alma, y con su propia conciencia como inflexible juez acusador.

3.6 La voluntad nacional desvirtuada por el utilitarismo

Una de las características esenciales del liberalismo formulado por ideólogos como Bentham, y sacralizado por caudillos como Santander, es el utilitarismo que desvirtúa la voluntad nacional sometiéndola a los imperativos de la usura, de la libertad de las mercancías y de la explotación voraz del individuo sobre la colectividad. Tergiversando a sí mismo al Estado, tanto por sus finalidades como por su razón de ser y su composición. Si el liberalismo había formulado como estrategia política de las revoluciones burguesas contra el feudalismo medioeval y su poder monárquico y absolutista, los principios republicanos y democráticos, según los cuales el Estado debe ser el órgano pactado por la sociedad libre, y su gobierno el órgano de la voluntad nacional, y que, por lo tanto, las minorías deberían acatar la decisión de las mayorías, y el bien común debe primar sobre los intereses particulares de cualquier grupo, el utilitarismo, a nombre de ese mismo liberalismo, impuso que todo esto tenía que ser a la inversa. Filosóficamente hablando, el liberalismo utilitarista impuso que la libertad de las mercancías es más importante que la libertad del hombre: aquellas deben circular deshaciendo fronteras por todo el

mundo, pero éste no. Y afirmó dogmáticamente que la propiedad es más sagrada que la vida del hombre: aquella es intocable pero éste puede estar sometido a esclavitud y explotación de toda índole. Al promulgar tales principios, convertidos en religión por las oligarquías criollas en Hispanoamérica, caudillos como Santander pudieron llamarse liberales sin dejar de ser partidarios de la esclavitud. Por otra parte, las ideas utilitaristas del liberalismo evangelizado por Bentham “divorciaron lo ético de lo económico y político. Esta es precisamente la razón de la entusiasta acogida dispensada por los especuladores, usureros y mercaderes de nuestros países”, que, como lo hace ver Sant Roz, se sentían aliviados de trabas y de escrúpulos de índole conceptual y moral...

“Difundir entre unos salvajes la idea según la cual 'un hombre roba los fondos públicos, él se enriquece y nadie empobrece porque el perjuicio que hace a los individuos se reduce a partes impalpables', tenía por fuerza que institucionalizar del modo más descarado la delincuencia política”.

Así las cosas, deduce el eminente escritor venezolano:

“no sé qué pensará o hará un inglés fundando sus principios morales en afirmaciones como éstas, pero sí sé qué provecho sacarán de ella nuestros políticos de partido. Pedro Carujo, que no era ningún inculto (conocía a míster Bentham al dedillo, dominaba el latín, el inglés, el francés y escribía con desenvoltura por la prensa), se trastornó con estas ideas. Fue una indigestión terrible que lo llevó a los proyectos más desnaturalizados contra sus propios hermanos”.

De la misma camada de Carujo era Santander, que había introducido a Colombia la cátedra de economía política con los textos de Bentham, al tiempo que se destapaba como el más acérrimo enemigo del proyecto político del Libertador, contra quien escribió después de su muerte: “el gobierno colombiano parece que tiembla todavía delante de Bolívar, que sacrifica la justicia a la política más vil”.

¿En qué consistía esa “vileza” que Santander atribuye a Bolívar?: en que, según palabras del “hombre de las leyes”, el Libertador

“llamaba *voluntad nacional* la expresión tumultuaria y poco libre de algunas poblaciones, y lleno de la idea de que el pueblo es el soberano, que goza de infalibilidad y de un poder omnipotente, daba a estos principios todo el ensanche que convenía a sus miras”.

¡Bentham contra Rousseau! ¡Santander contra Bolívar! ¡La arrogancia de los magnates contra la voluntad nacional! ¡La élite utilitarista contra la soberanía del pueblo!, ¡la reacción contra la revolución!: ahí está dicho todo. Santander insiste en que “la política más vil” es la del Libertador que suele “hablar de la soberanía del pueblo y guardar silencio sobre las libertades individuales”.

Simón Bolívar había afirmado con vehemencia: “yo antepongo siempre la comunidad a los individuos”, como lo ratificó ante Sucre en su misiva que le dirige desde Bogotá el 28 de octubre de 1828. Para Santander ese es un principio inaceptable... Por eso él y sus pupilos consideraron con espanto las palabras del Libertador al regresar a la capital después de la disolución de la Convención de Ocaña:

“La voluntad nacional será mi guía y nada me pondrá retraer de consagrarme a su servicio y de conducir este pueblo a donde él quiera”.

Supongamos que soy Santander: ¿Cómo puedo tolerar yo, el hombre de las leyes que ese, que no es un Libertador sino un tirano, me enrostre con tono insolente: “veo vuestras leyes como Solón, que pensaba que solo servían para enredar a los débiles y de ninguna traba a los fuertes”?

Por eso Santander alertó a sus copartidarios diciéndoles que Bolívar quería provocar “una guerra interior en que ganen los que nada tienen, que siempre son muchos, y que perdamos los que tenemos, que somos pocos”. Para el liberalismo utilitarista tampoco era de buen recibo el postulado que Bolívar consagró en reiteradas oportunidades, y en especial ante los congresos constituyentes de Angostura y de Bolivia, con el manifiesto de que “la soberanía del pueblo es la única autoridad de las naciones”.

Y claro está, el santanderismo, liberal y godo al mismo tiempo, estalló colérico contra el Libertador. Y entonces, en ¿qué queda la soberanía de la persona... y la libertad de la propiedad? ¿Libertar a esos negros esclavos no es atentar contra el orden y la tranquilidad pública? ¿Redimir a esa indiamenta no es levantar “las heces de la sociedad”? ¿Cómo pueden igualarse esos parias y descamisados con los propietarios? Hay que ver los océanos de sangre que la oligarquía liberal conservadora ha derramado en Colombia, defendiendo los “principios” utilitaristas que fueron entronizados como el nuevo evangelio por el “hombre de las leyes” y sus descendientes. Ayer lo hacían a nombre de la Constitución de Cúcuta. Hoy lo hace con el pretexto de ejecutar el “Plan Patriota” de la “seguridad democrática”.

Los mecanismos del macabro “carrusel democrático” que ha desangrado a Colombia se iniciaron a sí: José María Obando y su compinche José Hilario López, que planificaron y ejecutaron el asesinato del *Gran Mariscal de Ayacucho*, fueron galardonados con la silla presidencial por el “hombre de las leyes”. Y, a su vez, impusieron el ascenso de Santander a la presidencia de la ex república de Colombia, a la que le impusieron el de la Nueva Granada que sonaba más colonial. Había razones de mucho peso para que el “hombre de las leyes” prodigara sus afectos a ese binomio facineroso y liberticida. Especialmente candidateando a Obando para la presidencia de la República, ¡“aunque éste hubiera matado a Sucre”!

Santander intentó justificar esta postulación del tenebroso caudillo, como lo manifestó a su oscuro secuaz Vicente Azuero:

“Si Obando no hubiera sido nombrado vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo por los eminentes patriotas de la convención granadina, quizá no estaría hoy por él; pero ya Obando ha gobernado por más de seis meses, no obstante que había servido con los españoles, que había muerto a Sucre, y que tenga los defectos que se le imputan. Eso lo debió haber visto la Convención de 1831 y la Nueva Granada en 1834 cuando le dio votos para vicepresidente junto con usted y con Márquez. Es preciso no ser inconsecuente”.

Si el lector desea establecer a qué ralea pertenecía Vicente Azuero, asesor flamante del “hombre de las leyes”, lo invito a que consulte *Don Dinero en la Independencia* de Arturo Abella, y la *Historia de la Gran Colombia 1819-1830*, de José Manuel Groot. Podría comprender entonces que ninguna nación estará bien cimentada en la fundación de su Estado si consagran figurones de tan despreciable calidad en lo ético, en lo político y en lo humano. Con respecto a las manifestaciones de doña Pilar Moreno de Ángel, que son las mismas que hacen los que ejercen el poder en Colombia, al estimar que gracias a Santander la democracia de este país, “*es una de las más sólidas en América*”, el historiador José Sant Roz apunta, y con toda razón:

“he tratado por todos los medios de ver en qué fundamenta su afirmación, pues me parece que Colombia no ha conocido la paz desde que fue fundada: un país en permanente estado de sitio, en convulsiones que uno no acaba de ver en qué reside la gracia o fortuna de sus instituciones”.

Así es, en efecto, en Colombia no ha habido paz ni democracia desde su fundación. Y como no se puede recuperar lo que no se ha tenido, lo que nos corresponde es demoler esta sanguinaria y anacrónica farsa que llaman “democracia representativa”, y, en su lugar, construir con el pueblo la democracia que nos enseñó el Libertador: una democracia popular, directa y participativa, como expresión orgánica de la libertad social superior. ¿Cómo hacerlo? Entregando al pueblo su soberanía primitiva para que instituya su propio *pacto social*.

La cuestión básica para intentar la democracia consiste en escuchar y acatar la voluntad nacional. Es antidemocrático todo ordenamiento político que se apoye en el desprecio de la voluntad nacional o que pretenda sostenerse mediante el terror y la fuerza. Contrariando a quienes pretenden erigir a Santander como el prototipo del civilista democrático, él solía expresar que “la gente republicana es informal” y declaró su admiración por el Estado que se impone por medio de la violencia: “Páez me parece excelente, porque siquiera le tienen mucho miedo”.

No perdamos de vista que Santander, aunque odiaba al general Páez, lo necesitaba. Era parte decisiva de su estrategia desintegradora de Colombia.

El “León de Apure” era el jefe de los separatistas venezolanos y, por lo tanto, al atentar contra la integridad territorial y política de la (gran) *Colombia*, golpeaba el poder y la autoridad del Libertador. No es simple casualidad que el refinado “hombre de las leyes” le hubiese escrito al rústico “león de Apure:

“Nunca he sido su enemigo. Yo tengo la satisfacción de haberlo defendido a usted en Londres y París cuando han procurado desfigurar sus acciones honrosas por la libertad”.

Para Santander y sus seguidores las masas populares siempre fueron despreciables. Eran, según sus propias palabras, “gente baja”, la “hez de la sociedad”: los indígenas y negros no podían igualarse a la “gente de bien”, y el pueblo todo no era más que “una manada de carneros” como lo definió en París:

“El general Bolívar no sabe cuánto ha perdido en Europa, y a qué punto se ha rebajado su antigua reputación. Hablan de él en las sociedades con escarnio los hombres amigos de la libertad, y con desprecio los que nunca han amado los principios liberales. ¿Qué dice su Washington?, es la pregunta que se hacen frecuentemente. Es un dolor oír y ver estas cosas, porque ellos traen consigo una idea ridícula y despreciable del pueblo colombiano, que se ha dejado conducir como una manada de carneros y ha recibido el yugo dando las gracias a quien se lo imponía”.

Está visto que cuando el santanderismo habla de los “amigos de la libertad”, está refiriéndose a la *libertad de comercio* que es la que les interesa, porque lo que es la libertad del pueblo, de los esclavos o indígenas, no le conviene porque afecta privilegios o puede ir en menoscabo de la propiedad. Y cuando se trata del planteamiento bolivariano de la integración republicana y democrática a nivel continental, para que los pueblos que antes fueron colonias de España fundaran su pacto social y formaran un sólido bloque para defender la independencia recién lograda, el discurso liberal de las oligarquías criollas es solo la repetición del discurso difundido internacionalmente por el imperialismo, especialmente el de Estados Unidos. No puede extrañarse que Santander, al escribir sus *Memorias*, haga la manifestación falaz de que las iniciativas integradoras del Libertador:

“trastornaron su cabeza y le hicieron concebir el proyecto de dominar todos los nuevos Estados de Sur América a expensas de sus libertades y también de su independencia”.

3.7 “No tardarán en buscarse un nuevo amo”

Bolívar pudo descubrir, a su regreso del Perú en 1826, que mientras él y el Ejército guerreaban por la independencia de América, Santander había hecho del Estado una maquinaria atroz, en contra de los intereses de la gran mayoría del pueblo y en contravía de la voluntad nacional, como lo denunció el Libertador en su proclama a los colombianos:

“¡Colombianos!

La voluntad nacional está oprimida por los nuevos pretorianos que se han encargado de dictar la ley al soberano que debieran obedecer. Ellos se han arrogado el derecho de la nación: ellos han violado todos los principios, en fin, las tropas que fueron colombianas, auxiliares al Perú, han vuelto a su patria a establecer un gobierno nuevo y extraño sobre los despojos de la república, que se ultrajan con mayor baldón que nuestros antiguos opresores”.

La acción desintegradora estaba a la vista y sigue estándolo hoy, como se desprende de las palabras de Bolívar:

“Destruída la seguridad y el reposo, únicos anhelos del pueblo, ha sido imposible a la agricultura conservarse siquiera en el deplorable estado en que se hallaba. Su ruina ha cooperado a la de otras especies de industria, desmoralizando el albergue rural, y disminuido los medios de adquirir; todo se ha sumido en la miseria desoladora; y en algunos cantones los ciudadanos han recobrado su independencia primitiva, porque perdidos sus goces nada los liga a la sociedad, y aun se convierten en sus enemigos”.

Al pensar en caudillos como Santander, Rivadavia, Riva Agüero y Guadalupe Victoria no podemos olvidar que eran ambiciosos y prácticos en forma conservadora. Querían ciertamente desalojar a los españoles, pero se consideraban a sí mismos como “españoles nacidos

en América” y su aspiración tenía ese límite: gobernar dejando intactas las relaciones de explotación de la vieja sociedad colonial. O sea que:

“por temperamento tenían más de conservadores que de radicales; más de reformadores que de revolucionarios: creían en la continuidad del desarrollo y no sentían el menor anhelo de romper con el pasado”.

Esos eran sus intereses: el pueblo tenía que seguir siendo explotado y todo lo que se proyectara en planes de redención social, chocaba con esos intereses. Eran, por lo tanto, reaccionarios y anti populares y, por lo mismo, beligerantemente antidemocráticos. Como no podían esperar que el pueblo los acompañara, sus formas organizativas fueron secretas y cerradas para pretender por medio del crimen lo que no alcanzarían nunca con el favor del pueblo. Una muestra de tales organizaciones que funcionaban al estilo de clubes secretos, fue la “sociedad filológica” de Bogotá, que tenía como objetivo asesinar al Libertador, lo mismo que a los generales Antonio José de Sucre y Rafael Urdaneta, entre otros, calculando que alcanzado su propósito pasarían inmediatamente al desmembramiento de la gran *Colombia* “para que cada enano liberal se hiciese con su propia taifa”. Desde entonces la clase dominante ha impuesto en Colombia el crimen como forma de hacer “política”. Sin tener razón en Venezuela era un “cargo de conciencia”, como asegura Sant Roz, en Colombia es un cargo criminal. Si la enfermedad más peculiar bajo los gobiernos de Carlos Andrés Pérez y demás politiqueros derrotados por Chávez es la latromanía, hay que decir que en nuestro país la cacocracia es como un dogma absoluto.

El desenfreno anárquico del llamado “liberalismo radical”, cuya expresión cándida y perturbadora se plasmó en la Constitución de Rionegro en 1863, provocó 40 rebeliones y levantamientos, una guerra nacional, la de 1876-1877 y un caos generalizado. Durante la euforia del federalismo en Antioquia solamente se promulgaron siete constituciones; en el Magdalena, en el mismo período, cuatro; Panamá perdió la cuenta y se conocen las de 1863, 1868, 1873, 1875 y 1881. El Tolima cambió las suyas cuatro veces y en Cundinamarca la situación fue tan variable que no vale la pena llevar la cuenta. Digamos solamente que en los nueve Estados, que entonces hubo hasta 1885, se expidieron como quien receta agua con azúcar, 43 constituciones...

“En 1986, Colombia, con gran orgullo y en medio de una guerra civil, contaba con una Constitución que ya era centenaria. Tenía más de cien años de promulgada, pero no acatada”.

¡Desmanes de Santander!

Y no existían las FARC ni el ELN. Téngase en cuenta este apunte cuando se quiera hablar del origen y de los autores de la violencia en Colombia. Esta hecatombe está certeramente resumida por el pensador Antonio García en su prólogo de la novela *Viento seco*:

“Estamos cosechando la última siembra que han hecho nuestros partidos: en esta sangre derramada, en estos delitos infamantes, en esta crueldad sin castigo, se resume el sentido de nuestra historia partidista. Los verdaderos responsables de este derrumbamiento no son los delincuentes vulgares: es el sistema político que los toma como sus instrumentos, como sus órganos de dominio, que los alienta, que los estimula, que los remunera, que los premia...

“Ahí está el pueblo, en ese subsuelo anónimo, invisible a los ojos, fuera de todo horizonte político. Nadie ha querido verlo: los republicanos de todos los partidos han hablado de su soberanía, y han encarnecido su incapacidad de moldear y conducir su propia suerte.

“Le han movilizado para las guerras electorales o para las guerras civiles y le han dejado ahí, al margen de la historia, aislado de una patria que no está presente en sus necesidades, en sus problemas, en su drama biológico y espiritual.

“Los intelectuales, las élites, los grupos dirigentes, son responsables de esta degradación, de esta renovada mutilación de todos los hombres humildes. Son responsables por su cobardía, por su egoísmo, por su estrechez moral, por su noción deforme de la patria...

“Todos somos responsables. Todos estamos viviendo conformes, cristianos, fríos, monstruosamente tranquilos, sobre esta herencia de sangre. Lloramos leyendo María, pero nos negamos a conmovernos y a detener las aguas negras que corren por debajo de nuestros pies y por encima de nuestro espíritu”.

La historia macabra de la violencia en Colombia confirma plenamente los pronósticos hechos por el Libertador, cuando al referirse a los caudillos de las facciones liberales y conservadoras, anticipó que desgarrarían ferozmente a Colombia, luego de lo cual *“¡no tardarían en buscarse un nuevo amo!...”*

Porque:

“tales son nuestros liberales: crueles, sanguinarios, frenéticos, intolerantes y cubriendo sus crímenes con la palabra libertad que no temen profanar. Se creen tan autorizados para sus crímenes políticos como pensaban los inquisidores y cuantos han derramado sangre humana en el nombre de Dios y de la Iglesia”.

Recordemos que Florentino González y Mariano Ospina Rodríguez, fundadores de los partidos liberal y conservador, habían llegado hasta el extremo de proponer que nuestro país se agregara a los Estados Unidos. Agreguemos que los liberales nicaragüenses llamaron al filibustero yanqui William Walker, para que invadiera a su propio país. ¿Cómo extrañar entonces que Somoza y Uribe Vélez se consideren liberales, si tales han sido sus ancestros? ¿Cómo sorprendernos de la sumisión y degradación del Estado colombiano actual teniendo en cuenta su vergonzosa prosapia? Otro ejemplo bastante ilustrativo lo hallamos en los propósitos y cálculos de los Anublas, los muy distinguidos allegados y amigos de los generales Francisco de Paula Santander y José María Obando. Y escribirlo es verlo: leamos lo que planteaba Juan Antonio Arrubla a su hermano Juancho:

“Desde que anunciaste el banco estoy en continuo delirio, semejante al hombre que se haya atacado de una fiebre maligna... Si este banco nos da los auxilios que nuestra imaginación nos pinta, lo primero será pagar al señor Segundo, a Eugenio, al tío... el día que a los ingleses se les venga a la mente poner uno en el país al 8 % al año, comienza la ruina cierta de esta tierra, ¡cuánto deseo esto! Un trastorno de esta naturaleza es la cosa que más conviene al país porque precisamente resultaría un cambio político, entonces fuera Lleritas, Mantilla, Vélez, Florentino...”

¿Cómo les parece el plan de los Arrubla? ¡Es tan destructor de Colombia como el llamado Plan Patriota de la administración Uribe-Bush? Estando en Bucaramanga pasó el Libertador:

“a hablar del señor Zea, diciendo que era uno de los hombres que más lo habían engañado; que lo había juzgado íntegro, pero que puede llamarse un verdadero ladrón; que el señor (José Manuel) Restrepo no decía bastante respecto de aquel gran prevaricador; que otro tanto puede decirse del señor Hurtado, ex agente de Colombia en Inglaterra, añadiendo que era bien extraño que dos hombres de bien, como son los señores Joaquín Mosquera y Arboleda hubiesen tomado el partido y la defensa de dicho Hurtado; que tal encargo habrían debido dejarlo al general Santander, a Montoya y Arrublas, cómplices en los robos de Hurtado”.

Al observar la mezquindad y el apetito desenfrenado de las élites oligárquicas de la Nueva Granada y Venezuela el Libertador advirtió proféticamente: *“¡No tardarán en buscarse un nuevo amo!”* Ahí tienen esta otra significativa coincidencia: los Santodomingo, los Cisneros, los Ardila Lulle, los Pedro Carmona Estanga, los Pretel de la Vega, los Alfredo Peña, los Londoño Hoyos, los Ledesma, los Carlos Andrés Pérez, los Santos, los de *“El Tiempo”* de Bogotá y *“El Nacional”* de Caracas, los de *Caracol*, *RCN*, *“El Universal”*, y, en fin, los dueños del arsenal mediático: la misma sociedad... ¡Y el mismo amo!

Hay tantas similitudes entre estos dos países, que una señora venezolana resultó igualita al presidente colombiano Uribe Vélez. Su nombre es Ángela Zago y dijo que es partidaria de que los marines norteamericanos invadan a su país. ¡Igualitico al presidente colombiano!

Coincidencias por lo “alto” entre Santander y Páez:

“Al llegar a esta ciudad del Apure el 29 del mes pasado, tuve el gusto de recibir la apreciada carta que usted me dirigió desde Nueva York el 14 de noviembre del año último. En ella he visto los agradables sentimientos de gratitud que usted me tributa por mi conducta en los días penosos de su persecución... Con todo usted está satisfecho y yo estoy recompensado... En nombre de Venezuela sírvase usted aceptar por mi conducto las más expresivas gracias y los sentimientos más sinceros de

agradecimiento por la bondad con que usted ha defendido su causa en los países extranjeros que ha visitado... Acepto y aceptaré siempre los consejos de usted con gusto y gratitud; ellos son el fruto de la experiencia y la meditación... sea usted tan feliz en su administración como he merecido yo de sus generosos deseos en la mía; que no se diga jamás que ofrecimos sostener las reglas escritas que se nos dieron para gobernar al pueblo y que las violamos con el designio de oprimirlo.”

Y coincidencias hay también por lo “alto” y por lo “bajo” frente a un mismo episodio: el golpe fascista de Estado que derrocó al presidente Hugo Chávez fue celebrado al unísono por las oligarquías de Venezuela y Colombia. Pero cuando pueblo y ejército se unieron para retomar el poder de su presidente legítimo, la celebración fue jubilosa en los pueblos de ambos países. Asombrosas y prometedoras coincidencias de estos países cuyas oligarquías no pueden vivir sin amo, y cuyos pueblos aspiran a la soberanía y al progreso. Santander pensaba que siendo el pueblo anónimo una masa indefinible y torpe, como una “manada de carneros”, la soberanía del pueblo no podía ser superior a la soberanía de los propietarios.

Son éstos quienes deben decidir a su arbitrio sobre todas las materias políticas y territoriales, como las de realizar transacciones políticas a costa del territorio nacional. Para el santanderismo la Patria no fue más que una noción abstracta para las declamaciones y un objeto de compraventa y lucro particular. Ello explica su conducta execrable en la entrega de Panamá.

“El eminente legislador, Francisco Soto, padre ideológico de Santander, residente vitalicio de cuantos congresos y convenciones hubo en la Nueva Granada desde 1821 hasta 1836, abrió las puertas para que los yanquis iniciaran sus abusos y desmanes en territorio panameño. En mayo de 1836, los liberales confeccionaron ciertas leyes que concedían privilegios exclusivos a los gringos para que navegaran el río Chagres con buques a vapor; tal privilegio concedía también la construcción de un camino de carriles de hierro, a carreteras por el sistema Mac Adams, desde el punto en que terminaba la navegación. Solicitó este privilegio el coronel norteamericano Carlos Bidle, autorizado por el gobierno de los Estados Unidos. Ya estaba

concedido en ambas cámaras por el término de 50 años regalándole 144.000 fanegas de tierras baldías, y vendiéndole 720.000 a (un) peso la fanega, pagadera en dinero o en vales de la Deuda consolidada. Bidle nada ofrecía en retorno por tan enormes concesiones y podía formar a su arbitrio las tarifas de derecho, de peajes...”.

Sostiene el historiador José Manuel Restrepo que esta concesión envolvía la entrega del precioso Istmo de Panamá a merced de los ciudadanos de los Estados Unidos:

“Fue mucha la sorpresa que causó al público de Bogotá cuando supo que el Secretario de Hacienda dijo en pleno Senado: la independencia y pérdida del Istmo era inevitable, y que desde ahora se debería obrar bajo esta inteligencia, promoviendo sin embargo con liberalidad el engrandecimiento de aquellos pueblos, que sin duda provendría de la concesión del privilegio a Bidle. Aunque el Secretario no habló con tanta indiscreción, como el de Hacienda, ambas sostuvieron el proyecto de privilegio a Bidle que no se alteró en sus principales artículos.”

Así ha sido la desdichada historia de Colombia en lo que se refiere con su pueblo anónimo y con su territorio. Esto explica de manera categórica por qué no se enseña nuestra historia en los planteles educativos. Escribe Sant Roz que:

“cuando se cumplieron 150 años de la muerte de Bolívar apareció un titular de prensa en Estados Unidos que decía: *“Simón Bolívar was a despot at Heart.”* (Simón Bolívar era un déspota de corazón). Título ofensivo para cualquier latinoamericano si recordamos los amargos dolores que padeció Bolívar en busca de unión, decoro y la libertad de América: Uno cree encontrar ciertas razones para ese encono solapado que todavía se siente contra el Libertador en Estados Unidos. El carácter mercantilista del sajón del norte y la imaginación del Libertador, forjada en todo instante en los linderos de la muerte y de la poesía trágica, tienen por fuerza que repelerse”.

Era inexorable que el pensamiento universal y solidario del Libertador tenía que ser repelido por la avaricia utilitarista del liberalismo. Las ideas filosóficas de Bentham trajeron la novedad de que la libertad, la justicia, la paz y el orden tenían que estar fundamentados sobre el interés individual; que uno es libre si tiene todo cuanto desea, que solo es bueno cuanto nos beneficia. Existe justicia si se complacen nuestros caprichos y necesidades; que la paz es el silencio de nuestros críticos, la censura violenta a nuestros enemigos, puesto que cuanto hiere a nuestros sentidos va contra la Patria y los valores primordiales de la República; concordia es sometimiento a nuestros pareceres; además, fuera de nuestros selectos nervios, nada existe...

Lo anterior significa que el llamado “neoliberalismo” no es tan nuevo. Desde mediados del siglo XIX ya tenía a sus más entusiastas promotores en Colombia entre los caudillos del santanderismo. Para éstos solo era válido el principio del enriquecimiento del individuo.

¿Y los demás? ¿Cuál es su política para ese pueblo anónimo... para esa manada de carneros? ¡Que se salve el que pueda! O sea, el capitalismo salvaje. Y que nadie se atreva a proponer la alteración del “orden establecido”, como esos artesanos que apoyaron al general José María Melo para proteger la producción nacional y combatir el desempleo y la miseria. En efecto, cuando el último general bolivariano tomó el poder en 1854, la oligarquía criolla liberal conservadora formó ejércitos en todo el país y, ocho meses después, luego de buscar protección en las embajadas de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, tomaron a Bogotá al cabo de una guerra civil que terminó con el derrocamiento del gobierno del general Melo y el masacramiento y destierro de los artesanos. Y esa violencia continuó en toda la geografía colombiana. En solo 20 años comprendidos entre 1864 y 1884, se dieron 54 guerras civiles en los estados soberanos: 14 de conservadores contra liberales, 2 de liberales contra liberales y 38 de liberales contra conservadores. ¡Y no existían las FARC ni el ELN: Insisto en esta advertencia, porque hoy, cuando se ha perdido el enfoque histórico al pretender el análisis de la crisis nacional, se pretende radicar en estas organizaciones subversivas el origen de todos nuestros males. Y es un hecho que ningún estudio sobre nuestra problemática podrá ser acertado, si no se examinan detalladamente los factores históricos, sociales y políticos que la han producido.

Y es la historia la que pone en entredicho la legitimidad del sistema imperante en Colombia. Porque, ¿cuál fue, al fin de cuentas, el legado de institucionalidad que recibimos del santanderismo? La institucionalidad de la violencia y el terror, del crimen y el latrocinio, de la impunidad y la desintegración territorial, política, económica y moral del país.

¿Qué puede esperarse de un país cuyo paradigma institucional es el general Francisco de Paula Santander? ¿Cuál puede ser la constitución psicológica de una nación oficialmente apadrinada por conspiradores, prevaricadores y vendepatrias? ¿Qué enseñanza se transmite a una sociedad a la que le niegan su propia historia y le ocultan y tergiversan sus más genuinos valores? ¿Qué valores se transmiten a un pueblo cuando desde el poder se consagra como héroes a quienes fueron asesinos de los Libertadores? José María Obando, el tenebroso asesino de Sucre y aliado de los invasores de su propio país, fue exaltado como el “Jackson granadino” y promovido a la presidencia de la República por el general Francisco de Paula Santander, fue objeto de todas las condecoraciones oficiales, y distinguido con la *Cruz de Boyacá*, exhibiéndolo como un “ejemplo para la juventud...”

Y la dirección del partido liberal en pleno se dedicó a encubrir al feroz asesino y a “lavar” su reputación, hasta el extremo de conseguir, que algunos “izquierdistas” colombianos, enfermos de liberalismo, digan que José María Obando es el “*caudillo popular más destacado del siglo XIX*” en nuestro país.

Una vez más Bolívar fue profético: semejantes caudillos no tardarán en buscarse un nuevo amo.